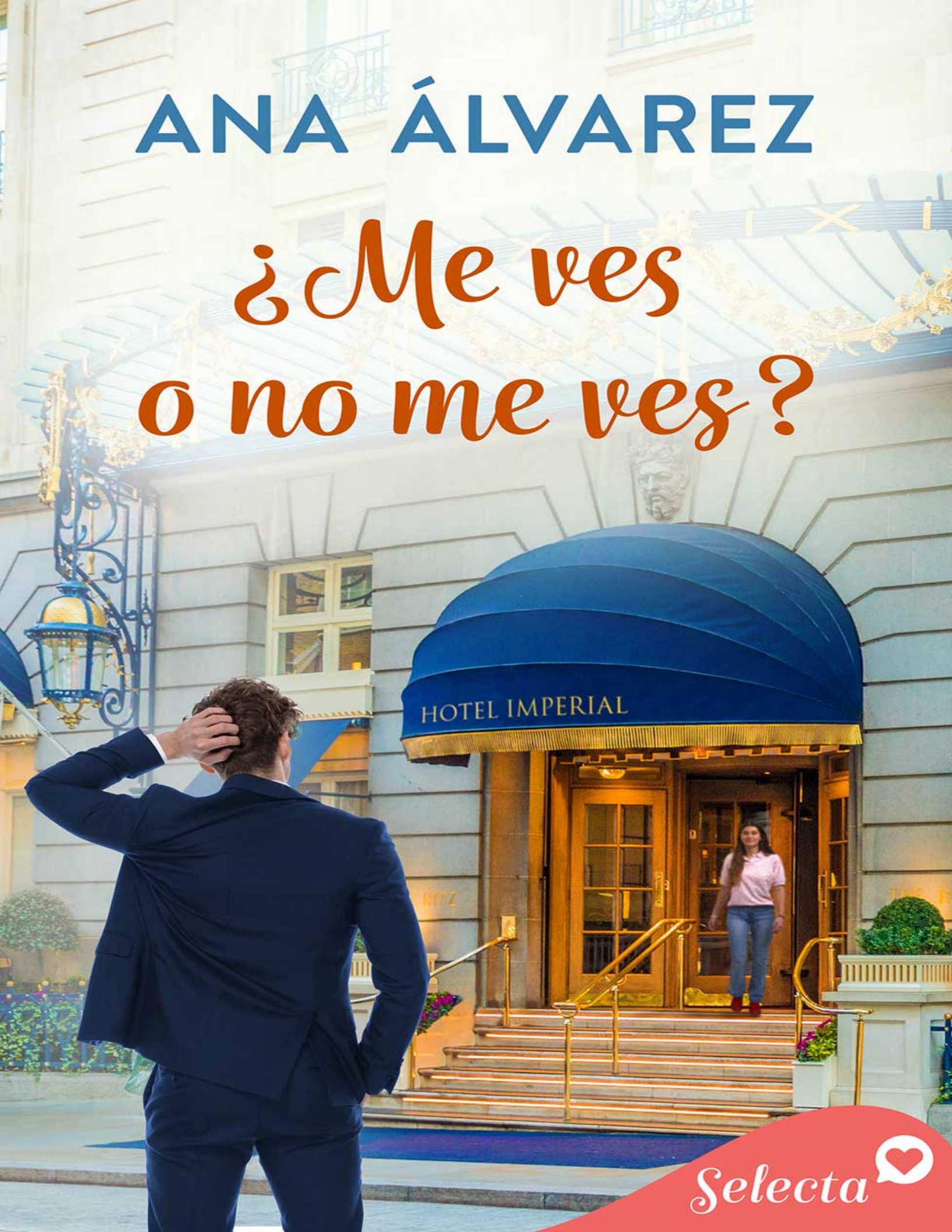
ANA ÁLVAREZ

¿Me ves o no me ves?



Selecta

¿Me ves o no me ves?

Ana Álvarez

Selecta

Para María José,
mucho más que mi lectora cero

Capítulo 1

Martina llegó al hotel donde trabajaba, como cada mañana. Formaba parte del personal de sala y su trabajo consistía en atender las mesas del comedor en desayuno, almuerzo y cena en dos turnos rotatorios, de mañana o de tarde. La cena no se servía en modo bufé, sino mediante carta, y su labor consistía en tomar nota, servir las comandas y dejar el comedor preparado para la siguiente comida.

Prefería el turno de mañana, que incluía desayunos y almuerzos, en los que solo debía ocuparse de poner las mesas y retirar los platos después de que los clientes las abandonaran. En el de tarde le correspondía atender el segundo turno del almuerzo y la cena, con atención más personalizada a los clientes en esta última. También salía a una hora tardía en la que no había ya trenes hacia Fuenlabrada y su hermana o su cuñado, con los que convivía en esta localidad, se veían obligados a ir a recogerla a la salida.

No le entusiasmaba su trabajo, la atención al público no era lo suyo, pero mientras no encontrara otra cosa, formaría parte del personal de servicio del hotel Imperial. Su carácter tímido y poco atrevido le había impedido conseguir otro empleo y se negaba a vivir con su hermana sin contribuir a la economía familiar.

A veces tenía la impresión de ser invisible tanto para los compañeros como para los clientes del hotel. Saludaba —de acuerdo, lo hacía muy bajito, como si temiera molestar— y a veces no le respondía nadie. Entraba en el vestuario a cambiarse y ni la miraban, seguían con la conversación que mantenían como si estuvieran solos. No tenía amigos en el trabajo, solo compañeros que la ignoraban.

A veces escuchaba que quedaban después de salir o en el día libre para tomar algo, pero nunca la habían invitado a unirse a ellos. Sus salidas siempre eran con su hermana Sofía y su cuñado Celso, que jamás le hicieron sentir que molestaba en sus vidas.

Había doce años de diferencia entre Sofía y ella y la había acogido con agrado en su casa a la muerte de sus padres, cuando se quedó sola en el pueblo y con pocos recursos económicos. El único empleo que había conseguido en Madrid era en el hotel, y mientras no hallara otra cosa, allí seguiría.

Aquella semana tenía turno de mañana, entraba a las siete, por lo que no tenía problema con los trenes pues estos funcionaban desde temprano.

Llegó al vestuario de las primeras, el espacio era unisex y había dos turnos para cambiarse. La primera media hora les correspondía a las mujeres y, a continuación, a los hombres. Martina nunca había llegado tarde, no quería arriesgarse a tener que desnudarse delante de sus compañeros varones, y se cambió el vaquero y el jersey negro de cuello vuelto que llevaba por el uniforme, consistente en pantalón negro, camisa blanca y chaleco de rayas blanco y negro. A pesar de la calefacción, siempre estaba helada, pues era muy friolera y el clima de Madrid era muy diferente al del pueblo malagueño donde había residido hasta hacía dos años.

Al principio de trabajar en el hotel, en invierno, había llevado

debajo de la blusa del uniforme una camiseta térmica, pero en seguida notó las risas de sus compañeras al verla y decidió suprimirla. Mejor un poco de frío que las burlas generalizadas. Llevaba mal las burlas de los demás.

Había terminado de cambiarse cuando entraron Elisa y Maya, que casi siempre iban juntas porque compartían vehículo, y como tenía por costumbre, saludó. Tal vez algún día la vieran, o la oyeran, y respondieran a su saludo. Pocas veces lo hacían.

—Buenos días.

Nadie contestó. Resignada, abandonó el vestuario y se dirigió al comedor. Era un poco pronto para incorporarse, pero prefería trabajar a unirse, como un convidado de piedra, al corrillo de compañeros que intercambiaban confidencias antes de entrar al comedor.

Conocía su trabajo a la perfección y se dedicó a ello. Desde hacía dos días el jefe de sala se había dado de baja por enfermedad y, mientras se reponía, cubría su puesto uno de los camareros de mayor antigüedad y experiencia, Michel, un tipo engreído y que siempre había sido muy desagradable con ella, uno de los que más se burlaban, por lo que se esforzó en no cometer ningún fallo. Si la pillaba en uno, no tendría piedad y la humillaría incluso delante de los clientes.

Realizó su tarea como cada día durante el desayuno, y a las doce, antes de que abriera el comedor a la una para los huéspedes y clientes, se dirigió al del personal para almorzar. El trabajo incluía una comida al día para los empleados, almuerzo o cena según el turno, que se realizaba antes de la de los huéspedes.

En el comedor había mesas con capacidad para seis personas, y los asistentes solían sentarse en grupos, pero después de que las primeras veces se hubiera incorporado a algunas de las reuniones y

nadie le dirigiera la palabra, había optado por sentarse sola.

Se acomodó en una mesa y se sirvió la comida. En general el menú de los empleados consistía en dos primeros, dos segundos y dos postres a elegir, y era completo y de buena calidad. Martina se sirvió unas raciones generosas. Era bastante delgada, y disfrutaba de la comida donde algunas de sus compañeras se limitaban a contar calorías. Era normal, le decía el espejo, como normales eran su pelo castaño y lacio y sus ojos marrones. Nada destacaba en su físico, por lo que no le extrañaba que nadie reparara en ella cuando estaba cerca.

El turno terminó a las tres y media, y de nuevo se dirigió al vestuario para cambiarse. Nadie se hizo eco de su presencia cuando entró, todas estaban muy ocupadas hablando de las noticias que corrían sobre el jefe de sala. Se limitó a escuchar.

—Al parecer, la enfermedad de Sixto va para largo.

—¿Y eso?

—Depresión. Le van a dar una baja muy prolongada.

—¿Crees que le darán el cargo a Michel?

—¡Ojalá! Con él tenemos manga ancha, nos cubrirá cualquier retraso que podamos sufrir.

A menudo Elisa y Maya llegaban con la hora muy justa y en alguna ocasión habían tenido que compartir vestuario con el personal masculino. Martina pensaba que lo hacían a propósito, pues Michel era bien parecido y a ambas amigas parecía caerles muy bien. Y ellas a él.

Mientras esperaba el tren de cercanías en la estación de Atocha, la más cercana al hotel, deseó con todas sus fuerzas que no fuera Michel el elegido para sustituir al anterior jefe de sala, mientras durase su enfermedad, porque ella no saldría beneficiada con el cambio.

Llegó a casa y encontró a su hermana leyendo, sentada en el sofá. Nunca le había comentado los problemas que tenía con los compañeros de trabajo, pues Sofía insistiría en que lo dejase y buscase otra cosa. Era para ella la hija que no había tenido más que una hermana pequeña. Continuaba protegiéndola como había hecho de niña, pero ya no lo era. Era una mujer y se sentía muy capaz de soportar unas burlas o un poco de indiferencia.

—Hola, cariño —la saludó al verla llegar—. ¿Cómo te ha ido el día?

—Como siempre. Ya sabes que mi trabajo no es muy interesante —respondió sin dar muestra del desánimo que solía acompañar a su jornada laboral.

—¡Quién sabe si algún día llegará al hotel un actor famoso o algún cantante!

—Esos se alojan en otros sitios con más estrellas. El Imperial solo tiene tres.

—O algún chico guapo.

—Que se enamorará de mí locamente mientras le sirvo los espaguetis, ¿no? Eso no sucederá, Sofía. Me temo que me vas a tener que soportar en tu casa por muchos años.

—Ningún inconveniente por mi parte ni por la de Celso, ya lo sabes. Pero ya te llegará tu príncipe azul.

—Lo preferiría de color carne humana, ya sea blanca, negra o de cualquier otro tono. El azul, para los extraterrestres.

Ambas rieron.

—Enseguida me cambio y preparo el café —propuso.

Tenían la costumbre de tomar esa infusión cuando Martina llegaba del trabajo, y compartir un rato de charla o la visión de alguna serie o película, mientras esperaban que llegara Celso, cosa que sucedía sobre las siete y media o las ocho de la tarde, hora en

que prepararían la cena.

Sofía era funcionaria y tenía horario de siete a tres, igual que Martina en el turno de mañana.

En su casa Martina se sentía feliz, arropada por los suyos, y la tarde transcurrió relajada una vez más. Tal vez su hermana tuviera razón y algún día llegaría a su vida ese hombre para el que no sería invisible, que la descubriría y se enamoraría de ella locamente. Bueno, con que se enamorara le bastaba, tampoco pedía imposibles. A sus veintisiete años solo había vivido amores platónicos en la distancia hacia un compañero del instituto y después por un vecino con el que solo compartió unas pocas semanas y menos besos.

A menudo se preguntaba si habría en el mundo un hombre para ella, lo que solían llamar la media naranja. ¡Mientras no fuera medio limón!

***

Martina se encontraba en el hotel de nuevo. En esta ocasión sus compañeras la saludaron al entrar en el vestuario y se sorprendió, porque su llegada no solía provocar ninguna reacción, pero a ella le habían enseñado a saludar al llegar y marcharse de los sitios y se negaba a ser tan maleducada como sus compañeras, y siempre lo hacía al entrar.

—Buenos días, Martina —dijo Maya al verla.

—Buenos días —respondió con la esperanza de que las cosas cambiaran. Era la primera vez que el saludo provenía de ellas.

Se despojó del pantalón y el jersey y, tiritando a causa del frío, se puso el uniforme con premura. Desde ese momento sus compañeras parecieron ignorarla. Miraron a su alrededor como si no la vieran, continuando con la conversación sobre la enfermedad del

jefe de sala. Y de pronto, una pregunta que la desconcertó.

—¿Ya se ha marchado Martina? —preguntó Maya—. No me he dado cuenta.

—No me he marchado, sigo aquí —dijo en voz alta.

—Estaba ahí hace un momento. Ni siquiera me he percatado de que se haya abierto la puerta del vestuario.

Las miradas de sus compañeras se pasearon por la estancia y la atravesaron sin detenerse. Alzó los brazos y los agitó delante de las caras desconcertadas de las chicas, pero estas permanecieron impasibles. Se sentía ridícula, pero no encontraba otra forma de hacerse notar.

—Es muy rara —afirmó Elisa, hablando de ella como si no estuviera allí—. Aparece y desaparece como si fuera una sombra.

—No soy una sombra, estoy aquí. ¿No me veis?

—Bueno, démonos prisa o llegarán los chicos a cambiarse y nos encontrarán a medio vestir. Martina no merece que le dediquemos más tiempo.

—Yo, si el que llega es Michel, no me importa, es un regalo para la vista, pero Juan…

Juan era uno de los cocineros y estaba claro que probaba todos los platos que preparaba a juzgar por su barriga, que a duras penas contenía el pantalón.

Las dos amigas se apresuraron a terminar de cambiarse, pero Martina permaneció incapaz de moverse. Ya tenía puesto el uniforme, pero su desconcierto era tan grande que se sentía incapaz de dar un paso.

Permaneció allí mirándose las manos. Se tocó y no encontró rastro de su cuerpo físico, sus dedos atravesaban la carne como si esta no existiera, como si ella no existiera. Respiró hondo sin comprender el extraño suceso que acababa de vivir.

La puerta se abrió y dos hombres hicieron su aparición en el vestuario y, o no la vieron o fingieron no hacerlo. Empezaron a desnudarse sin ningún recato. Martina no se atrevió a moverse, como si por el hecho de hacerlo pudieran descubrir su presencia. Otros compañeros entraron a continuación y empezaron a comentar el frío que hacía en la calle, pero a ella no le dirigieron ni una sola mirada. Como si no estuviera. Como si fuera invisible.

Retrocedió hasta un rincón y allí permaneció quieta, temiendo que se dieran cuenta de su presencia y la acusaran de ser una mirona, hasta que la estancia quedó vacía. Solo entonces decidió salir para incorporarse a su puesto de trabajo. Pero ni siquiera el jefe de sala le encargó aquel día una tarea concreta. La ignoró por completo y su sensación de invisibilidad se volvió abrumadora y agobiante. Le costaba respirar.

El sonido del despertador la sacó de su angustia. Se sentó en la cama empapada en sudor y con el corazón a punto de salírsele del pecho. Todo había sido un sueño, uno de los más angustiosos de toda su vida. Se palpó con cuidado, y se encontró, con un suspiro de alivio.

Se dio una ducha rápida a pesar de la temprana hora y se enfrentó al frío de la madrugada de Madrid, deseando ir forrada de ropa, pero solo con un jersey grueso y un anorak para evitar las burlas.

Llegó al vestuario con mucha antelación, no quería correr el riesgo de verse de nuevo atrapada en medio de un montón de hombres en distintos grados de semidesnudez.

Se cambió de ropa a solas y, sin saber qué hacer para matar el tiempo, comenzó a escribir el inquietante sueño que había tenido esa noche. No deseaba olvidarlo, lo que le solía ocurrir cuando llevaba unas horas despierta. Le gustaba dejar constancia de las

cosas que la inquietaban para analizarlas con calma después, y estaba claro que el tema de la forma en que sus compañeros la ignoraban le afectaba tanto que había trascendido a su subconsciente.

Cogió la libreta de las comandas y escribió brevemente el sueño, sin entrar en detalles como la visión de sus compañeros en paños menores. No era la falta de un hombre en su vida lo que había ocasionado el sueño. ¿O sí? Solo escribió lo indispensable para recordarlo y buscar en internet el posible significado del mismo, aunque tenía una idea bastante concreta al respecto: era invisible para el resto del mundo.

Cuando llegó la hora de comenzar su turno y sus compañeros empezaron a acercarse, guardó la libreta en el bolsillo de forma apresurada sin que le diera tiempo a arrancar la página y entró al comedor para preparar el bufé del desayuno. No se dio cuenta de que esta caía al suelo y Maya la recogía en seguida.

Su compañera no pudo evitar leer el contenido de la primera página y una idea muy divertida se le cruzó por la cabeza, antes de dejarla caer al suelo de nuevo.

Martina se dio cuenta de la pérdida poco después y regresó sobre sus pasos, encontrando la pequeña libreta. Se apresuró a cogerla con rapidez antes de que nadie se percatara y regresó a su trabajo.

A la hora del almuerzo detectó risas y miradas cómplices entre sus compañeros, y una sensación de incomodidad más grande de lo habitual se apoderó de ella. Fingió ignorarlo, deseando que por fin terminara la jornada y marcharse a casa. Era el último día de turno de mañana, la semana siguiente Sofía o Celso irían a recogerla a la salida y pasaría menos frío.

No había nadie en el vestuario cuando entró a cambiarse, algo

extraño. Por algún motivo sus compañeros se habían entretenido. Se apresuró a desnudarse y ponerse su ropa para irse a casa antes de que llegaran. No deseaba ver a nadie más aquel día.

Capítulo 2

Juanjo recibió la noticia de su traslado a Madrid capital con un bufido interior. Llevaba años siendo jefe de sala en un hotel de Toledo, una ciudad más pequeña y tranquila que la capital, y se encontraba muy a gusto en él. No deseaba un cambio, pero no podía negarse, pues en su contrato estaba estipulado que podían trasladarle a cualquier otro hotel de la cadena, si fuera necesario.

Cuando comenzó a trabajar no le importó, era muy joven y la idea de moverse de una ciudad a otra le resultó incluso atrayente. Pero se había habituado a la tranquila Toledo, a vivir con su compañero y amigo Asier, con el que compartía, además de lugar de trabajo, gustos y aficiones.

El traslado sería solo temporal, le habían asegurado, para cubrir una baja por enfermedad del jefe de sala del hotel que tenía la cadena en la capital, lo cual le agradó aún menos. No le gustaba demasiado conducir, y el trayecto de una hora en coche para ir y volver a Toledo cada día le parecía muy pesado.

Tendría que buscarse un alojamiento en el centro, o cerca, porque los alquileres en Madrid no resultaban baratos. Tampoco la opción del ferrocarril, que reducía el tiempo de traslado, le pareció aceptable, pues cuando tuviera turno de tarde saldría a una hora en

la que ya no funcionaban los trenes.

De pésimo humor, se dirigió al aparcamiento, en el que ya lo esperaba Asier para irse a casa. Solían tener el mismo turno —de hecho, los organizaba Juanjo— y cada semana, de forma alternativa, utilizaban el vehículo de uno de los dos.

—¿Qué te pasa? —le preguntó su amigo cuando lo vio subir al coche con gesto malhumorado. Había tardado un poco más de lo habitual en salir, pues lo habían convocado al despacho del director después de terminar su turno.

—Me acaban de amargar la noche —masculló ocupando el asiento del copiloto.

—¿Por qué? ¿Qué quería el director?

—Anunciarme que me trasladan a Madrid para cubrir una baja por enfermedad.

—¿Pueden hacerlo?

—Me temo que sí. Cuando firmé el contrato, estaba tan desesperado por encontrar un empleo que acepté una cláusula por la que podrían trasladarme a otro hotel de la cadena dentro de un radio de ciento cincuenta kilómetros. En su momento no me importó demasiado, pero ahora la idea de marcharme a otra ciudad no me apetece en absoluto, y menos aún a Madrid. Demasiado grande y bulliciosa, y el hotel debe de tener muchísimo más movimiento que este de aquí. Es enorme.

—Eso es cierto, a Toledo la gente suele venir por turismo, y con un humor mucho más agradable que el que va por trabajo a la capital.

—He pedido que le hagan la propuesta a otro, pero me comunican que es mi perfil el que necesitan en el Imperial y que es un hecho el traslado. No hay discusión posible.

—De modo que no puedes librarte.

—Me temo que no.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Ir y venir cada día?

—¡Ni hablar! Después de un turno de tarde, que el jefe de sala nunca termina antes de las once y media de la noche, por mucho que el horario sea hasta las once, meterme la paliza de una hora de carretera me resulta agobiante. Buscaré un alojamiento que me pueda permitir lo más cerca posible de Madrid, imagino que en alguno de los pueblos de los alrededores. Vivir en la capital se llevaría gran parte de mi sueldo, y además tendría que seguir pagando mi parte aquí, porque no voy a dejarte tirado a ti solo con el alquiler.

—No me gustaría buscar otro compañero de piso, la verdad, pero me resultaría muy gravoso costear el alquiler yo solo.

—Me han asegurado que el traslado es solo temporal y que, cuando la persona que voy a sustituir se reincorpore a su puesto, volveré aquí.

—En ese caso, no te cobraré la mitad del alquiler, solo una parte, lo justo para que yo pueda asumir el resto.

—Gracias.

—¿Y qué vas a hacer con Alma?

Hacía un mes que había empezado a salir, de forma esporádica, con una chica que había conocido en una web de contactos. Por el momento no era nada serio, solo estaban conociéndose y quedaban cuando sus respectivos turnos lo permitían. Ninguno tenía prisa ni deseaba por el momento mantener una relación estable, pero no le gustaría que los encuentros cesaran por su traslado. La chica le gustaba y parecía que la atracción era mutua.

—Los días de descanso regresaré aquí, a pasarlos contigo, y seguiré quedando con ella. Habrá que cuadrar un poco más los horarios, pero no tenemos por qué dejarlo. Si además de cambiar de

ciudad tengo que dejar de verla, la estancia en Madrid se me hará insoportable.

El trayecto hasta el piso que ambos amigos compartían era corto y llegaron en seguida. Ambos habían cenado en el hotel y solo ansiaban una buena ducha para relajarse. Asier era camarero, y Juanjo su jefe de sala, lo que implicaba muchas horas de pie para ambos, incluso en un día tranquilo.

Media hora después ambos amigos se sentaban en el sofá, con una copa, dispuestos a echar una partida en la videoconsola.

Lo bueno que tenía el turno de tarde era que no debían madrugar al día siguiente, por lo que podían permitirse acostarse tarde y relajarse un rato antes de dormir.

***

Juanjo hubiera deseado quedar con Alma antes de marcharse, pero el traslado se aceleró más de lo que pensaba y deseaba. En el hotel querían que se incorporase de forma inmediata y se hiciera cargo del nuevo puesto antes del fin de semana, en que se esperaba una mayor afluencia de clientes. Le ofrecieron dos noches de alojamiento gratis en el mismo hotel mientras buscaba otro sitio donde vivir, pero debía partir de inmediato hacia Madrid.

No le parecía adecuado comentarle a Alma por teléfono su traslado, no quería que pensara que se trataba de una excusa para dejar de verla. Por lo tanto, se presentó en el centro comercial donde trabajaba en una tienda de ropa, para decírselo en persona.

Nunca había acudido a su lugar de trabajo, pero no le quedaba más remedio.

Al verlo entrar, Alma no pudo evitar una expresión de sorpresa. Terminó de atender a una clienta y se acercó a él, que deambuló por

la tienda mirando algunos artículos.

—¡Hola! —exclamó la chica con una sonrisa—. ¡Qué sorpresa! ¿O vienes a comprar?

—Me temo que no, que vengo a comentarte una cosa que no me apetecía decirte por teléfono.

—Ufff, eso no suena bien. ¿Debo preocuparme?

Juanjo sonrió.

—No, si lo que piensas es que quiero que dejemos de vernos. Se trata de que debo trasladarme a Madrid durante una temporada. Me obligan a incorporarme a un hotel de la capital durante un periodo de tiempo indeterminado.

—¡Vaya! ¿Eso qué significa exactamente? ¿Cómo nos afecta a nosotros?

—Pues que será un poco más complicado quedar, porque me alojaré en Madrid y solo vendré a Toledo cuando tenga un par de días libres, que a veces coincidirán con los tuyos y a veces no. Si estás dispuesta a aceptarlo, claro.

—Más o menos como ahora, ¿no? Tampoco nos vemos a diario. Siempre podemos hablar por teléfono o hacer videollamadas

—Eso por supuesto. Me hubiera gustado quedar antes de mi marcha y comentarte esto con tranquilidad, pero me temo que debo incorporarme mañana al nuevo hotel.

La encargada de la tienda no les quitaba la vista de encima desde su lugar en la caja, y Juanjo se sentía muy incómodo.

—Lamento haber venido aquí a informarte, espero que mi visita no te cause problemas, pero no quería hablarte de esto por teléfono. Temía que pensaras que deseaba dejar de verte, y no es así.

—No te preocupes. Mi jefa es un poco estricta, pero no suelo recibir visitas a menudo por lo que, por una vez, no pasa nada. Eso sí, si entra un cliente deberé atenderlo de inmediato y tú tendrás

que marcharte.

—De todas formas, no puedo quedarme mucho más, debo salir esta tarde para incorporarme mañana.

—Te han dado muy poco tiempo. ¿Tienes ya dónde alojarte?

—¡Qué va! De momento dispongo de un par de noches en el hotel por cuenta de la empresa, pero debo buscar otro sitio cuanto antes.

—Tengo entendido que los alquileres en Madrid no son baratos.

—No me puedo permitir un alquiler para mí solo, de modo que buscaré alguna habitación en un piso compartido, o algo así. He contactado ya con una inmobiliaria para que me busque algo que pueda pagar, y donde pueda mudarme de inmediato. Mi economía no me permite vivir en un hotel durante mucho tiempo.

Un cliente entró en la tienda y la encargada dirigió a Alma una mirada intensa apremiándola a que lo atendiese.

—Tengo que dejarte, llámame cuando estés en Madrid.

—Descuida. Estaremos en contacto.

Juanjo se marchó sin haberle podido dar siquiera un beso de despedida. No habían ido mucho más lejos en su relación, los dos deseaban estar seguros de sus sentimientos antes de dar ningún otro paso, pero aquella despedida tan apresurada le dejó un mal sabor de boca.

Regresó a su piso y preparó un equipaje de supervivencia, lo suficiente para ir tirando hasta que pudiera volver durante los días de descanso por el resto de sus cosas. Hizo un almuerzo ligero y emprendió el trayecto a Madrid.

Jamás había tenido menos ganas de hacer un viaje. Mientras conducía se dijo que debía cambiar su talante hacia el nuevo puesto si no quería transmitir su descontento a los empleados que formarían parte de su equipo. No se lo merecían.

Capítulo 3

Martina llegó al hotel después de su día de descanso. Cambiaba el turno, tanto para ella como para el resto de sus compañeros. Por la noche, su hermana o Celso irían a recogerla, y la temperatura, que prometía ser gélida, le resultaría más llevadera. La sensación en Madrid era de frío: frío en el cuerpo y frío en el alma.

En el vestuario se encontraban ya Maya, Elisa y Reyes, una ayudante de cocina. Como era su costumbre, saludó.

—Buenas tardes.

—Buenas y frías —respondió Maya.

—Hola —contestó también Reyes—. En la cocina se está caliente, lo malo será al salir por la noche.

Se extrañó de los comentarios y dudó si decir que a ella la recogerían a la salida, nunca le habían dado pie a que contara algo personal.

—Sí, habrá que abrigarse bien —dijo sin comprometerse demasiado.

Se apresuró a desnudarse y ponerse el uniforme. Sus compañeras se lo tomaban con calma, pues aún tenían tiempo antes de que entraran los hombres a cambiarse. Se demoraban charlando unos minutos.

Antes de salir, un comentario la hizo detenerse y la piel se le erizó, tornándose más helada de lo que solía tenerla.

—Hay que ver qué rara es esta chica —comentó Elisa—. Saluda al entrar, luego se cambia como si le fuera la vida en ello y se marcha sin decir ni pío. ¿La habéis visto irse?

—No —respondió Maya—. Pero siempre hace lo mismo. Ya se ha largado, como si la persiguiera alguien.

Martina se sintió temblar. ¿Estaba soñando de nuevo? Se pellizcó el antebrazo para asegurarse y el dolor le confirmó que estaba muy despierta. Con voz que intentó que sonara fuerte, comentó:

—No me he ido, estoy aquí.

—¿Creéis que no le caemos bien?

—No lo sé, pero nunca se relaciona con nosotros. No sé cómo se las apaña para realizar su trabajo en el comedor, porque yo nunca la veo. Es como si fuera una sombra.

—Debe tener enchufe con Sixto, porque se escaquea de lo lindo.

—No tengo ningún problema con vosotras, es al contrario. Y no me escaqueo, cumplo con mis tareas de forma rigurosa —explicó ofendida.

—¡A ver cómo le va con el nuevo jefe de sala!

Pero las mujeres continuaban hablando como si no estuviera presente. Todo estaba sucediendo de forma muy parecida a su sueño y comenzó a sentir un miedo cerval a estar volviéndose loca. ¡Porque ni los sueños se cumplían ni la gente se volvía invisible! Eso solo sucedía en las películas o las novelas de fantasía. La invisibilidad no existía. Ella era real, muy real.

Salió del vestuario dispuesta a hacerse ver por quien estuviera en el comedor. Se acercó a un par de compañeros que esperaban para cambiarse.

—¡Hola! —saludó.

Nadie le respondió. Se situó delante de ellos y alzó las manos ante sus caras, cruzándolas y descruzándolas con movimiento rápidos. Ni siquiera pestañearon.

—¡Por favor! Decidme algo —suplicó con voz trémula.

Nada.

«Esto no me puede estar sucediendo a mí. No es real».

Sus compañeras salieron del vestuario y los chicos entraron a cambiarse. Para que el sueño se cumpliera en su totalidad debería entrar, pero ni se le ocurría. No tenía ningún interés en verlos medio desnudos, ni siquiera a Michel, el guaperas del hotel, por el que algunas compañeras suspiraban y al que otras le lanzaban la caña sin ningún disimulo. Él se limitaba a sonreírles a todas —menos a ella— y, si quedaba con alguna, lo hacía fuera del horario del trabajo y del hotel.

Aquella tarde tenían prevista la incorporación del nuevo jefe de sala, que por una única vez haría los turnos desde el desayuno hasta la cena, para conocer todos los horarios y costumbres del hotel. Después alternaría turnos de mañana o de tarde como el resto de los camareros.

Martina aplazó su desazón y se situó junto a sus compañeros para recibir instrucciones de su nuevo jefe. Con Sixto no había tenido problemas, el hombre impartía órdenes generales y nunca personales, por lo que ella se limitaba a seguirlas y nunca había sufrido ninguna recriminación por su parte. Temía un poco al nuevo jefe de sala, porque aquel día dudaba de muchas cosas. Incluso de sí misma.

***

Juanjo llevaba en el hotel desde la noche anterior. Había llegado

tarde, cansado y se había ido a la cama de inmediato, pero a las siete de la mañana estaba en su puesto para incorporarse al primer turno de los desayunos.

Aunque un compañero cubría ese turno, pues él se incorporaría al de tarde aquella semana, se presentó al equipo de camareros y observó cómo se preparaba el bufé, de forma muy similar a la que se empleaba en el hotel de Toledo.

También el almuerzo se desarrolló sin problemas y al fin los camareros del turno de tarde se incorporaron a sus puestos. Pensaba dedicarles unas instrucciones generales sobre cómo deseaba que se atendiera el comedor en su turno y, si era necesario corregir a alguien, lo haría de forma personal y privada. No era partidario de correcciones en público ni deseaba crearse la imagen de jefe duro desde el primer momento. Pero sus normas eran sencillas y no creía que nadie tuviera problemas para llevarlas a cabo.

Esperó en el comedor a que todos se reunieran para dar comienzo a su presentación.

—Buenas tardes. Soy Juan José Arias y voy a sustituir al jefe de sala con el que soléis trabajar mientras dure su enfermedad. Podéis llamarme Juanjo y tutearme porque me gusta mantener una relación cercana con el personal. Supongo que todos conocéis vuestro trabajo y que lo desarrolláis a la perfección, no obstante, os daré algunas directrices de cómo me gusta que se hagan las cosas. Quiero que cada empleado se ocupe de una tarea específica, no que todos vayáis de acá para allá realizando el mismo trabajo. Empezaré por las tareas de la cena, que será el primer encargo de hoy. Imagino que esta se servirá a la carta y no en modo bufé.

—En efecto —respondió Michel.

Paseó la mirada por el grupo que permanecía atento a sus

palabras.

—Supongo también que cada uno de vosotros tiene asignado un número determinado de mesas.

—No. En general vamos acudiendo a las que vemos desatendidas.

—Bien, conmigo será diferente. ¿Cuántas mesas tiene el comedor?

—Treinta —comentó Maya—. De la uno a la veinte de cuatro comensales, y de la veintiuna a la treinta de seis.

—Me han notificado que sois cinco camareros en cada turno. Cada uno de vosotros se ocupará de cuatro mesas de cuatro comensales y dos de las de seis, para igualar la tarea. Y esas mesas serán de total responsabilidad de cada cual, desde ponerlas, hasta atender a los clientes y quitarlas al terminar el turno. Cualquier problema que encontréis, ya sea con los clientes o con los compañeros, acudid a mí directamente; yo estaré supervisando el trabajo de todos. Si algún cliente no está contento con la atención que le dispensáis, también deberá acudir a mí.

Un leve murmullo se extendió entre los presentes, pero nadie dijo nada.

—Respecto a los bufés, todos os encargaréis de montarlos y reponerlos por igual. No quiero ver ninguna bandeja vacía, y también haré responsable a cada uno de vosotros de una parte de la vajilla: platos, vasos, copas, cubiertos, tazas, deberán estar siempre a disposición de los clientes.

—Eso sí lo tenemos asignado cada uno —informó Michel—. Yo me ocupo de reponer los platos, Maya de los vasos, Elisa de las copas o tazas en el desayuno, Martina de los cubiertos y Fidel de saleros, pimenteros y material de condimentos.

—Me parece perfecto, seguimos así. ¿Alguna duda?

Nadie comentó nada.

—Bien, en ese caso, comencemos el trabajo. Ahora pasaréis a desmontar el bufé del último turno del almuerzo, que supongo habrán dejado vuestros compañeros de la mañana, y las mesas del mismo.

—¿De qué mesas debemos ocuparnos cada uno? —preguntó Fidel.

—Pues tú mismo de la uno a la cuatro, Maya hasta la ocho, Martina hasta la doce, Elisa hasta la dieciséis y el otro chico el resto hasta la veinte. En el mismo orden, de dos en dos las grandes. ¿Algún problema?

—Ninguno. Yo me llamo Michel, y mi compañero, Fidel.

—Ya me iré aprendiendo vuestros nombres. Ahora a trabajar, ¡No quiero ver a nadie parado hasta que todo esté listo!

La reunión se disolvió en medio de murmullos y todos se dirigieron a sus respectivas tareas.

Martina empezó a retirar bandejas de comida, así como los cubiertos, y después a limpiar las mesas que le habían asignado de forma arbitraria. Hubiera preferido que el jefe de sala se dirigiera a ella de forma personal, pero al parecer había memorizado los nombres, pero sin ponerles cara. Por lo tanto, no podría saber si la veía o no.

¡Pues claro que la veía! ¿Cómo se le había ocurrido pensar, ni por un momento, que se había vuelto invisible de repente? Lo del vestuario había sido un malentendido, nada más.

No obstante, al pasar por delante de Fidel le habló.

—Ha quedado todo claro, ¿verdad?

Su compañero ignoró su comentario. Para cerciorarse, miró por encima del hombro para averiguar si el jefe de sala les observaba y agitó las manos delante de su compañero. Los cubiertos pasaron

muy cerca de su cara, pero él ni se inmutó, y continuó alejándose de ella.

Juanjo trataba de vigilar a todos los camareros, cuando un movimiento extraño le sobresaltó. Una chica castaña y delgada parecía amenazar con los cubiertos a uno de sus compañeros.

«¿Qué hace esa mujer? ¿Va a agredirlo?».

Se disponía a intervenir cuando, para su sorpresa, el camarero continuó su camino sin hacer el menor gesto de defenderse. Aquello era muy raro. ¿Serían pareja acaso y él pensaba que se merecía el ataque? De cualquier forma, no estaba dispuesto a consentir ese tipo de comportamiento en el comedor.

La mujer continuó desmantelando las mesas que le correspondían y se dirigió al amenazado para averiguar lo sucedido.

—¿Qué acaba de ocurrir hace un momento con esa camarera?

—Nada.

—¿Cómo que nada? Iba a clavarte los cubiertos en la cara.

—No… es Martina. Es un poco rara, pero inofensiva.

—¿Rara por qué?

—Va por ahí haciendo aspavientos y otras excentricidades.

—¿Con los clientes también? —preguntó suspicaz.

—Con ellos suele comportarse. Es más bien con los compañeros.

—Pues tendré que llamarle la atención. No pienso tolerar ciertas actitudes.

—No merece la pena. Es una enchufada del director del hotel y se le permiten ciertas cosas. Nosotros no le echamos cuenta. De verdad que no es peligrosa ni tenía intención de pegarme ni nada parecido.

—Pero ¿qué le sucede?

—No estamos muy seguros, pero hace cosas muy raras.

—¿Tiene algún tipo de trastorno mental?

—No, en absoluto. Solo es un poco excéntrica y no se relaciona con los compañeros, prefiere estar sola. Ya se acostumbrará a sus cosas, como hemos hecho todos.

—¿Cumple con su trabajo?

—Sí.

—Trataré de hablar con ella.

—Mejor ignórela. Es el consejo que nos dieron de arriba —insinuó refiriéndose a las altas jerarquías del hotel—. Como si no la viéramos. Como si fuera invisible, nos dijeron.

—Eso será mientras no haga nada reprobable o moleste a algún cliente.

—No lo hará; nunca lo hace.

—En ese caso, me limitaré a tenerla vigilada. Continúa con tu trabajo.

Fidel se alejó y él buscó a Martina con la vista. La chica tenía una expresión entre compungida y preocupada. Se pellizcaba los brazos de forma continua y miraba en derredor una y otra vez.

«Por si ya me apetecía poco el traslado, me toca bregar con una zumbada».

Suspiró, dispuesto a vigilarla de cerca, y por muy enchufada que fuera, no le iba a permitir ningún desliz.

Capítulo 4

Juanjo llegó a la habitación del hotel agotado. Eran las doce de la noche y llevaba levantado desde las seis y media de la mañana. Por suerte disponía de otra noche de alojamiento gratis en el hotel y no debería madrugar al día siguiente.

En el correo electrónico tenía un mensaje de la inmobiliaria que había contratado con varias opciones posibles, todas ellas en la periferia o pueblos de los alrededores de Madrid. Ninguna de ellas en solitario, tendría que compartir piso sí o sí, y no le apetecía cambiar a Asier por nadie más, ni renunciar a sus partidas nocturnas de videoconsola.

Ya lo estaba echando de menos y decidió llamarle, a pesar del cansancio, para contarle cómo le había ido la jornada. Su amigo también tenía turno de tarde aquella semana y respondió al instante.

—¡Hola! ¿Cómo te ha ido la incorporación? —le preguntó nada más descolgar.

—Sin problema. Estoy agotado porque he hecho los dos turnos, pero el personal conoce su trabajo y, salvo algunos detalles que me gusta que se hagan a mi manera, todo va a ir bien, al menos eso espero.

—¿Por qué dices que lo esperas?

—Porque hay una camarera un poco peculiar, por decirlo de alguna manera, a la que no estoy dispuesto a dar manga ancha.

—¡Vaya! ¿Qué pasa con ella?

—No lo sé. Me han advertido que es un poco excéntrica. Mucho, diría yo, porque juraría que ha estado a punto de clavar unos tenedores en la cara de un compañero, delante de todos.

—Eso excede la excentricidad y roza la peligrosidad. ¿Se lo has permitido?

—Estaba dispuesto a intervenir, pero el propio agredido me ha asegurado que no tenía intención de hacer tal cosa. De hecho, estaba impávido ante el ataque. Todos la protegen. Parece que es la enchufada o algo similar del director del hotel.

—Menudo marrón te ha tocado.

—¡Y que lo digas! Pero, por muy enchufada que sea, no pienso consentir ciertas actitudes en mi turno. Si otros jefes de sala se lo permiten, allá ellos. Si a la dirección del hotel no le parece bien, que me manden de nuevo a Toledo.

—Que es lo que deseas, ¿no?

—¡Cómo lo sabes! Estaré deseando regresar, porque encontrar alojamiento a corto plazo también se presenta complicado. La inmobiliaria que he contratado me ha pasado unas ofertas muy poco atrayentes, la verdad: dos pisos de estudiantes con una habitación libre y una pareja de ancianos que alquilan otra. Mañana iré a ver, porque ya hoy se me acaba el alojamiento gratis en el hotel. Cada noche más me cuesta el dinero.

—Una putada lo que te han hecho.

—De las gordas. Y ahora te dejo, me voy a la cama que estoy muerto.

—Descansa y mantente todo lo alejado que puedas de la psicópata y sus tenedores.

—Buenas noches, Asier. Te llamo mañana a ver cómo se me da la búsqueda de techo.

—Ánimo y hasta mañana.

Cortó la comunicación y se metió en la cama. No le apetecía adaptarse a otros compañeros de piso y mucho menos si eran estudiantes. Los asociaba a fiestas hasta altas horas de la noche y él era un trabajador que madrugaba en un turno y trasnochaba en el otro, y en ambos trabajaba duro. Tampoco convivir con ancianos, con sus dolencias y su afición a contar batallitas del pasado.

A su mente acudió la escena protagonizada por Martina y Fidel. La chica era rara, eso no se podía dudar. Durante la cena, en el comedor de personal, se había sentado sola en una mesa apartada, lo que le produjo cierto alivio. No la quería cerca de sus compañeros con tenedores y cuchillos a su alcance.

También él se acomodó en una mesa solitaria, el resto del personal parecía tener una rutina y grupos formados, y no deseaba meterse en ellos. Ya vería más adelante.

Poco a poco el sueño lo fue venciendo y se durmió. No sabía dónde lo haría la noche siguiente.

***

Juanjo se levantó y acudió al comedor a desayunar. La noche de hotel incluía la primera comida del día y, tras disfrutar de la misma, llamó a la inmobiliaria para gestionar la visita a los posibles alojamientos que le habían ofrecido. El tiempo era primordial, pues no deseaba gastar ni un euro más de la cuenta en alojamiento.

Decidió acudir primero a los pisos de estudiantes, situados en la periferia de la ciudad y más cercanos al hotel.

En el primero al que acudió le abrió la puerta un chico joven,

que vestía un pantalón ajado y una camiseta llena de manchas. El olor corporal que emanaba ofendió sus fosas nasales desde el primer momento en que lo tuvo cerca.

—Hola, soy Juanjo y me envían de la inmobiliaria para el alquiler de una habitación que tenéis libre.

—Pasa —lo invitó a entrar—. Te la mostraré enseguida.

Una simple mirada a su alrededor le hizo comprender que no se alojaría en aquella casa por nada del mundo. El salón no presentada mejor aspecto que su habitante: sobre la mesa había platos llenos de restos de comida reseca. El sofá estaba revuelto y cubierto de mantas y ropa desperdigada, y el suelo necesitaba con urgencia una buena limpieza.

Un olor a rancio impregnaba el ambiente y estuvo tentado de salir corriendo sin siquiera ver la habitación, pero ya el chico se adentraba por un pasillo que desembocaba en tres puertas. Una de ellas daba a una cocina en la que se apilaban más platos sucios.

Abrió la última y mostró una habitación espartana, con una cama sobre la que reposaba un colchón mugriento y lleno de manchas de todo tipo. Juanjo se estremeció de asco.

—La ropa de cama deberás ponerla tú. Y encargarte de la limpieza tanto de la habitación como de tu propia ropa. Aquí cada uno se ocupa de lo suyo. Las zonas comunes las limpiamos entre todos cuando tenemos tiempo.

«Una vez al año más o menos, ¿no? Y un cuerno voy a acostarme en ese colchón que debe tener hasta bisontes, como poco».

—¿Quieres ver la cocina y el baño?

—No, gracias, con la habitación es suficiente.

—Si te decides, avisa a la inmobiliaria y ya ellos nos lo comunicarán.

—De acuerdo.

Salió de allí como alma que lleva el diablo. Tenía impregnado el olor a rancio de la vivienda mezclado con el de sudor y humanidad del chico que lo había recibido. Suspiró hondo. Primera opción descartada.

Se dirigió a la segunda, pensando que no todos los estudiantes eran unos desaseados; en su época de juventud había tenido amigos que compartían piso y sus casas eran acogedoras y limpias. Cruzó los dedos mientras se dirigía a la nueva dirección.

Esta lo llevó hasta una casa oscura provista de una escalera empinada y que le pareció poco segura. Los cuatro pisos que subió con precaución lo condujeron a un rellano con dos puertas. Llamó a la de la derecha y le abrió una chica muy joven, limpia y aseada. Respiró hondo con alivio y se presentó.

—Buenos días. Soy Juanjo y estoy interesado en la habitación que alquiláis.

—Pasa, te estaba esperando. El agente de la inmobiliaria nos dijo que vendrías hoy. Yo soy Desireé.

La casa era tan oscura como la escalera. La luz eléctrica estaba encendida a pesar de ser solo las once de la mañana. Pero estaba limpia y ordenada.

—La habitación es un poco pequeña —informó la chica antes de abrir una de las puertas que daba al salón.

¿Pequeña? Ni siquiera podía calificársela de habitación, más bien parecía un túnel. Sobre una pared se alineaba una cama estrecha; a los pies de la misma, un armario de no más de cincuenta centímetros, en el que cabrían apenas los dos uniformes y una muda de ropa. Junto al cabecero de la cama, una pequeña repisa, sobre la cual había una lámpara, hacía las funciones de mesilla de noche. No había nada más. Una tabla en la pared opuesta con unas bisagras

hacía las veces de mesa, pero entre esta y la cama, una vez abierta, no cabía una silla. Debería sentarse en la cama para usarla, y lo peor de todo, no tenía ventana.

—¿Llamáis a esto habitación? —preguntó indignado—. Ni siquiera tiene ventana.

—Nosotras no, la dueña. Ha partido en dos una de las más grandes y esto es lo que ha quedado. Tampoco es que la ventana deje pasar mucha luz, lo que hay al otro lado es una pared de ladrillo a menos de un metro de distancia.

—¿Cómo podéis vivir aquí? ¿Cuántos sois?

—Porque no podemos pagar otra cosa. Y somos cuatro, cinco si conseguimos alquilar esta. Pero ya veo que tú no serás uno de nosotros.

—Me temo que no, que me ahogaría.

—En ese caso, no te enseño el resto. Entre tú y yo, es igual de deprimente.

—Pues me marcho y no te robo más tiempo.

Salió del piso con una sensación de claustrofobia que le costó dominar al salir a la calle. Ya sabía que no iba a encontrar una bicoca en Madrid en dos días, pero la cosa estaba más difícil de lo que pensaba.

Había dejado para el final la opción de los dos ancianos, prefería alojarse con gente joven, y además la vivienda estaba situada en Getafe, un pueblo a catorce kilómetros de Madrid, y no se libraría del todo de conducir, pero al final enfiló la autovía con la esperanza de encontrar algo que le conviniera, aunque fuera por poco tiempo. Ya buscaría otra cosa con más calma una vez estuviera instalado.

Se llevó una sorpresa cuando llegó a una urbanización de casas adosadas, con un pequeño jardín en la parte delantera. Incluso había bastante espacio para aparcar en las dos aceras.

Después de lo que había visto aquella mañana, comprobó la dirección y vio que no se equivocaba. Bajó del coche preguntándose dónde estaba la trampa. En los caseros, seguro.

Le abrió la puerta una mujer de unos setenta años, con el cabello gris lleno de rizos y vestida con un chándal oscuro sobre el que anudaba un delantal impoluto.

—Buenos días. Me mandan de la inmobiliaria para ver una habitación en alquiler —comentó por tercera vez en pocas horas. Sus ojos recorrieron el recibidor y la escalera que se elevaba a su derecha.

—Le estábamos esperando. Pase.

Un hombre de la misma edad salió de una habitación situada a la izquierda.

—¿Quién es, Patri?

—Un señor que viene a ver la habitación —informó la mujer.

La casa olía a flores y a limpio. Pudo ver en un jarrón un ramo de claveles que esparcía un agradable perfume. No había una mota de polvo en el mueble del recibidor y el suelo de mármol brillaba como un espejo.

—La habitación está arriba, supongo que no le importa la escalera, es joven y tiene buenas piernas. Nosotros hace unos años que trasladamos la nuestra a la planta baja, subir nos cuesta un poco.

Se agarró al pasamanos para ascender hasta un distribuidor con cuatro puertas cerradas. Abrió la primera.

—Es el dormitorio principal y tiene baño propio. Nosotros usamos el de abajo.

Juanjo apenas pudo creer lo que veía. Una amplia habitación con cama de matrimonio, dos mesillas, una cómoda y un gran armario se repartían el espacio. Un amplio ventanal cubierto por cortinas

blancas inundaba de luz la estancia. Una puerta abierta dejaba ver un cuarto de baño reluciente. El mobiliario no era moderno, se asemejaba mucho al que tenía su abuela en su casa, y eso le hizo sentir a gusto de inmediato. Con la sensación de algo conocido.

—¿De verdad el alquiler es el que me han dicho en la inmobiliaria? —preguntó incrédulo. Era superior al de los dos que había visto en Madrid, pero lo podía asumir, y la diferencia era considerable.

—Sí, ese es el precio.

—No es muy alto para todo lo que ofrece.

—Lo hemos rebajado en varias ocasiones, a casi nadie le gusta vivir con dos ancianos. Piensan que tendrán que cuidarnos, pero le aseguro que no es así. Somos perfectamente independientes. El precio incluye la limpieza de la habitación, pero si quiere incluir las comidas tendrá que pagar un extra. Si está interesado en alquilarla, claro.

—Por supuesto que lo estoy —afirmó deseando cerrar el trato—. ¿Cuándo podría mudarme?

—Cuando quiera. Como puede ver, la habitación está limpia, solo tengo que poner las sábanas.

—Hoy va a ser muy precipitado, porque trabajo hasta tarde, pero ¿podría ser mañana por la mañana?

—Sin problema. ¿Sería muy indiscreta si le pregunto dónde trabaja?

—Soy jefe de sala en un hotel de Madrid. Me han trasladado de forma urgente para cubrir una baja y necesito un alojamiento cuanto antes. De ahí las prisas, no me puedo permitir pagar muchas noches de hotel —explicó deseando tranquilizar a su futura casera, que parecía inquieta al escuchar que llegaría tarde a la casa. Por suerte la escalera estaba justo al lado de la puerta de la calle y no

importunaría a nadie cuando llegara del turno de noche—. No trabajo en ningún sitio poco recomendable y no les molestaré cuando llegue. Ya vendré cenado y me iré derecho a la cama.

—No tiene aspecto de indeseable —dijo la mujer con una sonrisa —. Yo me llamo Patrocinio, pero todos me llaman Patri, y mi marido es Luis.

—Yo, Juanjo.

—¿Quiere tomar algo? ¿Un café o un aperitivo? Cortesía de la casa, desde luego.

—Muchas gracias, pero entro a trabajar a las tres y me gustaría pasar por la inmobiliaria para formalizar el contrato. Mañana vendré a instalarme y aceptaré gustoso su ofrecimiento, y les responderé a cualquier pregunta que deseen hacerme. Imagino que querrán saber más detalles de la persona que meten en su casa.

—Le esperamos mañana.

—¿A qué hora les parece bien?

—Nos levantamos a las ocho, a nuestra edad no dormimos mucho, pero si quiere venir antes, tampoco hay problema.

—Vendré sobre las diez.

Al bajar la escalera encontró al hombre aguardando.

—Luis, él es Juanjo y se queda la habitación. Se instalará mañana.

—Bienvenido —dijo el casero con una amplia sonrisa.

—Gracias.

Salió de la casa sintiéndose muy satisfecho. Pagaría una noche más de hotel y acudiría a la inmobiliaria para formalizar el contrato de alquiler antes de entrar al trabajo. Tendría que conducir un poco para llegar al hotel cada día, pero merecía la pena.

Capítulo 5

Martina no conseguía quitarse de la cabeza ni del sueño la sensación de que sus compañeros no la veían. Por la noche, cuando llegó a su casa después de que Celso la recogiera, decidió hacer una prueba. Otra más. Todos parecían verla con ropa de calle, era cuando se ponía el uniforme —como en el sueño— cuando su imagen desaparecía.

Sofía estaba esperándoles en el sofá, y le propuso, como cada noche, sentarse y tomar una infusión caliente y relajante y algún dulce antes de irse a la cama. La noche era gélida y sabía lo friolera que era su hermana y también que en ese turno cenaba a las seis de la tarde y a esas horas estaba muerta de hambre.

—Gracias, sí. Ve preparándola y en seguida salgo.

Entró en su habitación y, sin pensarlo mucho, se puso el uniforme de repuesto. Se sentía bastante ridícula por lo que iba a hacer, por pensar siquiera que alguien podía no verla, pero necesitaba salir de dudas o iba a volverse loca.

Con el uniforme se miró al espejo. La imagen era clara y nítida. Se tocó la cara, las manos, y todos los movimientos se reflejaban al instante. Respirando hondo salió de la habitación para reunirse con su hermana y su cuñado. Se plantó ante ellos de pie y mirándolos

con fijeza.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Sofía—. ¿Por qué llevas el uniforme? Creí que ibas a ponerte el pijama. ¡No pensarás ir a ningún sitio a estas horas!

Ignoró la pregunta que quemaba en sus labios: ¿me ves? Si la formulaba iban a tomarla por loca. Claro que la veían, Sofía se lo estaba diciendo. Inventó una excusa para su atuendo.

—Creo que el uniforme se me ha quedado algo estrecho. ¿No te parece?

Dio una vuelta sobre sí misma.

—Yo te lo veo como siempre. Por mucho que comas no engordas ni un gramo, tienes esa suerte. Pero si no te sientes cómoda puedo ensanchártelo un poco. No demasiado o parecerás un saco.

—No, solo quería saber tu opinión. Gracias, en seguida salgo con el pijama.

Regresó a su cuarto, pero la respuesta de su hermana no le causó alivio. Algo pasaba en el hotel, porque no se estaba inventando que allí la ignoraban y solo en determinadas circunstancias.

Se tomó la infusión caliente y se acostó, pero no consiguió descansar. Su mente se agitaba entre sueños y pesadillas en las que se desvanecía y desaparecía por completo, sin conseguir que nadie la viera.

***

Martina sentía aprensión cuando llegó al hotel al día siguiente. Antes de entrar al vestuario saludó al cocinero, que salía en aquel momento de su reino, y se animó a acercarse y preguntarle.

—Hola, Juan. ¿Qué tenemos de menú para cenar esta noche?

—Ensalada o sopa de primero, y tortilla de patatas o carne en salsa de segundo. De postre, como siempre, fruta o yogur.

—Gracias —respondió aliviada.

—¿Ya tienes hambre? ¿No has almorzado?

—Sí, en casa, pero me gusta saber de antemano lo que comeré para la cena. Por ir mentalizando al estómago —improvisó sintiéndose de nuevo un poco ridícula. En los últimos días no conseguía librarse de esa sensación.

—Eres un poquito rara, chica. En fin, yo me marcho en breve, en cuanto se quede libre el vestuario. Estoy de mañana y ya he terminado mi turno. Espero que tu estómago disfrute esta noche.

Martina entró en el vestuario y lo encontró vacío. Se cambió de ropa y aguardó a que llegara alguien, dispuesta a ponerlos a prueba una vez más.

Maya hizo su entrada poco después. Iba sola, su inseparable Elisa no la acompañaba aquella tarde. Se decidió a preguntarle por su habitual compañera.

—Hola, Maya. ¿Hoy no viene Elisa contigo?

La recién llegada ni siquiera le dirigió una mirada y mucho menos respondió a su pregunta.

—Tenemos tortilla de patatas para cenar esta noche —siguió comentando. Ninguna reacción. Decidió arriesgarse un poco más, aunque se ganara una enemiga para siempre.

—¡Eres una cabrona y una hija de puta!

La otra camarera tampoco reaccionó. Si con eso no había respondido, ni siquiera hecho un gesto de contrariedad, es que de verdad ni la veía ni la escuchaba.

Sintió un nudo en la garganta y unas tremendas ganas de llorar. Salió de forma precipitada del vestuario y se dirigió al baño, donde se encerró en uno de los cubículos para dar rienda suelta a su

desazón. Aunque nadie pudiera verla, llorar en público no estaba en su código de conducta.

¡No entendía nada! ¿Qué demonios le estaba pasando? Si no estuviera tan angustiada podía pensar que tenía patente de corso para hacer ciertas cosas que nunca se atrevería a realizar en su estado normal. Tal vez para decir lo que pensaba, como acababa de hacer. Nunca a los clientes, esos eran sagrados. Tal vez su invisibilidad solo la sufrieran sus compañeros de trabajo. ¿Y su jefe? ¿La vería él o no? Tal vez se arriesgara a hacerle alguna pregunta o algún gesto para adivinar si también era invisible para él.

Era muy atractivo, alto y con una buena planta, nada que ver con Sixto, el hombre al que estaba sustituyendo. No obstante, no había escuchado ningún comentario al respecto de sus compañeras, pero no dudaba que más pronto que tarde alguna trataría de intimar con él, como hacían con Michel.

Cuando vio que era la hora de entrar en el comedor, se lavó la cara para borrar cualquier huella de llanto que pudiera tener —cosa que no consiguió del todo— y salió para enfrentarse a la tarde. Y a la idea de que tal vez —solo tal vez— podría hacer alguna pequeña travesura como la de decirle a Maya aquello en el vestuario.

***

Juanjo se incorporó al trabajo con una sensación de euforia. Había solucionado el problema del alojamiento, ya tenía el contrato de alquiler y se mudaría a un sitio decente en cuanto se levantara por la mañana.

Solo tenía una maleta grande y le llevaría poco tiempo el traslado, pero cuando tuviera sus dos días libres iría a Toledo para traer más ropa, sobre todo de abrigo. En el armario que había visto

en la habitación tenía espacio más que suficiente y el invierno prometía ser crudo.

Estaba contento, pero su felicidad se disipó en cuanto vio aparecer a Martina en la puerta del comedor. La chica volvió a tocarse de forma compulsiva las manos y la cara, gesto que ya le había visto hacer con anterioridad. En esta ocasión también se frotó los ojos, que parecían enrojecidos. Se preguntó si se debía al consumo de alguna droga y sus compañeros la encubrían.

No toleraría algo así. En su tiempo libre podía tomar las sustancias que deseara, pero no acudir drogada a su puesto de trabajo. Descubriría qué ocultaba aquella chica y hablaría con ella muy seriamente. La vigilaría muy de cerca para evitar problemas.

Se dirigió al comedor y se encontró con Maya, que iba en la misma dirección. Decidió aprovechar la ocasión para indagar un poco más sobre la extraña Martina.

—Espera un momento. Eres Maya, ¿verdad?

—Sí, ese es mi nombre.

La detuvo y la hizo apartarse un poco para hablar con privacidad.

—Me gustaría hacerte unas preguntas sobre tu compañera Martina.

La chica se puso rígida y tensa.

—¡No soy ninguna chivata!

—No es eso lo que pretendo, solo quiero conocerla mejor para saber cómo tratarla. Me dijo tu compañero Fidel que tiene algún tipo de problema. ¿Se trata de drogas?

—No, que yo sepa.

—He visto que se toca de forma continua los brazos y la cara. ¿Alguna afección en la piel? Lo pregunto por si no debo mandarle determinadas tareas que la puedan empeorar.

—Lo hace mucho, sí, pero pienso que es más bien un gesto nervioso. Es algo excéntrica, no se relaciona con los compañeros, le gusta estar sola, pero eso no es malo, ¿no? Hace bien su trabajo.

—Ayer no tuve queja de ella en el cumplimiento de sus obligaciones, pero me choca su comportamiento.

—Solo es un poco rara, pero ¿quién no lo es?

—Unos más que otros. No sé si debería intervenir de alguna forma.

—Mejor déjala tranquila, tal vez esté un poco más nerviosa que de costumbre por la aparición de un nuevo jefe de sala.

—¿Yo tengo la culpa de su comportamiento? —preguntó incrédulo.

—Puede ser. Ignórala, no la mires demasiado y seguro que poco a poco se acostumbrará a tu presencia y tú a sus rarezas. Nosotros ya no les echamos cuenta, hacemos como si no la viéramos ni la oyéramos.

—Intentaré hacer lo mismo.

Pero no estaba seguro de conseguirlo. En cuanto entró en el comedor la buscó con la mirada; sin embargo, antes de que ella se percatara, la desvió hacia otro lado. Si era su presencia lo que motivaba su nerviosismo no la miraría de forma directa, sino de soslayo, o paseando la vista por todo el comedor. Como le había aconsejado Maya, como si no la viera.

***

Eran las seis de la tarde, y disponían de la media hora de cena antes de abrir el comedor a los clientes en el primer turno, a las siete. Era lo que menos le gustaba a Martina de ese turno, cenar tan temprano. Casi siempre tenía que comer algo al llegar a casa.

Se sentó como siempre sola en una mesa apartada y el jefe de sala lo hizo en otra justo al lado. Ni una sola vez el hombre dirigió la mirada hacia ella, no sabía si porque no la veía o por deseos también de privacidad. Tampoco él se sentaba con el resto de los compañeros, quizás quería marcar la diferencia de jerarquías o tal vez esperaba un tiempo prudencial a la hora de crear vínculos de amistad con sus subordinados.

Comió en abundancia la sopa caliente y un buen trozo de tortilla de patatas, una de sus comidas favoritas. La presencia del hombre tan cerca y su indiferencia hacia su persona le permitió observar con tranquilidad sus atractivas facciones y sus intensos ojos verdes. Siempre había tenido debilidad por ese color de ojos en los hombres y los de su jefe eran de los más bonitos que había visto nunca.

Él había preferido la carne como segundo plato y mojaba trozos de pan en la salsa, algo que también le gustó. Disfrutaba de un buen apetito y le agradaba la gente que también lo tenía. Trató de no mirarlo más que de reojo porque aún no estaba segura de si era invisible para él, a pesar de su indiferencia, pero le parecía uno de los hombres más atractivos que había visto nunca. Si no la veía —si nadie lo hacía— podría mirarlo todo lo que quisiera.

El turno de comida terminó y todos comenzaron a abandonar el comedor de personal. Martina apuró su yogur y se quedó sola en la habitación. Juanjo había salido poco antes que ella y sus caminos se cruzaron y, puesto que no había nadie más cerca, armándose de valor se arriesgó a hacer algo para averiguar si él la veía o no.

Avanzó con paso decidido y, deteniéndose delante, extendió una pierna hacia atrás y le hizo una profunda reverencia. Aguardó con el corazón en un puño una palabra de sorpresa por parte de su jefe, pero este siguió andando en dirección al comedor, sin decir nada. Lo siguió con paso rápido y se dispuso a seguir con sus tareas. ¡Era

invisible también para él! Podía recrearse en su persona todo lo que quisiera.

Juanjo la vio pasar a su lado tratando de que la incredulidad no se reflejara en su rostro. ¿De verdad le había hecho una reverencia? ¿Como si fuera un rey o alguien de la nobleza? Solo era el jefe de sala de un hotel de tres estrellas.

Quizás Maya tuviera razón y fuera él quien le provocaba esas actitudes tan extrañas. No había duda de que quería agradarle, tal vez para que pasara por alto sus extravagancias, pero… ¿una reverencia?

Le había costado conservar la impasibilidad ante su gesto, pero no quería incomodarla. Aunque, después de lo sucedido, trataría de mantenerse lo más alejado posible, no se le ocurriera besarle la mano como signo de sumisión. Eso ya no lo consentiría.

Capítulo 6

Juanjo se instaló en su nueva vivienda y se adaptó a sus otros moradores sin ningún problema. Luis y Patri eran una pareja tranquila que no interferían en su vida para nada.

Cuando llegaba por la noche solía encontrar a Luis en el salón, viendo la televisión, mientras que su mujer se había ido a la cama la mayoría de las veces. Lo saludaba un momento y se refugiaba en su habitación para darse una ducha y, si coincidían en el turno, hablar un rato con Asier por videollamada o por teléfono. Era su momento de relax del día.

Había hecho una compra básica para desayunar: su café preferido, el pan de hogaza que solía tomar y una tarrina de mantequilla y se preparaba su propio desayuno en la cocina, que estaba a su disposición. Los almuerzos, en el turno de tarde, los solventaba tomando algo rápido antes de entrar en el hotel en algún bar de los alrededores.

Pero aquella mañana la cocina desprendía un delicioso olor a comida casera que despertó su apetito.

—¿Qué estás preparando? —le preguntó a Patri. Los ancianos le habían pedido desde el principio que les tuteara y se sentía más cómodo así.

—Cocido madrileño. ¿Te apetece un plato?

—No quisiera abusar ni comerme vuestro almuerzo.

—¡No digas tonterías! Hay de sobra para los tres. No me acostumbro a preparar comida solo para nosotros, en el pasado fuimos familia numerosa. Ahora nuestros hijos tienen la suya propia y ninguno reside en Madrid.

—Pues te lo agradezco mucho. Te lo pagaré, por supuesto.

—Hoy te invito yo. Pero si quieres puedes unirte a nuestras comidas por un pequeño aumento en el alquiler.

—De todas formas, tengo que comer fuera alguna de las comidas del día, el hotel solo cubre la del turno en que trabajo. Si no supone una molestia, me gustaría que llegáramos a un acuerdo. Los aromas que salen de tu cocina me recuerdan a los guisos de mi abuela.

—Solo añadiría un poco más de cantidad a lo que preparo para nosotros. Eso sí, no esperes nada sofisticado, solo guisos de toda la vida.

—Me parece perfecto. Cuando quiera algo sofisticado me iré a un restaurante, pero hace mucho que no tomo comida casera.

—¿No cocinas? —preguntó la mujer.

—Fritos, cosas a la plancha y comida preparada que caliento en el microondas. Poco más.

—Te puedo dejar algo preparado también para cuando vuelvas luego.

—Suelo llegar cenado, y si tengo hambre me prepararé un vaso de leche y una tostada; por las noches no te preocupes.

—Pues almorzamos en media hora. ¿Te viene bien? —preguntó destapando la olla y volviendo a liberar el delicioso aroma.

—Sí, perfecto. Así me dará tiempo a llegar al trabajo sin prisas. Y a digerir la comida para cenar a las seis, que es la hora en que lo

hacemos el personal en el hotel.

—¿A las seis? A esa hora yo me tomo el cafelito con mi dulce.

—El comedor para los clientes abre a las siete en el primer turno y el personal debe cenar antes, porque luego terminamos después de las once.

—¿Y no tienes hambre cuando vuelves por la noche? A veces pasa de las doce.

—Estoy acostumbrado. Dicen los expertos que ayunar muchas horas seguidas es bueno para la salud.

—Tonterías. Eso es pasar hambre.

Se sentó a comer con sus caseros y le gustó la experiencia. La cantidad que Patri le había pedido por compartir sus comidas era menor que la que gastaría en los bares donde solía comer, y desde luego la comida sería mucho más apetecible.

Llegó al hotel de muy buen humor aquella tarde. Era el primer fin de semana que trabajaba allí y se esperaba una gran afluencia de huéspedes. Sin embargo, cuando se incorporó al comedor no encontró a parte de los camareros que solían formar su turno. Entre ellos echó en falta a Michel y a Martina. Sin la chica sería una tarde relajante, pues no conseguía dejar de observarla tratando de descubrir alguna inconveniencia por su parte.

Lo hacía con disimulo, porque ella no se cortaba un pelo a la hora de mirarlo a él. Era muy frecuente topar con sus ojos y su sonrisa, una sonrisa franca y abierta que le producía un ligero cosquilleo. Sin embargo, no le desagradaba la sensación. La chica ignoraba al resto de sus compañeros y era muy respetuosa con los clientes, pero a él parecía dedicarle una atención especial. Estaba seguro de que quería congraciarse con el jefe de alguna forma. ¡Mientras no volviera a hacerle reverencias ni se le acercara con cuchillos o tenedores!

Pasó la tarde menos relajado de lo que esperaba. Cuando se dirigía al comedor le preguntó a Elisa por los dos ausentes.

—Faltan hoy Michel y Martina, que han sido sustituidos por otros compañeros. ¿Sabes el motivo? ¿Están enfermos?

—No que yo sepa. Tienen establecidos los turnos de forma diferente al resto. Nunca hacen dos días de descanso seguidos, a cambio trabajan menos del tirón que el resto.

—Bien, trataré de informarme de todos los turnos. Gracias.

Contra lo que esperaba, en vez de sentirse aliviado por la ausencia de la camarera, la echó de menos. Pronto él también tendría dos días libres y se marcharía a Toledo a ver a Asier y a Alma. Hablaba con su amigo a menudo, pero a la chica solo la había llamado una vez desde que estaba en Madrid. Debía reconocer que extrañaba más a su amigo que a la mujer con la que había empezado a salir, tal vez porque a ella no la veía a diario.

La tarde se le hizo aburrida, monótona, y larga, muy larga. Pero dos días después tendría su merecido viaje a Toledo y no pensaba desperdiciar ni un minuto del mismo.

Cuando llegó a casa por la noche, encontró a Luis, esta vez acompañado de Patri, viendo la televisión.

—Buenas noches —les saludó.

—Buenas noches, Juanjo —respondió su casera—. En la cocina he dejado un trozo de bizcocho que he hecho esta tarde. Seguro que tienes hambre.

—Ya te he dicho que no suelo comer nada a esta hora —aseguró, aunque de repente descubrió que sí le apetecía tomar algo —. Pero le haré los honores a tu bizcocho.

Se dirigió a la cocina y se preparó un vaso de leche para acompañar el dulce. Lo llevó todo a su habitación y se dispuso a disfrutar de su tentempié nocturno. Asier trabajaba de mañana por

lo que se habría acostado ya. Dudó si llamar a Alma, pero era tarde y no quería incomodarla. Ya la vería cuando fuera a Toledo.

Puso una película en el ordenador para relajarse mientras comía, pero no la terminó. Se sintió somnoliento poco antes de la mitad y se acostó a descansar.

***

Martina se incorporó al trabajo después de un día de descanso. Se había relajado lo suficiente como para cargar las pilas, pero se estaba agobiando otra vez ante la perspectiva del comportamiento de sus compañeros. Era el último día del turno de noche, la semana siguiente no necesitaría ayuda para regresar a casa, lo que le suponía un alivio. Le desagradaba mucho tener que molestar a su hermana o a Celso para que vinieran hasta Madrid a recogerla, y más con el frío reinante. Aunque sabía que ellos lo hacían con agrado, prefería valerse por sí misma.

En la puerta del hotel coincidió con Juanjo y se arriesgó a saludarlo.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —respondió él, sin añadir nada más.

Dudó si la había reconocido, si sabía que trabajaba en su equipo de camareros o si solo se había limitado a contestar a su saludo. Por lo menos la había visto; claro, que iba vestida de calle. Otra cosa sería cuando se pusiera el uniforme y entrara en el hotel.

Se contuvo al mirarlo, aunque estaba guapísimo aquella tarde. Los ojos verdes parecían brillar con luz propia y sintió mariposas en el estómago al estar tan cerca.

Entró al vestuario y, como siempre, deseó las buenas tardes a las compañeras presentes, Maya, Elisa y Reyes.

—Buenas tardes.

—Hola, Martina.

—Ayer Juanjo preguntó por qué había dos camareras nuevas en el turno —le comentó Maya—. Le explicamos que Michel y tú estabais de descanso. No parecía saberlo.

—¿Dijo algo más?

—No, nada; solo pareció sorprendido. Creo que no sabía quién eras.

Se sintió mortificada, pero no lo confesó. Que la hubiera saludado al entrar no significaba que la identificara con una de sus camareras, si no la veía en el comedor. Se cambió de ropa y nadie volvió a dirigirle la palabra.

Salió del vestuario y se encontró con Juanjo, que esperaba para entrar al mismo. Inclinó la cabeza con exageración, en una media reverencia y, ante la impasibilidad de su jefe, se atrevió a decirle lo que le rondaba por la cabeza.

—Tienes unos ojos preciosos.

Y sin darle ocasión a responder, se alejó temiendo escuchar a su espalda alguna palabra de recriminación. O de cualquier otro tipo. Cuando ya se encontraba a cierta distancia volvió la cabeza, pero él se dirigía al interior del vestuario sin dar muestras de haberla escuchado. El corazón se le expandió de alivio. ¿Cómo se había atrevido? Jamás le había dicho a un hombre lo que pensaba de él y, para colmo, Juanjo era su jefe. ¿Y si la hubiera oído? Por suerte no parecía que lo hubiese hecho, porque se moriría de vergüenza. ¿Cómo se estaba volviendo tan osada?

***

Juanjo entró a cambiarse lleno de incredulidad. ¿Martina había

alabado sus ojos o había oído mal? No parecía la misma que lo había saludado con timidez en la puerta, pero el halago no le molestó. Lo más probable era que la chica tratara de caerle bien, porque no le cuadraba que se sintiera atraída y le estuviera lanzando indirectas —en realidad muy directas— para llamar su atención hacia un posible escarceo amoroso.

No iba a entrar al trapo, por supuesto, liarse con una empleada no entraba ni en sus planes ni en su código de conducta.

La estuvo observando toda la tarde de forma disimulada, como hacía siempre, pero no se encontró con su mirada de forma directa, ni siquiera en el comedor, cuando volvió a sentarse en la mesa de al lado. La chica se dedicó a realizar su trabajo con eficiencia y pareció ignorarle. ¡Nunca le había intrigado tanto el comportamiento de una mujer!

Cuando salió por la noche, después de terminar su turno, ya pasadas las once y media, la encontró tiritando en la puerta del hotel, con el cuello del abrigo subido y las manos en los bolsillos. Debía hacer más de media hora que había salido, pues él siempre se quedaba hasta comprobar que todo estaba en orden para el día siguiente.

Ella lo miró al pasar por su lado y pareció encogerse todavía más.

—Buenas noches —la saludó—. ¿Qué haces aquí con tanto frío?

—Esperando que vengan a recogerme, pero se retrasan.

En aquel momento el teléfono móvil de Martina sonó. Se alejó un poco no queriendo invadir su privacidad, pero la expresión agobiada de la camarera le impidió marcharse. Cuando ella colgó se le acercó de nuevo.

—¿Algún problema?

Ella asintió.

—Mi cuñado debía venir a recogerme, pero al parecer el coche se ha quedado sin batería y no consigue arrancarlo. Tendré que pedir un taxi para ir a casa, cueste lo que cueste.

—¿Vives muy lejos?

—En Fuenlabrada.

—Yo voy en esa dirección, puedo llevarte, si quieres.

—¿También vives en Fuenlabrada?

—En Getafe, pero te acerco. Me da igual unos kilómetros más o menos.

Martina evitó mirarlo de forma directa.

—No quisiera molestar.

—No es molestia. ¡Vamos, o te vas a congelar aquí!

—Gracias.

Lo siguió hasta el lugar donde tenía aparcado el coche y, en cuanto él desbloqueó las puertas, hizo amago de abrir una de las traseras.

—¿Ahí piensas sentarte? No soy un taxista ni tampoco me como a nadie, mujer.

Martina se acomodó a su lado, tratando de pegarse a la puerta para mantener las distancias. Juanjo enarcó las cejas. ¿De verdad esa mujer era la misma que había alabado sus ojos unas horas antes con total descaro? ¿Acaso temía que se lo recriminara? ¿O que le preguntara sobre la reverencia de días antes? No pensaba hacer ninguna de las dos cosas. Se limitó a conectar la calefacción y arrancar el coche.

—¿Siempre vienen a recogerte al trabajo? —preguntó tratando de mantener una conversación que no lo llevara al terreno personal ni a su extraño comportamiento.

—Solo en el turno de tarde, porque ya no hay trenes. El resto del tiempo me muevo sin ayuda.

—Ayer estuviste de descanso, ¿no?

—¿Sabes quién soy? ¿Y que ayer no vine al trabajo?

—Creo que sí. —¿Pensaba que era ese tipo de jefes que no conoce a su personal?—. Te llamas Martina y te ocupas de las mesas de la doce a la dieciséis y también de las veinticuatro y veinticinco, ¿no? Y sé que ayer estuviste de descanso porque había otra chica sirviendo esas mesas. Pregunté a una de tus compañeras y me lo dijo.

Ella lanzó un hondo suspiro, como si se sintiera aliviada. Juanjo la miró de soslayo y continuó con la conversación intrascendente.

—¿Hace mucho que eres camarera en el hotel?

—Casi un año.

—¿Y te gusta el trabajo?

Ella se encogió de hombros.

—No tengo otro.

—Eso significa que no te agrada demasiado.

—Es fácil y no requiere ninguna cualificación.

Estuvo a punto de preguntarle por qué siempre se sentaba sola a comer, pero intuyó que su curiosidad no sería bien recibida. Si antes pensaba que Martina era rara, esa noche lo estaba confirmando con creces. La chica que se encogía en el asiento rehuyendo su mirada y que respondía con poco más que monosílabos a sus preguntas no se parecía en nada a la que vislumbraba en el hotel, la que no le quitaba la vista de encima y le decía piropos a sus ojos. ¿Se sentiría atraída por él y estaba tratando de disimularlo? Decidió guardar silencio en vista de que parecía incómoda por su compañía.

Llegaron a Fuenlabrada sin que la conversación hubiera fluido mucho más. Ante la puerta de Martina, él se ofreció:

—Si alguna otra noche tienes problemas para volver, no dudes

en decírmelo.

—Mañana cambiamos el turno, y me las apaño con el tren, pero gracias.

—No hay de qué. Somos compañeros.

—Eres mi jefe.

—Para mí eres una compañera más.

—Gracias otra vez.

Ella entró en el portal y Juanjo arrancó el coche y dio la vuelta para regresar a Getafe. No podía dejar de pensar en el extraño comportamiento de Martina, la chica le intrigaba muchísimo, y sabía que no pararía hasta llegar a comprender sus cambios de actitud.

Capítulo 7

Juanjo disfrutó del camino a Toledo. Se sentía libre y eufórico, listo para relajarse y divertirse durante sus dos días de descanso.

Asier estaba libre aquella mañana, por lo que almorzarían juntos, y por la noche había quedado con Alma para cenar. Retomaría por cuarenta y ocho horas su antigua vida, la que tanto deseaba y echaba de menos.

Su amigo lo recibió con un fuerte abrazo y una cerveza fría. El almuerzo no era nada especial, ninguno de los dos era un gran cocinero, y se limitaban a comida de supervivencia. Aquel día se trataba de una pizza pedida a domicilio. No obstante, se sentía feliz por el reencuentro, por estar en su casa y olvidarse de los problemas que le generaba el trabajo. Y de aquella chica estrambótica que parecía tener dos personalidades bien diferenciadas.

Sentados en el sofá, se dispusieron a ponerse al día.

—¿Cómo te va en tu nuevo hogar? —preguntó Asier con curiosidad.

—Bastante bien. No es como estar en casa, pero al menos como de lujo porque mi casera es una cocinera estupenda. Si sigo allí mucho tiempo, voy a engordar, porque hace hasta dulces.

—¿Llevas bien vivir con dos ancianos? Dijiste que no te atraía

mucho la idea.

—Lo de ancianos es un decir. Son personas modernas, que utilizan el ordenador y hacen videollamadas a sus hijos y nietos, nada que ver con lo que esa palabra implica. Sí es cierto que la decoración de la casa es muy clásica, pero también cómoda. ¡Y limpia! Tengo una buena cama y un baño para mí solo dentro de la habitación. He tenido mucha suerte. ¡Ni te imaginas los sitios que visité antes! Uno era un zulo sin siquiera ventana y el otro una cochiquera que no había visto el agua y el detergente en meses.

—¿Y el hotel? ¿Es lo que esperabas?

—El hotel no está mal, muy parecido al de aquí, aunque con más movimiento. Muchos huéspedes de turismo los fines de semana, y el resto es muy usado para congresos y reuniones de trabajo.

—¿Y la chica rara?

Juanjo dio un largo trago a su botellín.

—Muy rara —admitió con un hondo suspiro—. Cada día más.

—¿Sigue amenazando con tenedores a sus compañeros?

—No ha vuelto a hacerlo, al menos que yo haya visto. El problema ahora es conmigo. Creo que le gusto.

—¿Que le gustas como jefe o como hombre?

—Sí te dice que tienes unos ojos muy bonitos, ¿tú qué crees?

—Pues que le gustan tus ojos eso está claro. Y por ende, tú. ¿Te lo dijo abiertamente?

—Sin cortarse un pelo. Sin embargo, cuando me dirijo a ella de forma directa parece mostrarse tímida e incluso avergonzada.

—Ten cuidado con ella, tío, a ver si está un poco chiflada y te vas a buscar un problema. Porque a ti no te gusta ella ¿verdad?

—A mí me gusta Alma. Y la voy a ver esta noche, así que a Martina me limito a ignorarla, aunque me genera un poco de lástima. Hace unas noches tuve que llevarla a su casa porque se

quedó tirada en el turno de tarde y no tenía forma de regresar. Me pareció muy desvalida.

—Las desvalidas son peligrosas, estimulan al macho protector que todos los hombres llevamos dentro. ¿Tú crees que lo hizo a propósito para que te vieras obligado a hacerlo?

—No lo creo. Parecía realmente agobiada de que no pudieran venir a recogerla. Vive en Fuenlabrada y ya no funcionan los trenes cuando salimos por la noche. Viene un cuñado a buscarla, pero parece ser que le falló el coche.

—¿Estás seguro? ¿No sería una treta?

—Podría ser, aunque no me dio esa sensación cuando entró en el coche. Parecía incómoda e incluso un poco asustada por mi presencia. De todas formas, yo ignoro sus comentarios, sus reverencias y las continuas miradas que me dirige. Es una más de las camareras que tengo a mi cargo y la trato como a las demás, por mucho que le gusten mis ojos.

—¿Es guapa o fea?

—No es fea, pero tampoco podría calificarla de guapa. Más bien poquita cosa, tímida, delgada. De esas personas que pasan desapercibidas en su entorno.

—Para ti no ha sido así, ha conseguido interesarte.

—Intrigarme, que no es lo mismo. No le hubiera dedicado ninguna atención si no hubiera creído que iba a atacar a un compañero. La mayoría del personal del hotel la ignora.

—Pero tú no.

—Trato de hacerlo, aunque no es fácil. Soy responsable del comedor y del comportamiento del personal a mi servicio. Pero hoy lo que suceda no es responsabilidad mía, voy a relajarme y disfrutar de mi vuelta a la vida que me apetece. Saldré esta noche con Alma y, si estás despierto a mi vuelta, te daré una paliza con los

videojuegos.

—¿Piensas volver? ¿No existe la posibilidad de que pases la noche con ella?

—No estoy seguro de querer dar ese paso tan rápido.

—¿Tan rápido? Hace semanas que salís juntos. Hoy día las parejas se van a la cama mucho antes.

—Las parejas, pero nosotros no lo somos todavía. No quiero precipitarme.

—¿No te gusta lo suficiente?

—Me gusta, pero no sé cuánto. Si te digo la verdad, no la he echado de menos en Madrid. Te he extrañado más a ti que a ella.

—¡No irás a decirme que te gusto yo! Porque ya sabes que soy hetero desde la punta del pie hasta la coronilla.

—No hay riesgo de que te haga proposiciones sexuales, a mí también me gustan las mujeres. Y Alma..., pero prefiero ir con cautela, no quisiera hacerle daño si no llego a sentir por ella lo que se espera.

—Lo vuestro no ha sido un flechazo.

—No creo en los flechazos. Me agrada su forma de ser, es bonita, pero no estoy enamorado de ella, al menos no todavía.

—Bueno, pues sal esta noche y, si vuelves a tiempo, echaremos esa partida que yo también deseo. Y si no vuelves, entenderé que al verla has dado ese paso que consolidará lo vuestro.

Terminaron de almorzar y Asier se marchó al hotel. Juanjo se sentó en el sofá dispuesto a relajarse y olvidarse de todo durante dos días. Dos días sin responsabilidades, sin trabajo y sin Martina y sus continuas miradas.

***

Recogió a Alma a las ocho para ir a cenar. Al verla no sintió la alegría que había experimentado al encontrarse con Asier. Hacía casi un mes que no la veía y su pulso no se aceleró al contemplarla, como había esperado. Estaba guapa, se había arreglado para el encuentro, era evidente.

Se le acercó y la besó en la mejilla, como solía hacer antes de su traslado.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Bien; como siempre —respondió ella—. ¿Y tú? Eres el que ha cambiado de vida.

—Solo de ciudad —comentó.

—Y de amigos.

—No tengo amigos en Madrid. Trabajo muchas horas, el hotel es mucho más grande y con más movimiento que el de Toledo y acabo rendido al terminar la jornada.

Se dirigieron caminando a uno de los restaurantes que solían frecuentar en sus encuentros.

—Cuéntame cosas de tu vida en la capital —pidió Alma.

—He encontrado alojamiento en Getafe, en casa de unos ancianos que viven solos. Creo que ya te lo dije por teléfono.

—No has sido muy explícito ni tampoco has llamado mucho.

—Ya te he dicho que el trabajo es más estresante que el de aquí —afirmó tratando de excusarse—. Salgo bastante tarde y no son horas de telefonear a nadie. Cuando trabajo de mañana madrugo mucho y tengo la necesidad de dormir una siesta, que a veces se me va de las manos y se prolonga más de la cuenta.

No dijo que a veces llegaba la noche sin que se hubiera acordado de llamarla, y cuando lo hacía era demasiado tarde para hacerlo.

—¿No te gusta el hotel?

—Ni me gusta ni me deja de gustar. Es diferente, aunque el trabajo es muy similar. Tengo más personal a mi cargo.

—¿Y cómo es el personal?

—Buenos profesionales que saben hacer su tarea —comentó. Ni se le ocurría hablarle de Martina y de su extraño comportamiento, y mucho menos de la atracción que parecía sentir por él—. Pero tengo que cuadrar muchos turnos y estar pendiente de muchas cosas. Todos tenemos que adaptarnos unos a otros.

—¿Qué haces en tus días libres?

—En mis primeros días de descanso he cogido el coche y me he venido a Toledo. Allí, para tener dos días libres hay que trabajar bastantes seguidos, los turnos son diferentes.

—¿No has tenido días sin trabajo hasta ahora? Hace casi un mes que te fuiste.

—Los primeros los dediqué a buscar alojamiento y a instalarme.

Ella sonrió, satisfecha. Juanjo sintió que le acababan de hacer un interrogatorio y se molestó. No obstante, no hizo ningún comentario. Habían llegado al restaurante y la conversación giró en torno a la comida.

La cena transcurrió en la tónica habitual de sus encuentros. Alma habló de la tienda donde trabajaba, de sus clientes habituales, de su jefa que la vigilaba como un halcón para que no estuviera parada ni cinco segundos, inventando trabajo cuando no tenía que atender a nadie. Juanjo evitó dar detalles del hotel y de su personal. A mitad de la cena, comenzó a aburrirse y a tratar de que su mente no divagara hacia otros temas. Hacia lo que podría suceder en el Imperial de Madrid en su ausencia.

Cuando terminaron de comer, Alma parecía esperar alguna propuesta para alargar la velada. Por primera vez se planteó tener en cuenta la sugerencia de Asier, pero la desechó al instante. Tal

vez, si le proponía pasar la noche juntos, ella aceptara, pero reconoció que no le apetecían las implicaciones que eso tendría en su relación.

Lo que de verdad deseaba era marcharse a casa y esperar a Asier para jugar a la videoconsola hasta la madrugada. No obstante, le concedió a la chica un poco más de tiempo.

—¿Te apetece ir a tomar una copa? —propuso. Tal vez ella consiguiera interesarle lo bastante como para dar ese paso.

—Claro —aceptó Alma con una sonrisa.

Pagó la cuenta y salieron a la fría noche. Se arrebujaron en la ropa de abrigo para trasladarse hasta uno de los locales más de moda. No había asientos libres y se acomodaron en una de las mesas altas. Pidieron sendos cócteles y se dispusieron a disfrutar del ocio nocturno de la ciudad.

La música sonaba muy alta, por lo que la conversación quedaba excluida. Se limitaron a tomar sus bebidas a pequeños sorbos, mirando a su alrededor y, de vez en cuando, uno al otro.

Juanjo observó a su acompañante, tratando de averiguar si ella esperaba algo más de esa noche, pero cada vez se sentía menos tentado a proponerlo. Era un hombre, le gustaban las mujeres y llevaba bastante tiempo sin estar con una. Alma era bonita y poseía un cuerpo atractivo, pero no era ningún cabrón que se aprovechara de las féminas. Si una noche otra se le acercara con alguna proposición, la secundaría, pero Alma esperaba de él algo más que sexo sin compromiso. Y aquella noche no tenía ganas de comprometerse con ella.

El esperado encuentro que había imaginado estando en Madrid no se había producido para él. No había sentido mariposas en el estómago al verla ni el deseo sexual que provoca la distancia con alguien por quien se siente algo y a quien no se ha visto en

bastantes días.

Se limitó a beber de su copa y evitó una segunda, por si el alcohol le nublaba la mente y le hacía cometer un desliz que no deseaba. La segunda ronda tomó un refresco, aunque Alma pidió otro cóctel como el que acababa de tomar. Bebió evitando la tentación de mirar el reloj, ella no se merecía eso, pero la verdad era que se estaba aburriendo como una ostra y se moría de ganas de llegar a casa y pasar el resto de la velada con su amigo, ya fuera jugando a la videoconsola o charlando.

Cuando terminaron la segunda copa, propuso:

—¿Nos vamos ya? He madrugado mucho y estoy cansado.

—Claro —aceptó ella.

En la puerta del local había taxis libres y cogieron uno. Juanjo dio la dirección de Alma e ignoró la mano femenina que reposaba muy cerca de la suya. Cuando el vehículo se detuvo, besó a su acompañante en la mejilla para despedirla. No se bajó para acompañarla al portal.

—Buenas noches —le deseó.

Ella lo miró por un momento con intensidad, pero de inmediato apartó los ojos y respondió.

—Buenas noches, Juanjo. Que descanses.

—Gracias.

—Mañana trabajo hasta las seis —comentó algo pesarosa.

—No te preocupes. Yo me iré después de almorzar para evitar la caravana de entrada a Madrid de la tarde noche.

—Bien. Pues nos vemos la próxima vez que vengas a Toledo, ¿no?

—Sí. Te llamaré.

Ella entró en el portal y, a continuación, le dio al taxista la dirección de su casa. Recostó la cabeza en el respaldo y cerró los

ojos. Tal vez en la próxima visita la hubiera echado de menos más que en esta. Si no era así, hablaría con ella claramente, no pensaba tenerla engañada si los sentimientos que deberían aparecer no lo hacían.

Asier estaba viendo una película cuando entró en el piso.

—Imaginaba que vendrías a dormir —dijo—. ¿Cómo ha ido la noche? ¿Alma sigue reticente a dar un paso más?

—Soy yo el que lo está. Intuyo que, si le hubiera propuesto pasar la noche juntos, habría aceptado, pero ni siquiera tenía ganas de besarla.

—¿Quieres una copa? Supongo que deseas hablar de ello.

—Sí. Voy a ponerme cómodo.

Cuando salió con el pantalón de pijama y una de las sudaderas que había dejado en Toledo, Asier ya había servido dos copas del selecto ron que reservaban para las ocasiones especiales.

—Cuéntame.

—No sé qué me pasa. No la he echado de menos en Madrid, apenas la he llamado. Lo que sentía por ella se ha enfriado al estar lejos. La noche, para mí, ha sido de total aburrimiento. Solo tenía ganas de volver a casa.

—¿Y qué vas a hacer?

—Esperar un poco más, hasta la próxima visita; pero si sigo sintiendo lo mismo, se lo diré con sinceridad. No voy a tenerla esperando unos sentimientos que lo más probable es que no lleguen. Al menos por mi parte.

—Haces bien. Lo contrario sería una crueldad. Pero ¿estás seguro de que no llegarán?

—Seguro no, pero esta noche lo que más me apetecía era venir a jugar contigo una partida. No soy ningún cabrón, pero no quiero pasar otra velada deseando estar en otro lado.

—En ese caso, conecta la consola.

—¿Y la película que estás viendo?

—Al diablo con ella. Tengo un par de semanas para verla antes de tu próxima visita.

Ambos amigos se olvidaron del mundo, explorando, buscando tesoros y salvando obstáculos hasta la madrugada. Juanjo se sintió relajado y libre por primera vez esa noche.

Capítulo 8

Juanjo regresó al trabajo después de sus dos días de descanso. Entraba de turno de mañana y se alegró de ver a su personal salir del vestuario dispuesto a comenzar la jornada. Todo parecía en orden, el comedor intacto y el personal sano y dispuesto para el trabajo.

—Hola, Juanjo —lo saludó Michel.

—Hola. ¿Todo bien por aquí?

—Todo perfecto.

—¿No ha habido ningún problema? ¿Nada que deba saber?

—¿Por qué tendría que haberlo?

«Porque hay una mujer imprevisible en la plantilla». Su primer pensamiento fue zumbada, pero lo cambió. Martina ya no se lo parecía. Debía tener algún motivo para su comportamiento y estaba dispuesto a averiguarlo, pero dudaba que tuviera ningún tipo de desequilibrio.

—Solo preguntaba.

—Nada que reseñar.

Contuvo las ganas de indagar en concreto sobre Martina, si se había comportado o si había generado algún tipo de problema, sobre todo cuando la vio dedicarle una amplia sonrisa en un momento en

que se cruzaron. La ignoró, de ninguna forma quería alentar cualquier fantasía o deseo que la camarera tuviera hacia él. Pero se sintió halagado, porque esa chica lo miraba como Alma no lo había hecho nunca.

Desechó el recuerdo de esta y la aburrida cita que había tenido con ella el sábado anterior y siguió con la mirada a la camarera mientras realizaba su trabajo, preparando el bufé y las mesas que le correspondían para el desayuno con energía y eficiencia. Nunca había percibido en ella ningún gesto de desgana o hastío hacia el trabajo, a pesar de que le había confesado que no le gustaba demasiado.

Martina vio con agrado que Juanjo se incorporaba de nuevo aquella mañana. Lo había echado de menos, su aislamiento y la indiferencia de sus compañeros se le habían hecho más penosas en su ausencia. Por lo menos podía mirarlo y alegrarse la vista con su cuerpo esbelto cuando se cruzaban, y con sus chispeantes ojos verdes, aunque estos no la vieran. Había sido muy amable con ella la noche que la llevó hasta su casa, no como los idiotas de sus compañeros que, cuando la veían fuera del hotel y sin el uniforme, la seguían tratando como si fuera una paria o algo peor. Nunca sintió que formara parte de la plantilla y mucho menos del grupo que a veces quedaba para salir juntos.

Aquella mañana Juanjo estaba —o a ella se lo parecía— más guapo que de costumbre. No había podido evitar que sus ojos reflejaran la alegría que le produjo verlo, pero, como siempre, él no se había percatado. Mejor, podía mirarlo a placer.

Se cruzaron de nuevo cuando terminaron con los desayunos. Él se dirigía a la cocina para departir con los cocineros y se encontraron delante del mostrador del bufé, que ella retiraba en aquel momento.

Se sintió valiente y deseosa de probar con él su capacidad de no

ser vista ni oída, y su boca susurró un espontáneo:

—Estás para comerte.

Al instante se aterrorizó por su atrevimiento, Si la oía podía darse por despedida de inmediato. Tal vez podría excusarse aduciendo que se refería a la bandeja de huevos revueltos que portaba en aquel momento, pero su jefe continuó su camino hacia la cocina sin que pareciera haberse percatado de su desfachatez. Tal vez no fuera tan mala su invisibilidad y le permitiera hacer o decir cosas a las que nunca habría osado por su timidez. De todas formas, trató de evitar a su jefe durante el resto de la mañana, por si las moscas.

Juanjo debería estar enfadado por el atrevimiento de Martina, pero, en cambio, tuvo que hacer grandes esfuerzos por contener la risa. ¿De verdad le había dicho aquello? ¿Podía considerarse algún tipo de acoso? No lo veía así, ella en ningún momento había tratado de tocarlo ni le había hecho proposición alguna. Se limitaba a dejar caer alguna frase explosiva y a marcharse a toda prisa, como temerosa de una reacción por su parte. Se preguntaba hasta dónde sería capaz de llegar en su audacia. Esperaba que no demasiado lejos, que esta no superara la barrera de las palabras para no tener que tomar medidas drásticas. De momento se limitaría a ignorar sus comentarios, como si no los hubiera oído.

Sin embargo, se preguntó si eso se extendía a otros compañeros, porque en ese caso debería intervenir de inmediato.

Abordó a sus subordinados en el vestuario, mientras se cambiaban de ropa para salir. Martina se había mantenido seria y alejada de todos durante el resto de la mañana, limitándose a cumplir con su tarea en silencio.

—¿Cómo os lleváis con Martina? —preguntó sin querer entrar en el tema de inmediato.

—Bien —respondió Fidel sin dar más detalles.

—Es un poco rara la chica, ¿no? —comentó lo obvio, pero deseaba saber la opinión del resto sobre su compañera.

—Tiene sus cosas —dijo Michel—, pero ya te dije que es inofensiva.

—Aunque no sea peligrosa, puede hacer o decir cosas que molesten a los demás. ¿Lo hace?

—No sé a qué te refieres. Apenas habla —comentó Fidel.

—No habla por no ofender —confirmó Juan, el cocinero—. Le gusta estar sola, eso es evidente, pero a nadie le molesta. Incluso lo agradecemos.

—Entonces, ¿no tenéis ningún problema con ella?

—No. La ignoramos. Haz lo mismo —le recomendó Michel.

—Sí, eso haré. Pero si en algún momento os dice algo que no os agrade o que consideréis molesto u ofensivo, me lo comentáis e intervendré para llamarle la atención.

—¿Algo como qué? —preguntó el cocinero.

—Algo íntimo o sexual…

—¿Sexual? Pero si no tiene sexo —masculló Michel jocoso, sin importarle que su jefe inmediato estuviera presente.

Juanjo se sintió molesto por la observación de su subordinado.

—No toleraré en mi presencia ningún comentario ofensivo hacia una compañera, sea quien sea.

—Ahora no eres nuestro jefe, estamos ya fuera del horario laboral. No le faltamos al respeto, solo decimos lo que opinamos de ella.

—Pero ¿la has visto? —continuó Michel —. La pobre no puede ser más anodina e insignificante.

—Ni chicha ni limoná, diría mi abuela —añadió Fidel.

—¿Eso qué significa? —inquirió Juanjo, dispuesto a defender a su subordinada contra viento y marea.

—Que ni tiene un cuerpo bonito ni una personalidad atrayente que lo compense.

—¿Os habéis molestado en conocerla, acaso?

—Ningún interés por mi parte.

—Ni por la mía —confesó Juan.

—Como si fuera invisible, para mí.

Unas leves risitas llenaron el silencio del vestuario.

—No te negaré que hace bien su trabajo, que como camarera es eficaz —añadió Michel—, pero como mujer… deja mucho que desear.

—¿No te interesará a ti? —bromeó Fidel.

—No es eso, pero es mi subordinada, igual que vosotros, y quiero que le mostréis respeto.

—Si la respetamos… apenas le dirigimos la palabra y todos felices. Ella la primera.

Juanjo no continuó con sus reproches, sabía que si lo hacía acabaría aborreciendo a aquellos tipos y debía tenerlos bajo su mando durante un tiempo indeterminado. Sin embargo, no les permitiría ningún desprecio público a su compañera. Acabó de cambiarse de ropa y salió del vestuario.

Mientras conducía hasta su casa, analizó la conversación mantenida minutos antes. De modo que era eso, que la admiración —o lo que fuera— que Martina sentía hacia él se debía al rechazo y ostracismo de sus compañeros. Y a que él siempre había sido amable con ella cuando se encontraban fuera del comedor. Pensaba seguir siéndolo, demostrarle su aprecio. Dentro, se limitaría a tratarla como a los demás, para no suscitar chismorreos ni críticas de favoritismo, pero no la ignoraría fuera.

Era cierto que no tenía un cuerpo como el de Maya, lleno de curvas que amenazaban con estallar el uniforme cuando se agachaba, que Martina siempre llevaba el suyo holgado, algo que

veía muy lógico para facilitar el trabajo y no llamar la atención ni del personal ni de la clientela. Pero estaba seguro de que cuando se lo quitara y vistiera ropa de calle tendría su atractivo. Atractivo que no se apreciaba en aquel momento bajo la ropa de abrigo que el invierno madrileño obligaba a llevar.

Cuando salió del hotel la buscó con la mirada, por si podía ofrecerse a llevarla a casa, pero no la encontró por los alrededores. Seguramente estaría ya camino de la estación de tren o metro. Lo que tenía claro era que deseaba conocerla mejor, para rebatir la teoría de su insignificancia que sostenían sus compañeros.

***

Martina llegó a casa de muy buen humor. Durante el trayecto en tren hasta Fuenlabrada no dejó de pensar en Juanjo, en cómo había notado su ausencia los días anteriores y en la alegría que le produjo su regreso aquella mañana. Todavía se asombraba de su audacia, le había dicho aquella frase casi sin pensar, pero le estaba pillando el gusto a decir lo que pensaba y lo que sentía. Tendría que hacerlo también con sus compañeros, a los que estaba empezando a aborrecer por su comportamiento hacia ella. Comentarle a Maya que, por mucho pecho operado que mostrara y mucha curva que exhibiera con sus ajustadísimos pantalones del uniforme, no podía hacer nada con aquellas piernas como palillos que ella veía en el vestuario cada día. O a Michel, que se creía el gallo del gallinero, que ella no lo consideraba en absoluto atractivo.

Como siempre, al llegar a casa se sentó con su hermana a tomar el café de sobremesa y a esta no le pasó desapercibido su jovial estado de ánimo.

—Te veo contenta hoy —le comentó Sofía.

—Ha sido un buen día —afirmó.

—¿Y eso?

«Me he atrevido a decirle a mi jefe lo que pienso de él».

—Tenemos un buen jefe de sala ahora y eso hace el trabajo más agradable. No es que Sixto fuera malo, pero este es mucho más guapo y simpático.

—¿Es el que te trajo a casa cuando falló la batería del coche?

—El mismo.

Sofía miró con atención a su hermana. Esta no solía hablar de sus compañeros de trabajo, y menos en esos términos.

—¿Te gusta?

—Ya te he dicho que es muy guapo, y tiene unos ojos verdes que quitan el hipo.

—Y es amable contigo.

—Eso no significa nada, lo es con todo el mundo.

—Pero te gusta.

—A nadie le amarga un dulce, aunque sea solo para mirarlo. Otra cosa sería impensable; es mi jefe.

—No lo harás de forma descarada.

«Si tú supieras…».

—No te preocupes, no se da cuenta de nada. Soy muy discreta.

—Mejor así. No hay que ser lanzada con los hombres, y menos con los jefes. Pueden pensar que quieres algo con él.

—Claro que no, no le doy pie para que piense eso. Hay chicas muy atractivas en el hotel, jamás de fijaría en mí. Yo me limito a mirarlo de lejos y con total discreción.

—¿Y a soñar?

—No llego a tanto, soy realista. Solo a mirarlo cuando no me ve.

«Y a decirle cuánto me gusta cuando no me oye».

—Nunca me has hablado de ningún chico que te guste hasta

ahora.

—Hemos vivido lejos muchos años. Tú eres mucho mayor y te casaste y te viniste a vivir a Madrid cuando yo apenas entraba en la adolescencia; eso ha impedido una relación de confidencias fraternales.

—Pero nunca es tarde para ello, ¿verdad?

—Supongo que no, pero lo de mi jefe no es nada serio. Es algo así como un actor que ves en la pantalla y con el que ni siquiera te atreves a soñar. Apenas hablamos en el trabajo.

—¡No digas eso! Te trajo a casa, a lo mejor le gustas también.

—No caerá esa breva. Me conformo con que sea amable conmigo y no me dificulte el trabajo.

—¿Alguien lo hace?

—No, pero tampoco soy la más popular entre la plantilla.

Se lamentó de las cosas que le estaba contando a su hermana. Nunca había hecho alusión a la forma en que la trataba el resto del personal ni sus compañeros del comedor. Sabía que Sofía le daría una serie de consejos para mejorar su situación, consejos que ella se encontraba incapaz de seguir.

—¿Tienes problemas en el trabajo? Sabes que no es necesario que tengas un empleo que te hace infeliz, que puedes dejarlo y buscar otra cosa.

Había tardado meses en encontrar el del hotel, su timidez le pasaba factura en las entrevistas. No lo dejaría sin tener otro mejor a la vista.

—No tengo problemas. Nadie me molesta, ni me hacen *mobbing* ni nada parecido. Pero ya me conoces, no tengo facilidad para integrarme en un grupo que ya está formado. Voy a mi rollo y ellos al suyo.

—Sí no te sientes a gusto, dilo y buscaremos otra cosa.

—No es necesario, de verdad. Y ahora que está Juanjo, mucho menos.

—Si es así…

Se apresuró a retirar el servicio de café y se dispuso a ver la serie de media tarde que seguían las dos. Debía tener cuidado con lo que decía a su hermana. Que en el trabajo pudiera decir todo lo que se le ocurriera sin consecuencias no significaba que con Sofía fuera igual. Esta se había convertido en una madre protectora cuando la suya falleció, y la trataba como si aún fuera una niña incapaz de enfrentarse a los problemas de la vida. Era muy pequeña cuando se separaron y la seguía viendo como la cría que dejó en su pueblo de Málaga. Le agradecía que la hubiera acogido en su casa al fallecimiento de sus padres. Se había dedicado a cuidarlos, motivo por el cual no había desempeñado ningún trabajo hasta entonces.

Pero ya era una mujer capaz de enfrentarse a la vida y a los problemas de una adulta, y no aceptaría que nadie siguiera manteniéndola ni cubriendo sus gastos. Por mucha bilis que tuviera que tragar en el hotel.

Capítulo 9

Martina entró en el vestuario como cada mañana. En esta ocasión ni se molestó en saludar. No tenía ganas de que en cuanto se pusiera el uniforme empezaran a ignorarla. Prefería que lo hicieran desde el principio. No obstante, no tuvo ocasión de comprobarlo porque, en cuanto entró, sus compañeras salieron del recinto, sin siquiera dedicarle una palabra de saludo a pesar de ir vestida de calle.

Se sintió molesta y ofendida. Tal vez Sofía tuviera razón y debiera buscar otro trabajo en que la trataran mejor. Pero luego, en el comedor, se encontró con Juanjo, organizando las mesas y revisando que todo estuviera preparado para el bufé del desayuno. Atractivo y sonriente como siempre. Quizás por él mereciera la pena seguir en el hotel.

Sin embargo, se sentía tan enfadada con Maya y Elisa que decidió expresar el desprecio que sentía por ellas. Estaba harta de contenerse.

Se cruzó con Maya detrás del mostrador que sostenía las bandejas del bufé. Estas se vaciaban con rapidez y había que reponerlas continuamente. Estaba tan enfadada que ni siquiera se percató de que Juanjo estaba cerca, y le soltó a su compañera,

canturreando la melodía, una frase que siempre pensaba cuando la veía en el vestuario cambiándose de ropa:

—Tienes las patas de alambre porque pasas mucha hambre…

Y sin pararse a comprobar si la chica la había escuchado, volvió a entrar en la cocina para cargar otra bandeja.

Juanjo tuvo que contener una carcajada y volverse de espaldas para que Maya no fuera consciente de que lo había escuchado. Estaba casi seguro de que la camarera apreciaba a Martina tan poco como sus compañeros varones, que se consideraba superior a ella: más guapa, más sexi e incluso más inteligente.

Pensó que tal vez debiera intervenir y recriminarle a Martína su comportamiento, pero al ver la cara de odio que Maya le dedicó, prefirió fingir que no había oído nada. Estaba clarísimo que se trataba de algún pique entre las chicas, y no tuvo dudas de que Maya sabría defenderse. Lo que ya no tenía tan claro era que Martina lo hiciera también. Su forma de actuar, huyendo a continuación, indicaba poca valentía para afrontar las situaciones cara a cara.

Juanjo decidió estar pendiente de ambas mujeres durante la mañana, por si la cosa se desmadraba y alguna de ellas originaba un incidente que afectara al buen ambiente del comedor. Solo vio que Maya se acercaba a Elisa y le susurraba algo al oído. ¿Le estaría contando lo sucedido? ¿Estarían planeando vengarse de Martina? Reconocía que esta se había pasado un poco, pero aguardó hasta ver qué sucedía.

El desayuno se desarrolló como siempre, de forma natural y sin ningún incidente. Comprendió lo que le habían repetido varias veces: que todos ignoraban a Martina, que nadie le echaba cuenta y ni siquiera se molestaban por su comportamiento. Si ese era el caso, prefería no intervenir, mientras no influyera en el trabajo.

Continuó observando a Martina durante toda la mañana. Estaba tan pancha, como si un rato antes no hubiera soltado aquella frase lapidaria a su compañera. ¿Por qué lo hacía? ¿Qué la impulsaba a actuar de una determinada forma y luego continuar como si tal cosa?

A la hora de almorzar notó cierta animación en la mesa de los camareros, mientras que Martina volvió a comer sola, como siempre. Estuvo tentado de invitarla a sentarse a su mesa, pero no quiso demostrar ningún tipo de favoritismo. Tampoco dar la impresión de que la chica le gustaba, como había insinuado Fidel el día anterior. No era eso, solo le intrigaba.

Sin embargo, estaba decidido a profundizar en sus secretos, incluso a preguntarle si tenía algún problema con sus compañeros, pero estaba convencido de que ella negaría cualquier tipo de roce con ellos. Aunque pensaba que el comentario de Martina tenía muchos visos de ser verdad, que las curvas de Maya eran producto de las clínicas de estética más que de su propia naturaleza. Y que comía con mucha frugalidad.

Cuando terminó el almuerzo de los clientes, Martina entró con rapidez en el vestuario y se cambió de ropa en cuestión de segundos. No quería encontrarse con nadie, solo deseaba salir cuanto antes del hotel. Aunque Maya no había dado señales de haber escuchado su comentario, no quería correr riesgos. Por mucho que pareciera ser verdad que con el uniforme nadie la veía ni la oía, su mente racional le decía que todo debía tratarse de un error, de que no le importaba a nadie ni lo que hiciera ni lo que dijera. Porque la invisibilidad no existía. No en la vida real.

También Juanjo se cambió con rapidez y salió del hotel a toda prisa. Esperaba encontrar a Martina en la puerta o camino de la estación. Creía recordar que le había dicho que en el turno de noche

no había trenes, por lo que intuía que sería este el medio de transporte que usaba para llegar a Fuenlabrada.

Sin embargo, no la vio, aunque recorrió con el coche, muy despacio, todo el trayecto. Tenía ganas de volver a charlar con ella, de saber un poco más de su vida para comprender mejor su comportamiento.

Aquel día no le había dicho nada a él, se había limitado a mirarlo, con esos ojos dulces y aterciopelados. También ella los tenía bonitos, cuando se los contemplaba de cerca. La noche que la acompañó a su casa comprobó que eran de un tono castaño muy claro, como la miel derretida.

Se sintió frustrado al no encontrarla y se dirigió a Getafe dispuesto a disfrutar del guiso que Patri hubiera preparado aquel día. Tenía ganas de que cambiaran el turno, porque las esperanzas de encontrarse con Martina en la puerta del hotel, esperando a que la recogieran, aumentarían. Entonces podría sondearla con tranquilidad y sin que ningún oído indiscreto los escuchara.

***

Durante un par de días Martina dedicó sus ataques a sus compañeros. Aquella mañana fue Michel el objetivo de sus críticas. Fue en la entrada del vestuario. El chico se encontraba esperando para cambiarse y atrajo la atención de varias compañeras que salían, a las que dedicó unas sonrisas cautivadoras y unas miradas apreciativas.

Martina se le acercó con una expresión decidida que ya Juanjo empezaba a conocer y se preparó para lo que pudiera soltar. Esperó que no le dirigiera a él ningún comentario subido de tono, pero ella se detuvo delante de Michel, sin tener en cuenta que no estaba solo.

—Te crees el gallo de este gallinero, pero eres como el de Morón: sin cresta, sin plumas y sin espolón.

Y de nuevo se marchó a toda prisa.

El chico se quedó algo perplejo, pero entró al vestuario sin hacer ningún comentario.

Juanjo lo siguió y, una vez dentro de la estancia, lo abordó.

—He escuchado lo que te ha dicho Martina.

—Bah, una tontería de las suyas.

—Si te ha molestado hablaré con ella para que contenga su lengua.

—No tiene importancia; está loca por mis huesos y yo no le hago ningún caso. Solo está despechada.

—¿Estás seguro?

—Por completo. Es una pobre desgraciada que necesita un polvo con urgencia, pero está loca si cree que se lo voy a echar yo.

—Si lo quisiera te haría un halago, ¿no? Yo más bien diría que ha sido una especie de insulto y que yo debería intervenir.

—Esa pobre ni siquiera sabe lo que es un halago.

«Los que me dedica a mí, por ejemplo».

—Está bien, lo dejaré estar. Pero si esto continúa tomaré cartas en el asunto. Aquí venimos a trabajar, y si hay alguna cuestión personal entre los trabajadores, deberá gestionarse fuera del comedor.

—No te preocupes. La frasecita generará unas risas en la mesa del almuerzo y nada más. La pobre está desesperada por unos pantalones.

No le gustó la idea de que se rieran de Martina. Tampoco creía que la interpretación de Michel sobre el comportamiento de la chica fuera la correcta. A él le había dedicado frases muy halagadoras, aunque hacía ya unos días que se había limitado a mirarlo. Se

peguntó si había dejado de interesarle y se sintió un poco decepcionado.

Aunque había provocado un par de encuentros frontales en el comedor, no había vuelto a hablarle de sus ojos ni a decirle nada más. Prefería que le dedicara a él sus comentarios y no provocara a sus compañeros con sus frases lapidarias, aunque cargadas de razón. Michel se consideraba el camarero más atractivo y no ocultaba el placer que le producía tener a todas las chicas revoloteando a su alrededor, pero dudaba que Martina fuera una de ellas. Al menos esperaba que fuera lo bastante inteligente para no prendarse de semejante tipo creído y vanidoso.

Aquel mediodía decidió propiciar el encuentro que llevaba días deseando. El comedor había terminado muy pronto y entró a cambiarse antes de que lo hicieran las chicas, y esperó dentro del coche a que estas salieran. Tenía una buena vista de la puerta del hotel y, cuando vio salir a Martina, condujo muy despacio hasta ponerse a su lado. Bajó la ventanilla y la llamó.

—¡Martina!

Ella se detuvo en seco y lo miró con expresión horrorizada.

—¿Vas para tu casa?

—Sí…

—Sube, te llevo —Abrió la portezuela.

—¿Por qué?

—Porque vamos en la misma dirección.

—Yo vivo más lejos que tú.

—No me importa conducir unos kilómetros más.

—No te preocupes, no es necesario. El tren me deja cerca de casa.

—¿Tienes algún problema en subir al coche conmigo? Solo trato de ser amable.

—No tengo ningún problema, es solo que no estoy acostumbrada a que nadie lo sea.

—Vamos, sube —insistió abriendo la portezuela.

Tras unos segundos de vacilación, Martina entró en el vehículo. Se había arrepentido de lo dicho apenas terminó la frase. No quería que nadie supiera sus problemas, y Juanjo mucho menos. Se estaba acostumbrando a decir lo que pensaba y no era buena cosa. Debía controlarse mejor.

Se acomodó en el asiento con cierta rigidez.

—¿Estás seguro de que solo tratas de ser amable? ¿No quieres decirme nada?

Desde que detuvo el coche a su lado había temido que hubiera escuchado lo que le dijo a Michel y fuera a echarle la bronca.

—¿Qué crees que querría decirte?

—No sé. Algo.

—¿Algo como qué?

Se encogió de hombros.

—¿Tienes algún problema con tus compañeros?

Se tensó.

—¿Por qué lo dices?

—Por lo que acabas de comentar sobre que nadie es amable contigo. ¿Lo dices por ellos?

—No tengo ningún problema con nadie —afirmó con rotundidad. Demasiada rotundidad quizás.

—Son simpáticos.

—Sí.

—Pero veo que se sientan a comer juntos y tú nunca estás entre ellos.

«Porque me vuelvo invisible cuando me pongo el uniforme».

—Me traigo la comida de casa —improvisó—. Casi nunca entro

en el comedor.

Juanjo parpadeó. Él siempre la veía comer en la mesa de al lado y del menú del hotel. Sin embargo, no dijo nada. No quería interrumpir la escasa conversación que estaba manteniendo con ella; temía que se cerrara y no continuara hablando y la chica le intrigaba más a cada momento.

—¿Y eso por qué? —Le siguió la corriente.

—Porque me gusta más.

—¿Y por qué no entras en el comedor? ¿Dónde comes? —trató de averiguar.

—Por ahí. Prefiero ir a mi aire, no me gusta llamar la atención.

«Pues quién lo diría, con las perlas que sueltas».

—Pasar desapercibido está bien. ¿Es eso lo que pretendes?

—Es eso lo que sucede. Y ya estoy hablando de más.

—No, no. Me parece una conversación muy interesante. ¿Por qué pasas desapercibida?

—No lo entenderías.

—Explícamelo.

—No, porque me considerarías una chiflada. Y no lo estoy.

—Claro que no. Nadie dice lo contrario… Solo eres un poquito peculiar.

—Tal vez.

—Pues trata de llevarte bien con tus compañeros, son muy majos.

—Lo intentaré.

—Porque te caen bien, ¿verdad?

—Sí, claro —afirmó con ningún convencimiento.

Juanjo desvió por un instante la vista de la carretera y la miró. Estaba pálida y tenía los labios apretados con fuerza. También las manos se aferraban al bolso como si se lo fueran a arrancar. Tuvo

claro que el problema de Martina radicaba en sus compañeros, que las frases que ella les dedicaba estaban motivadas por algún comportamiento de estos, pero no veía qué podía hacer para solucionarlo si ella no le daba más información.

—Si algún día tienes algún conflicto con alguien puedes decírmelo.

—Sí.

No había convicción en su asentimiento. Ya se había cerrado en banda y Juanjo supo que no le sacaría nada más. Se limitó a conducir en silencio hasta dejarla en la puerta de su casa. Antes de que se bajara del coche, le dijo:

—Dentro de poco cambiamos de turno. Puedo traerte a casa para que no tengan que ir a buscarte.

—Eres muy amable, pero no es necesario. A mi hermana y a mi cuñado no les importa hacerlo.

—¿Vives con ellos?

—Sí.

—Bien, como prefieras. Nos vemos mañana.

—Mañana descanso.

—Entonces, pasado.

—Adiós, Juanjo. Y gracias.

—No hay de qué.

La vio entrar en la casa y permaneció unos minutos tratando de asimilar la conversación. Nada de lo que le había dicho tenía sentido, y si había tratado de aclarar algo sobre su subordinada, solo había conseguido intrigarse más. ¿Por qué negaba que se sentaba sola a comer en una mesa apartada? ¿Tal vez temía que él la instara a unirse a los demás? ¿Acaso creía que no la veía? ¿Que para él también pasaba desapercibida?

Tampoco entendía por qué había rechazado su propuesta a

acompañarla a Fuenlabrada en el turno de tarde. Si le gustaba, como le había dado a entender, lo lógico era que aprovechara la ocasión de pasar tiempo con él fuera del trabajo.

No cejaría hasta desentrañar el misterio de Martina, porque todo debía tener un motivo, estaba seguro.

Capítulo 10

Después de su día de descanso Martina regresó a su trabajo. Estar ausente veinticuatro horas le había permitido relajarse un poco y volver más animada.

Había repasado en su mente una y otra vez su conversación con Juanjo, el hecho de que se hubiera ofrecido a llevarla a casa por las noches y su amabilidad con ella. Era la primera persona que la trataba bien desde que empezó a trabajar en el hotel, pero no se hacía ilusiones de que se tratara de algo más que cortesía. No pensaba caer en la suposición de Sofía de que fuera algo más que eso, ella no interesaba a los hombres y menos a uno tan guapo como su jefe.

El regreso fue ya en el turno de noche. No había comentado en su casa el ofrecimiento recibido, por lo que su hermana la recogería después del trabajo. Hacía mucho frío y Celso estaba muy acatarrado. Por un momento estuvo tentada de decir que no fueran y pedirle a Juanjo que la acompañase, pero si lo hacía él insistiría en llevarla cada noche y no se sentía capaz de sentarse a su lado a diario en un espacio tan reducido y mantener una conversación sin que saliera a relucir su problema con el resto del personal. Tampoco quería que nadie se percatara de ese trato de favor que él le daba.

Estuvo mirándolo toda la tarde, y en algunas ocasiones le pareció que también él la miraba a ella, pero eso era imposible, llevaba el uniforme. Nadie más le había prestado atención en toda la jornada.

A la hora de cenar dudó si entrar en el comedor o no. Le había dicho a Juanjo que no lo hacía y él no había comentado lo contrario, de modo que decidió hacerlo. Se moría de hambre y, contra lo que había afirmado días atrás, no llevaba nada de su casa. No aguantaría tantas horas sin comer nada, ya le costaba estar sin alimento desde la temprana cena hasta que llegaba a altas horas.

Juanjo se demoró con la cena y salió del comedor justo detrás de ella. Temió que le hablara, que le preguntara por su presencia en la zona común. Se volvió por un instante para mirarlo, pero él no dio muestras de verla y de nuevo su subconsciente tomó el mando y susurró:

—La comida está buena, pero yo preferiría comerte a ti.

Y apresuró el paso. Si se hubiera vuelto habría visto la sonrisa satisfecha en la boca del hombre, que no tenía intención de recriminarle nada.

Juanjo pasó la tarde observándola en silencio, contento de que ella hubiera retomado las atenciones hacia él. Se dijo que lo prefería a que se indispusiera con sus compañeros, pero la verdad era que se sentía halagado. Tendría que buscar de nuevo la ocasión de llevarla a su casa, necesitaba desentrañar la misteriosa personalidad de la chica, averiguar a qué se debían sus cambios de comportamiento. Si de verdad se sentía atraída por él, ¿por qué en el coche se mostraba tímida y apenas respondía con monosílabos a sus intentos de entablar conversación?

Se preguntó qué haría si ella se le insinuara en esos momentos igual que hacía en el comedor rodeados de gente. La rechazaría de

forma educada, por supuesto, era una subordinada suya y sería muy mala idea darle alas, pero recordó sus bonitos ojos color miel y también que tenía una boca de labios finos y rosados, sin rastros de carmín. Una boca que sabría solo a boca.

Sacudió la cabeza alejando esos pensamientos poco apropiados y trató de concentrarse en su tarea, pero aquella tarde le costaba.

***

Como siempre que cometía algún desliz, Martina pasó el resto de la tarde tratando de pasar más desapercibida de lo habitual. Recogió sus mesas del comedor con rapidez y entró a cambiarse antes de que lo hicieran los demás. No quería que Juanjo la sorprendiera en la puerta, aquella tarde se había pasado más de lo habitual con sus comentarios y se moría de vergüenza ante la idea de encontrárselo, aunque no la hubiera escuchado.

Salió a toda prisa del hotel, pero era aún temprano y Sofía no había llegado todavía. Llevaba unos minutos esperándola cuando el frío intenso la hizo buscar los guantes en su bolso. No halló uno de ellos, debía habérsele caído en su apresuramiento por salir. Regresó al vestuario, mirando a su alrededor. Por suerte Juanjo aún estaba revisando el comedor y no se encontraba esperando para cambiarse. Entreabrió la puerta y se detuvo de inmediato al comprender que sus compañeras hablaban de ella. Conteniendo la respiración, escuchó sin delatar su presencia.

—La tonta de Martina está haciendo cada vez más idioteces. Solo es cuestión de tiempo que meta la pata hasta el fondo.

—¿De verdad se cree la mema que es invisible? ¿Que ni la vemos ni la oímos?

—Fue una idea genial la de hacerle creer que ese sueño que leí

en la libreta de pedidos se volvía real. Pero solo alguien como ella podía creérselo.

—Deberíamos decirle la verdad antes de que se busque un problema.

—¡Ni hablar! ¡Con lo que nos estamos riendo!

—Eso lo dices porque te ha molestado lo que dijo de tus piernas.

—Mis piernas son perfectas. Pero seguirá siendo invisible para mí un tiempo más. Hasta que diga algo muy inconveniente y Juanjo le eche una buena bronca. ¡Cómo voy a disfrutarlo!

—O hasta que la despidan por chiflada. ¿Te imaginas que Juanjo la regañe y ella le diga con esos ojos de cordero degollado: soy invisible?

El coro de risas le llegó con nitidez. Desistió de entrar en el vestuario y enfrentarse a las burlas de aquellas arpías. Perdería el guante, sería capaz de salir incluso desnuda a la gélida noche para no verlas.

Corrió como alma que lleva el diablo en dirección a la salida mientras gruesas lágrimas le corrían por las mejillas. Ahora sí que tendría que buscar otro empleo, se sentía incapaz de continuar trabajando allí.

Se escabulló lo mejor que pudo hasta la puerta y rogó que Sofía la recogiera lo antes posible. Necesitaba toda una noche para digerir sus sentimientos, para asimilar todo el ridículo que había hecho durante semanas.

Se medio escondió entre las sombras hasta que llegara su hermana, rogando porque nadie la viera. Cuando pensaba las cosas que había hecho y dicho, suponiendo que nadie la veía, se moría de vergüenza. Lo que más le importaba era lo que le había dicho a Juanjo en las últimas semanas, pero sobre todo aquella tarde. ¿Qué pensaría de ella? ¿Que estaba loca por él? No podía negar que le

gustaba, que era muy atractivo, pero se había envalentonado demasiado en sus acercamientos. Jamás podría volver a mirarlo a los ojos y mucho menos trabajar de nuevo bajo sus órdenes. Lágrimas de frustración y vergüenza seguían corriendo por sus mejillas.

No consiguió pasar desapercibida, Juanjo la había visto salir del vestuario como alma que lleva el diablo y, sin terminar de revisar el comedor, salió tras ella. Se detuvo a su lado y la miró con detenimiento. Ella agachó la cabeza para que no viera su estado de ánimo ni sus lágrimas, deseando que la tierra se la tragara y hacerse pequeñita e invisible de verdad.

—¿Martina? —preguntó él—. ¿Qué sucede? ¿Estás llorando?

—No es nada, se me ha metido algo en el ojo.

Sabía que le debía una explicación, que debería pedirle perdón por su comportamiento hacia él, pero no se encontraba capaz en aquel momento.

—¿En los dos ojos?

—Debe ser el frío.

Temblaba de pies a cabeza y no solo por efecto de la temperatura.

—¿De nuevo se retrasan en recogerte?

Asintió con la cabeza, incapaz de seguir hablando.

—Entra en mi coche hasta que lleguen. Vas a pillar una pulmonía aquí fuera, está a punto de nevar.

—No… no puedo.

Pero él no aceptó su excusa. La agarró por el brazo y la condujo hacia el vehículo aparcado a poca distancia.

—Desde aquí verás cuando lleguen a buscarte.

Abrió la portezuela y la hizo sentarse en el asiento del copiloto, acomodándose a su lado. Encendió la calefacción y, abriendo la guantera, le ofreció un paquete de pañuelos.

—Ahora vas a decirme qué te pasa. No me trago lo del frío ni lo de la mota en el ojo.

—No puedo, de verdad que no puedo.

Él alargó la mano y le agarró la barbilla, obligándola a alzar los ojos y mirarlo.

—No te dejaré salir del coche hasta que me digas algo que pueda creerme.

Ella trató de tranquilizarse.

—Está bien; de todas formas, supongo que te debo una explicación, y muchas excusas.

—¿Me has hecho algo?

—¿Y lo preguntas? Por Dios, llevo semanas diciéndote… cosas. No puedo imaginar lo que pensarás de mí.

—¿Que eres una chica atrevida, que no se corta un pelo al decir lo que piensa?

—Es que yo no soy así.

El llanto se intensificó.

—Yo no suelo decirles a los hombres esas barbaridades.

—Yo los consideraría piropos más que barbaridades.

—Tampoco piropeo a los hombres, y menos a mi jefe.

—Pues lo has disimulado muy bien, la verdad.

La risa franca de Juanjo la hizo enterrar la cara entre las manos y sollozar más fuerte.

—No era yo, te juro que no era yo. Te dije…

—Que tengo unos ojos bonitos, que estoy para comerme y que tú lo harías. ¿Me olvido de algo?

—Creo que no.

—Tampoco tus compañeros se han librado de tus comentarios, aunque creo que los de ellos han sido más desagradables.

—Así es, pero se lo merecen.

—Vamos a ver, Martina, deja de llorar y explícate de una vez. Si no eras tú, si no sueles hacer esas cosas, dime el motivo por el que lo has hecho. ¿Estabas bajo el efecto de alguna medicación, o de alguna droga? Si es así olvidaré todo lo que has dicho.

—Es que, si te lo cuento, si te digo la verdad, me vas a considerar imbécil. Tan imbécil como en realidad soy.

—Prueba a ver.

—Me creía invisible.

Juanjo apretó los labios tratando de no reírse.

—¿Invisible? —preguntó—. ¿Por qué motivo? ¿Algún tipo de alucinación?

—Tuve un sueño en el que me volví invisible cuando me ponía el uniforme. Tiene su fundamento porque siempre me he sentido así con respecto a los compañeros. Desde el primer momento en que empecé a trabajar aquí me han ignorado, como si no existiera. A veces saludaba al llegar y nadie me respondía, y supongo que mi subconsciente generó ese sueño. De alguna forma mis compañeros se enteraron, imagino que porque lo escribí en mi libreta de anotar los pedidos y esta se me cayó del bolsillo. Alguien debó leerla y decidieron gastarme una broma por la cual me ignoraban, todavía más, cuando tenía puesto el uniforme.

—Pero tú sabes que la gente no se vuelve invisible, ¿verdad?

—Claro que lo sé, me he estado volviendo loca dándole vueltas a la cabeza. Hice varias pruebas, pero todo parecía corroborar que era cierto. Incluso te hice una reverencia un día para comprobar si tú tampoco me veías, y no reaccionaste en absoluto. ¿Te hacen reverencias todos los días?

—No, solo tú. Me quedé tan asombrado que no supe qué hacer.

—Entonces me envalentoné. Soy bastante tímida y pensé que mi invisibilidad, que no me terminaba de creer, me permitiría hacer

cosas a las que nunca me había atrevido.

—Como decirles a tus compañeros lo que de verdad piensas de ellos. Y también a tu jefe.

—No lo pienso —trató de excusarse.

—¿Seguro?

—No negaré que eres atractivo, que me gustan los hombres con los ojos verdes… pero el resto…

—¿No me comerías?

—¿Tú también te estás burlando de mí?

Volvió la cabeza hacia la ventanilla para evitar su mirada y su sonrisa.

—En absoluto. Me he sentido halagado de que a tus compañeros los insultaras y a mí me piropearas.

Juanjo alargó la mano y le acarició la mejilla.

—Nunca has sido invisible para mí, siempre me has parecido muy interesante. Un poco peculiar, pero interesante.

—Chiflada, querrás decir.

—En absoluto. —Seguía acariciándole la cara, limpiándole con los dedos el resto de las lágrimas secas—. Ahora voy a decirte yo lo que pienso de ti. Me he ganado el derecho, ¿no crees? Tú también tienes unos ojos muy bonitos, y una boca digna de ser besada.

—Te estás burlando de mí tú también. Ahí llega mi hermana, mejor olvidemos esta conversación.

—No pienso hacerlo. Es la primera vez que consigo que me digas más de dos palabras seguidas y espero que no sea la última. Te recojo mañana para venir juntos al trabajo, esta conversación no se acaba aquí. Tenemos que decidir cómo afrontar tu situación en el trabajo a partir de ahora.

—Voy a dejar el hotel, no puedo seguir allí.

—Claro que puedes. Y dile a tu hermana que no hace falta que

venga a recogerte en el futuro, que yo te llevaré por la noche a casa.

—No…

—Soy tu jefe; es una orden. Hablamos mañana.

Salió del coche temblando como una hoja. Se refugió en el vehículo de Sofía, que la miró preocupada.

—¿Qué te pasa? Lamento el retraso, había un accidente en la carretera y he tenido que esperar un poco hasta que me han dejado pasar.

—Es algo muy surrealista que no te creerías.

—¿Has llorado? Martina, me estás preocupando.

—Quiero morirme.

—¿Estabas en el coche de tu jefe? ¿Ha intentado propasarse contigo? Mira que lo capo.

—Soy yo la que se ha propasado con él, aunque solo de palabra.

—Vamos a casa y me lo cuentas.

—Sí, es largo.

Arrancaron y el coche se perdió en la carretera. Juanjo regresó al hotel a terminar de revisar el comedor, enfadado con el personal. Tendría que pensar en algo para castigarlos y también para evitar que Martina dejara el trabajo. Quería conocerla mejor, llegar al fondo de aquella chica tímida que había necesitado creerse invisible para ser ella misma. Y que tenía unos ojos y una boca preciosos.

Capítulo 11

Durante el trayecto hasta Fuenlabrada Sofía respetó el mutismo de Martina, que miraba por la ventanilla sin decir palabra, solo asimilando lo ocurrido. Pero, al llegar a su casa, su hermana no le permitió seguir callando.

—Ya has tenido tiempo suficiente para rumiar lo que te haya ocurrido, ahora vas a contármelo.

—Tengo que dejar el trabajo.

—Eso no es un problema, ya te he dicho varias veces que si no estás a gusto busques otra cosa. Siempre te has negado, por lo que intuyo que ha pasado algo grave para que cambies de opinión de forma tan repentina y tan tajante. ¿Qué es? ¿Tiene que ver con tu jefe?

—Sí y no.

—Aclárate, porque tu respuesta es contradictoria.

Martina sabía que no tenía escapatoria, y necesitaba hablar, aunque le causara a su hermana una preocupación.

—¿Te acuerdas de la noche que me puse el uniforme al llegar?

—Porque querías saber si te estaba estrecho.

—No era por eso. En realidad, quería saber si me veías o no.

—¿Si te veía? ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Porque en el trabajo nadie parecía verme cuando me ponía el uniforme. Incluido mi jefe. Llegué a pensar que era invisible.

—Querrás decir que nadie te echaba cuentas.

—No, que era invisible de verdad. No me mires así, ya sé que eso no es posible y me siento muy idiota por haber llegado siquiera a dudarlo, pero todo parecía confirmar que era así.

—No entiendo por qué pensabas eso.

—Tuve un sueño en el que me volvía invisible cuando estaba con el uniforme y lo escribí en mi libreta de pedidos. Mis compañeros debieron leerlo y me han gastado una broma fingiendo que no me veían cuando lo llevaba. Llegué a pensar que era cierto. El caso es que empecé a ganar confianza en mí misma y a decir cosas que pensaba de la gente a diestro y siniestro.

—Bueno, si te ha servido para desahogarte, no es tan malo. Guardarse las cosas no es bueno, Martina.

—Sí que lo es, porque también se las he dicho a Juanjo.

—A tu jefe.

Asintió, notando de nuevo la vergüenza de su comportamiento.

Una leve sonrisa curvó la boca de Sofía.

—¿Se puede saber qué es eso tan terrible que le has dicho?

—Al principio, que tenía los ojos muy bonitos. Y como no reaccionó, seguí subiendo el tono de mis comentarios hasta límites vergonzosos. Hoy le he dicho que me lo comería.

—Mis más sinceras felicitaciones por tu atrevimiento, pero supongo que se ha molestado y te lo ha recriminado antes de que yo llegara, que por eso lloraste.

—No es así, no se ha molestado. Lloré porque lo de hacer que me creyera invisible ha sido una broma cruel de mis compañeros para reírse de mí. Él me encontró llorando en la puerta del hotel mientras te esperaba y me hizo subir al coche para que le explicara

el motivo. Ya sabes lo tímida que soy, pero fue como si descorchara una botella de champán y la presión acumulada se desbordara. Se lo conté todo, y por supuesto le pedí disculpas por mi atrevimiento hacia él.

—¿Y qué te dijo?

—Que yo también tenía unos ojos y una boca muy bonitos.

—Pues bien está lo que bien acaba. No ha sido tan grave, si no se ha enfadado contigo.

—No lo entiendes. Va a pensar que me gusta.

—Es que te gusta, Martina. Jamás le habrías dicho algo semejante si no fuera así.

—Pero él no debe saberlo.

—¿Por qué no? ¿Acaso piensas como en los tiempos de nuestros padres que es el hombre el que debe dar el primer paso? Estamos en el siglo XXI y las mujeres estamos en igualdad de condiciones en todos los sentidos. Yo seguiría soltera si hubiera esperado a que Celso se me declarara.

Marina miró a su hermana con asombro y admiración.

—¿Te declaraste tú?

—Fui más directa: le comí la boca para que no tuviera dudas de mis intenciones hacia él. Imagino que tú no has llegado tan lejos con Juanjo… ¿o sí?

—¡Claro que no! —exclamó horrorizada.

—Pues entonces. Pero no creo que debas dejar el trabajo si no se lo ha tomado mal. Ignóralo a partir de ahora si no quieres mostrarle que te gusta y ya está. Olvidará lo sucedido muy pronto.

—Eso no va a ser tan fácil. No consideró que la conversación hubiera terminado porque llegaste, y me aseguró que vendría a buscarme para ir juntos al trabajo y terminar de aclarar las cosas. Y que te dijera que no me recojáis por las noches, que él me traería a

casa, porque le pilla de camino. Y yo no sé cómo afrontarlo, ni de qué quiere hablar que no dijéramos anoche.

—A lo mejor no quiere hablar, sino pasar tiempo contigo.

—Eso no es posible, Sofía. ¿Cómo va a querer pasar tiempo conmigo? Soy una simple camarera poco atractiva e interesante.

—Que tiene unos ojos y una boca muy bonitos. Estoy de acuerdo con él.

—Solo lo dijo para hacerme sentir mejor, por quitar hierro a mi comportamiento y a la burla de mis compañeros. Para que pareciera que también él me hacía un cumplido, no porque lo pensara de verdad.

—Deja que te lleve mañana al trabajo y que te traiga después a casa. Hablad y aclarad las cosas.

—Preferiría ignorarlo hasta que todo esto se olvide. O mejor aún, irme del hotel y no verlo nunca más. Ni a él ni a los demás.

—Si quieres abandonar el hotel por culpa de ellos, te apoyaré, pero no tomes ninguna decisión precipitada. Dale una oportunidad a Juanjo. A lo mejor te equivocas con él.

—Supongo que no tengo más remedio, va a venir a buscarme y no se le puede dar plantón a un jefe.

—Ni a un hombre. Ahora vete a la cama y descansa. Mañana lo verás todo menos terrible.

—Buenas noches, Sofía. Gracias por animarme.

—De nada.

Se acostó, pero permaneció mucho rato pensando en lo sucedido y tratando de encontrar la forma de enmendarlo.

***

Martina vio desde la ventana el coche de Juanjo detenerse y

estacionar frente al portal. Por suerte, en su barrio todavía se podía aparcar cerca de las casas a ciertas horas del día. Era muy temprano, faltaba mucho rato para entrar en el hotel, pero no quiso dejarlo esperando tanto tiempo y, con un hondo suspiro de resignación, bajó a reunirse con él.

Juanjo estaba fuera del coche, esperándola, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Hola —la saludó.

—Hola. ¿No has venido un poco pronto?

—Temía que te escabulleras para irte en tren y no he querido arriesgarme.

—Me dijiste que vendrías y no suelo dar plantón a nadie. Aclaremos esto de una vez y ya está. Aunque no sé de qué quieres hablar, ya te pedí perdón anoche. Pero lo haré de nuevo, por supuesto, todas las veces que haga falta.

Abrió el coche y entraron en él. Juanjo arrancó.

—No quiero que te disculpes otra vez, ese tema ya está zanjado. De lo que tenemos que hablar es de tu comportamiento en el hotel a partir de ahora. Porque lo que dijiste ayer de dejar el puesto, no te lo voy a consentir. No permitiré que una panda de cabrones te haga renunciar a tu trabajo.

—¿Has llamado cabrones al personal? —preguntó asombrada. Juanjo siempre había sido muy educado y correcto en su trato con todos.

—Y me quedo corto. —Desvió la mirada de la carretera y la fijó en Martina—. No te vayas, véngate de ellos; dales su merecido.

—¿Cómo?

—¿No te han hecho creer que eres invisible? Sigue siéndolo, pero no te limites a decir unas pocas frases más o menos hirientes, haz algo más. Putéales. Te prometo que yo no te veré, hagas lo que

hagas. Eso sí, sin que afecte a los clientes. Hazlo en el comedor de personal, en el vestuario o el bufé antes de que se abra al público.

—No sé… preferiría irme.

—Yo no. Eres la única que me cae bien de todo el personal que tengo a mi cargo. Han tratado de convencerme de que eres una especie de chiflada y también me siento engañado, y muy muy cabreado. Pero como superior suyo tengo las manos atadas. Véngate por los dos, Martina.

—¿Lo estás diciendo en serio?

—Muy en serio. Nos reiremos juntos de todos ellos.

—Lo intentaré, pero no te prometo nada —dijo para complacerlo y no porque estuviera segura de poder llevarlo a cabo.

—Aunque todo esto tiene un lado bueno.

—Yo no se lo veo. ¿Cuál?

—Que desde anoche has hablado conmigo mucho más que la otra vez que te llevé a casa. Antes te limitabas a responder a mis preguntas con monosílabos o encogimientos de hombros.

—Tenía miedo de hablar más de la cuenta y que pensaras que estaba loca. A veces he llegado a creerlo yo misma.

—Nunca lo he pensado. Solo que eras un poquito peculiar, sobre todo cuando me hiciste la reverencia.

—No sé cómo se me pudo ocurrir. Soy un poco tímida, también.

—Espero que dejes de serlo conmigo. No me consideres tu jefe; de ahora en adelante seré tu cómplice.

—Suena raro eso. Tanto como lo de ser invisible.

Estaban llegando a Madrid. Juanjo desvió el coche hacia una calle relativamente cercana al hotel, en la que estacionó.

—¿Quieres que vayamos por separado desde aquí para que no nos vean juntos? —preguntó Martina abriendo la portezuela, dispuesta a bajar.

—No sería mala idea, pero lo que pretendo es comer algo. Me he ido temprano y sin almorzar de casa para no correr el riesgo de que te fueras sin mí. Tenemos tiempo antes de entrar al hotel. ¿Tú has comido?

—Algo. —No quiso decirle que estaba tan nerviosa por reunirse con él que apenas había podido probar bocado.

—Aquí solía comer yo antes de que me apuntara a las comidas de mi casera, que es una cocinera excelente —dijo entrando en un bar bastante concurrido—. ¿Tú cocinas?

—Sí. Cuando tengo turno de tarde preparo yo el almuerzo de mi hermana, que trabaja media jornada. La cena, si estoy en casa, la hacemos entre las dos.

—Yo apenas cocino. Antes de venir a Madrid compartía piso con un amigo y compañero de trabajo en Toledo, pero nuestra cocina era poco elaborada. Fritos, comida precocinada que calentar en el microondas, y siempre estaba la opción de pedir a domicilio.

Encargaron unas raciones y unas cervezas. Martina se sentía tan extraña como cuando se creía invisible. Apenas podía creerse que estuviera sentada con Juanjo en un bar, compartiendo un almuerzo. Con su jefe. Con aquel hombre tan atractivo que parecía sentirse a gusto en su compañía.

—Le has dicho a tu hermana que no venga a recogerte por las noches, ¿verdad?

—Sí, pero no es necesario que me lleves. Eso te obliga a desplazarte más kilómetros y de verdad que a ellos no les importa.

—Me haces un favor. No me gusta conducir, y menos de noche. Así, si vamos charlando, se me hace más corto el camino.

—En realidad, más largo.

—Pero en buena compañía.

—¿Por qué lo haces? No tienes que compensarme por nada, tú

no tienes la culpa de lo que han hecho mis compañeros.

—Ya te he dicho que me caes bien.

—¿Lo dices en serio o es otra burla?

—Yo no soy como el resto de los camareros, jamás me burlaría de ti, ni de nadie, salvo que se lo merezca. Te confieso que me intrigas, que lo has hecho desde el principio. Me prometí a mí mismo que descubriría tu secreto, y ahora que lo sé, me gustaría que fuéramos amigos.

—No quiero que en el hotel piensen que tienes un trato de favor conmigo.

—No tienen por qué saberlo. Allí te trataré como siempre, solo que haré la vista gorda si dices o haces algo inconveniente. Simplemente fingiré que no lo he visto ni oído, como he hecho hasta ahora. El acompañarte a casa es fuera del hotel y también del horario de trabajo. Nadie me va a decir lo que hago ni con quién en esos casos.

—Solo aceptaré que me lleves a casa en el turno de noche, porque me sabe mal que Celso o Sofía tengan que salir de casa tan tarde y con tanto frío. El resto de los traslados los haré en tren.

—Como prefieras. Pero que sepas que la invitación es extensiva a todos los días y todas las horas.

—Gracias, pero no.

Habían terminado de comer. Pagaron la cuenta entre los dos. Juanjo deseaba invitarla, pero ni lo mencionó. Sabía que lo rechazaría de plano, igual que su ofrecimiento de transporte.

—El hotel está cerca. Me iré andando —afirmó Martina con rotundidad sin entrar en el coche.

—De acuerdo. Pero nos vemos esta noche a la salida. Espérame dentro del hotel hace mucho frío para que lo hagas fuera. Ya sabes que salgo el último porque debo comprobar que el comedor se

queda recogido. Cuando yo salga me sigues y nos vemos delante del coche. Aunque a mí me importa un bledo que nos vean salir juntos, vamos en la misma dirección.

—Mejor no. Hasta luego.

Juanjo la vio alejarse caminando y maldijo a los que se habían burlado de ella. Era una mujer adorable con la autoestima muy baja. Desde el día anterior estaba empezando a abrirse y conseguiría que lo hiciera mucho más. Y, sobre todo, que confiara en él.

Capítulo 12

Martina entró en el vestuario con más aplomo del que había imaginado. Sentirse apoyada por Juanjo le daba un coraje del que siempre había carecido. No se podía creer lo que le estaba pasando, lo mucho que había cambiado todo en solo veinticuatro horas. El enfado y el apoyo de Juanjo le estaban dando un valor inusitado en ella.

En la estancia ya había varias compañeras, pero ni se molestó en saludarlas. No le importó, por primera vez, que ellas tampoco lo hicieran. Se limitó a cambiarse de ropa y a salir muy rápido, sin apenas mirar a nadie.

Michel y otros compañeros, incluido Juanjo, esperaban para entrar a ponerse el uniforme, charlando entre ellos, tan tranquilos. Tan felices, como si no le hubieran hecho una broma cruel que la había llevado incluso a dudar de su propia cordura. No se lo pensó. Como si fuera un ariete se abalanzó sobre ellos y le dio a Michel un fuerte empujón que lo hizo trastabillar.

—¡Vaya! La invisibilidad no me permite atravesar los cuerpos —masculló alejándose de la puerta del vestuario a toda prisa. Había clavado el codo con todas las fuerzas que le daba la rabia que sentía.

—¿Has visto eso? —preguntó el chico presionándose el estómago donde el codo de Martina había ido a incrustarse—. Casi me tira.

—Pobre chica, ha tropezado —respondió Juanjo con condescendencia.

—Yo diría que lo ha hecho a propósito. Venía directa hacia mí.

—No me ha dado esa impresión.

—Ha dicho algo sobre invisibilidad y atravesar cuerpos —la acusó Fidel.

—A mí me ha parecido oír inestabilidad. ¿Cómo va a hablar de invisibilidad? Has debido oír mal.

Juanjo observó cómo los dos camareros se miraban uno al otro, con disimulo. Si mencionaban algo sobre la broma, intervendría imponiéndoles un correctivo por utilizar el lugar de trabajo para burlarse de una compañera. Pero mientras no lo hicieran, se limitaría a cubrirla

—No le echéis cuenta, ni os molestéis si no ha pedido disculpas, ya sabéis que es un poco rara. Vosotros mismos me lo habéis repetido varias veces. Seguid como hasta ahora, ignorándola.

Juanjo tenía que hacer esfuerzos para contener la risa. Martina se había tomado en serio la venganza y había comenzado a ejecutarla. Se preparó para una tarde muy divertida, porque estaba seguro de que la chica no se limitaría solo a aquel encontronazo. Estaría pendiente para que los agraviados no se revolvieran contra ella, porque no tenía dudas de que serían despiadados. Salió del vestuario y se dirigió al comedor.

Martina preparaba las mesas con calma, tratando de pensar qué podía hacer para molestar a sus compañeros. La cara de incredulidad y dolor de Michel cuando arremetió contra él le alegraría la tarde.

Se dedicó a su trabajo, sintiendo la mirada de Juanjo sobre ella de forma casi continua. Ahora estaba segura de que la veía y se esforzaba en realizar sus tareas con más profesionalidad que nunca. Notar sus ojos verdes clavados en ella le producía a la vez desasosiego y seguridad. Saber que contaba con un aliado, por primera vez en más de un año, era muy gratificante, y que ese aliado fuera él, todavía más.

Cuando llegó el momento de la cena coincidieron camino del comedor del personal. No se hablaron, pero Juanjo le rozó la mano en un gesto de ánimo antes de separarse, lo que la hizo entrar al comedor con la cabeza bien alta.

Se acercó a recoger la comida, la ensalada y el pollo asado, ignorando las croquetas que había como opción alternativa. Elisa había optado por ellas y tuvo una idea. Contra su costumbre, no se sentó en su mesa habitual, sino que se dirigió hacia la que ocupaban sus compañeros y se sentó en una silla entre Elisa y Maya. Tenía enfrente a Juanjo, que le hizo un leve gesto de asentimiento

Todos se pusieron tensos y se miraron entre sí. Nadie la saludó ni le preguntó el motivo de su presencia, y tampoco ella dio ninguna explicación. Se limitó a comer su ensalada y a trocear el pollo. La incomodidad en los presentes se hizo notar. Y de repente alargó la mano hacia el plato de Elisa, cogió una croqueta y se la comió. Vio brillar los ojos verdes de su jefe con risa contenida, aunque su rostro permanecía serio y sin pizca de asombro.

Continuó comiendo de su plato y poco después fue el de Fidel el que sufrió el robo de una croqueta.

—Pero qué… —protestó este, pero Maya le hizo un leve movimiento de negación señalando a su jefe, que no los perdía de vista.

Todos los que tenían croquetas en sus respectivos platos se

apresuraron a comérselas, incluso corriendo el riesgo de atragantarse. No obstante, Martina pudo hacerse con otra del plato de Elisa antes de que esta terminara con ellas.

Cuando se acabaron las croquetas, Martina se levantó, tomó su plato y se sentó en su mesa de siempre a terminar de comer con tranquilidad. La presencia de sus compañeros la incomodaba tanto como a ellos la suya.

De inmediato se produjo un murmullo de conversaciones en la que acababa de abandonar, en voz baja.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Maya.

—Que se ha puesto ciega a costa de nuestras croquetas —masculló Fidel—. Se ha comido sus dos platos y ha arramplado con los nuestros.

—A ti solo te ha quitado una, pero se ha zampado la mitad de las mías.

—La muy tonta se sigue creyendo invisible y que sus actos no tienen consecuencias. Piensa que no la vemos y que actúa con impunidad —aclaró Maya, tratando de dar una explicación lógica a lo sucedido.

—Tendríamos que haberle dicho algo —protestó Michel—. No habérselo permitido.

—Juanjo estaba mirando —respondió Maya de nuevo—. Lo más probable es que piense que se las hemos ofrecido. ¡A nadie se le ocurriría pensar que nos las ha birlado por la cara!

—Pero no ha sido así, no le hemos ofrecido nada. Ni siquiera sentarse a nuestra mesa. A mí esta mañana me ha dado un codazo en el estómago que todavía me duele.

—Delante de Juanjo no podemos hacer ni recriminarle nada. Si sale a relucir la broma de la invisibilidad se nos puede caer el pelo. No creo que él lo tolere.

—Esperemos que esto de robarnos la comida no se convierta en una costumbre —se lamentó Fidel.

—Yo, por mi parte, no pienso coger otra comida que me pueda quitar del plato. A partir de ahora sopas y comidas de cuchara. ¡Con lo buenas que estaban las croquetas y las pocas veces que las ponen en el menú!

Martina terminó de comer y abandonó el comedor, sintiéndose muy satisfecha consigo misma. Había sido toda una prueba de superación, porque le había costado vencer su timidez, pero estaba segura de que Juanjo se sentiría orgulloso de ella.

Él permaneció en la sala un poco más, dándole un margen para que se incorporase a su puesto de trabajo y controlando al resto de camareros, que todavía permanecían en la mesa, estupefactos y cuchicheando.

***

Juanjo estaba deseando salir aquella noche para reunirse con Martina y se apresuró en inspeccionar el comedor. Se cambió de ropa cuando ya estaba el vestuario vacío y se dirigió al coche. Pocos segundos después ella lo siguió. Entraron en el vehículo y la miró con una sonrisa de complicidad antes de ponerlo en marcha.

—¿Estaban buenas las croquetas?

—Deliciosas. Mucho más que si las hubiera cogido yo.

—Eso seguro. Las croquetas vengativas deben ser muy sabrosas. ¿Cómo se te ocurrió?

—Iba a cogerlas cuando vi que lo hacía Elisa. Fue como un *flash* y opté por la ensalada.

—Me costó aguantar la risa el ver las caras de estupefacción de todos cuando metiste la mano en su plato y te zampaste la primera

con toda naturalidad.

—No con naturalidad. Me intimidaron un poco cuando me miraron asombrados al sentarme a su mesa, pero me dio ánimos el saber que tú estabas pendiente. No quería parecerte una cobarde.

—No os quité ojo en todo el almuerzo, y no me pareces una cobarde en absoluto.

—¿Crees que me he pasado?

—Para nada. ¡Si hasta dejaste que las probaran! Yo me las hubiera comido todas.

—No me dieron tiempo.

—¿Por qué te fuiste de la mesa después?

—Para comer tranquila. No soportaba la presión de todos mirándome con malas caras. Temía que me dijeran algo y me derrumbara, musitando alguna excusa.

Juanjo se volvió hacia ella y le agarró la cara entre las manos. La miró a los ojos desde muy cerca. Se puso nerviosa por el contacto y por la intensidad de su mirada. Nunca nadie la había mirado así.

—Prohibido derrumbarte, y mucho menos pedir perdón. Se merecen tu venganza y mucho más. Podría intervenir yo y aplicarles un correctivo por su conducta, pero la única forma de que te dejen tranquila es que te defiendas tú. Yo me iré y, si no te haces valer, siempre van a joderte.

—¿Te vas a ir? —preguntó abatida.

—Cuando Sixto se recupere. Lo mío solo es una sustitución; mi puesto oficial está en Toledo.

—Vaya…

—Pero espero que cuando deba regresar tú ya estés integrada en la plantilla.

—No estoy yo muy segura de eso.

Él acercó aún más la cara, hasta casi rozarla con el aliento.

—Prométeme que lo vas a conseguir, que no vas a permitir que sigan ninguneándote. No te rindas.

«Si me lo pides así te prometeré cualquier cosa, pero lo más probable es que cuando te vayas lo haga yo también».

—Lo haré. Seguiré con mi venganza.

—Bien. Ahora, vamos a casa; es tarde y debes estar cansada.

—Un poco. Ha sido una tarde muy rara.

Y la noche anterior apenas había dormido pensando en que él había descubierto su secreto.

Juanjo se separó y soltó su rostro para arrancar el coche.

—A medida que sigas te resultará más fácil enfrentarte a ellos, y lo disfrutarás más.

—¡Ojalá! Aunque ya lo he disfrutado hoy.

—¡Esa es mi chica!

Martina se estremeció. ¿Había dicho su chica? Solo era una más de las camareras que estaban a su cargo. Seguramente lo había dicho para animarla, pero le había sonado muy bien. Contar con un aliado era importante para ella.

—¿Tienes alguna otra idea para vengarte?

—Ahora mismo no. Espero que me pase como con las croquetas, que me surja alguna en el momento.

—Seguro que sí, solo tienes que estar atenta y aprovechar la ocasión cuando se presente.

—Lo haré.

La carretera estaba bastante solitaria a aquella hora de la noche, y el vehículo se deslizaba con fluidez, sin las retenciones que se producía durante el día. Martina había dejado de sentirse intimidada por la cercanía de Juanjo. Para ella había sido un alivio que supiera su secreto y empezaba a apreciar aquellos trayectos nocturnos que les proporcionaban un rato de mutua compañía. Al principio los

había temido, pero ahora los disfrutaría.

No se hacía ilusiones, solo era amabilidad por parte de un jefe hacia una empleada que vivía en la misma dirección que él, pero le bastaba.

Juanjo, por su parte, conducía despacio, más de lo que permitía la velocidad de la vía. No tenía ganas de llegar a Fuenlabrada, le gustaba la compañía de Martina a su lado, la conversación que mantenían que poco a poco iba dejando atrás los simples monosílabos o las escuetas respuestas de la chica a sus preguntas.

De repente ella se había quedado silenciosa y temió que se retrajera de nuevo.

—Cincuenta euros por tus pensamientos —dijo para sacarla de su repentino mutismo.

—No valen tanto.

—Deja que yo decida eso. ¿O acaso son secretos?

—No tengo secretos. —Tampoco podía decirle que pensaba en él y en el motivo por el que la acompañaba a casa—. Soñaba con el trozo de bizcocho que voy a tomar cuando llegue. Me muero de hambre a pesar de las croquetas.

—Me gusta verte comer. Lo haces con deleite.

—No le hago ascos a la comida, para mí es el gran placer de la vida.

—No es el único.

—No he tenido ocasión de disfrutar de otros.

—¿En serio? ¿No tienes novio?

—No.

—Eres una mujer muy especial, no me puedo creer que nadie lo haya descubierto aún.

—Hubo un chico en mi pueblo, pero salió corriendo al saber mis circunstancias. No llegamos a muchos «placeres», se largó antes.

—¿Cuáles eran tus circunstancias?

—Un padre enfermo y una madre impedida que tuve que cuidar desde los catorce años. Sofía se había casado y venido a vivir a Madrid y yo pasé toda mi adolescencia y juventud cuidando a mis progenitores. Eso ha forjado mi carácter tímido y retraído, no tenía apenas contacto con nadie más.

—¿Tu hermana no te ha ayudado?

—Ella venía siempre en vacaciones para que yo descansara, y me proponía que hiciera algún viaje, pero nunca lo realicé. Pensaba que nadie los entendía mejor que yo, y aunque mis tareas se aliviaban un poco, seguía en la casa.

—¿Y ese chico?

—Trabajaba en el supermercado, siempre me decía cosas agradables, hasta que un día me propuso ir al cine y a tomar algo después. Yo no podía dejar sola a mi madre tanto tiempo y le expliqué la situación. Al principio pareció entenderlo, y comenzó a pasar por casa algún rato. Yo salía para hablar con él a la puerta, pero al verse solos mis padres me llamaban en seguida.

—¿Un noviazgo en la puerta, como hacían nuestros abuelos?

—Ni siquiera llegó a noviazgo. Un día me dijo que, si no cambiaba mi actitud, no vendría más. Me planteé contratar a una vecina para que se quedara con ellos mientras yo salía, pero el primer intento fue un desastre. Mis padres estaban acostumbrados a que fuera yo quien los cuidara y se comportaron como niños malcriados. Mi vecina se negó a quedarse con ellos de nuevo y yo me sentí mal, como una madre que abandona a sus hijos.

—A veces los mayores se vuelven egoístas y abusan.

—Yo no lo sentía así. Los cuidé hasta que murieron hace casi dos años sin ningún pesar. A su fallecimiento me quedé sin recursos económicos y Sofía y Celso me propusieron que viniera a vivir con

ellos. Y aquí estoy desde entonces, trabajando en el Imperial.

—Ese chico era un tonto.

—Yo no lo creo así. Yo tenía tanta dependencia de mis padres como ellos de mí.

—Pero ahora estás aquí, y debes buscar amigos con los que salir y divertirte.

—Me cuesta mucho. Mi timidez se acentuó y no soy capaz de superarla. Salgo con Sofía y con Celso los días que libro.

—Ninguna mujer que le diga a su jefe que se lo comería es incapaz de superar su timidez. No importa las circunstancias en que lo dijera.

—¡No me lo recuerdes, por favor!

—¿Por qué no? A mí me divertía. Y echo de menos tus piropos.

—Porque creía que no me escuchabas. No se van a repetir.

—Pues es una lástima. Me gustaría ver la cara de tus compañeros si te oyeran decirme algo subido de tono.

—Ni hablar. Pensarían que hay algo entre nosotros.

—Eso es verdad.

Tras unos minutos de silencio Martina se atrevió a peguntar:

—¿Tú tienes novia o pareja?

—No exactamente. Hay alguien en Toledo, pero de momento nos estamos conociendo. Mi traslado a Madrid ha frenado un poco nuestra relación, y no sé cómo evolucionará. Vuelvo a casa en mis días libres y espero que todo vaya bien.

Habían llegado a Fuenlabrada. Juanjo no tenía ganas de terminar la conversación, pero Martina abrió la portezuela para bajar del coche.

—¿De verdad no quieres que te recoja mañana para ir al trabajo?

Ella dudó unos segundos. Estuvo tentada de aceptar, pero luego

recordó que alguien lo esperaba en Toledo. Mientras menos se vieran a solas, mejor.

—Me iré en tren.

—Pero por la noche te traigo.

—De acuerdo. Hasta mañana.

—Adiós, Martina.

Capítulo 13

Juanjo llegó a la casa más tarde de lo habitual. Luis lo saludó como cada día.

—Buenas noches, Juanjo.

—Hola, Luis. ¿Con insomnio otra vez?

—Me gusta quedarme solo por la noche para ver lo que me apetece en la televisión. A Patri no le gustan las películas del oeste, con indios y vaqueros, solo las de amoríos, pero a mí me encantan.

—Deberíais negociar para ver lo que os gusta a ambos sin tener que quedarte hasta las tantas. Es lo que hago yo con mi compañero de piso en Toledo.

—Patri no es mi compañera de piso, sino mi compañera de vida, y no me cuesta nada dejarle ver lo que quiera. Cuando se acuesta pongo lo que me apetece y ya está. No tengo problema por trasnochar, soy bastante noctámbulo. El silencio de la madrugada me da paz.

—¡Eso es amor! —bromeó—. En casa de mis padres se libraban verdaderas batallas por el mando de la tele: el futbol de mi padre, las telenovelas de mi madre y las películas de diferentes géneros para el resto de nosotros. A mí me encantan las de terror, pero como a nadie más les gustaban, me quedaba siempre en minoría.

—¿Y cómo lo solucionabas?

—Me iba al cine a verlas. Solo, porque nadie quería acompañarme.

—Yo no tengo problema con ellas, si alguna noche te apetece podemos buscar alguna y verla juntos.

—Te tomo la palabra. Pero no hoy, he quedado en hacer una videollamada con mi compañero de piso en Toledo y ya voy un poco tarde. Me he entretenido más de lo habitual.

—Patri te ha dejado unos rosquitos para matar el gusanillo nocturno; están en la cocina.

—Me mimáis demasiado.

—Ella necesita tener alguien a quien cuidar desde que se fueron los chicos. El nido vacío y todo eso.

—En ese caso, me dejo mimar todo lo que ella quiera. Me voy a la cama, Luis. Disfruta de tus indios y vaqueros.

Subió a su habitación tras pasar por la cocina para recoger el plato con rosquitos. Patri siempre le dejaba algo dulce para tomar cuando regresaba por la noche.

Era casi media hora más tarde de lo que solía llegar y Asier debía estar impaciente, si no se había acostado ya. Llevar a Martina hasta su casa y el breve rato de charla con ella antes de emprender el camino le había llevado más de treinta minutos. Aunque a él le habían parecido muchos menos. El tiempo se le pasaba muy rápido en compañía de la camarera.

Asier estaba esperándolo, pero ya mostraba un poco de impaciencia.

—¡Buenas noches! —lo saludó—. Ya pensaba que me ibas a dar plantón.

—Lo siento. Me he retrasado un poco porque he llevado a una compañera a su casa. A estas horas no funciona el tren de cercanías

que suele coger, y a mí me pilla casi de camino.

—Una compañera, ¿eh? —preguntó su amigo con curiosidad mal disimulada—. ¿Guapa?

—Se trata de Martina, ya te he hablado de ella.

—¿La chiflada?

—¡No la llames así! —exclamó molesto—. Está tan cuerda como tú y como yo.

—Vaya… No te alteres, hombre. Digamos que solo es un poco rara, ¿no?

—Digamos que solo es víctima de una broma muy pesada por parte de sus compañeros.

—¿Por eso los ataca con tenedores?

—No intentaba atacar a nadie, solo me lo pareció a mí.

—¿Qué broma le han gastado?

—Le han hecho creer que es invisible y se comportaba como si lo fuera. Lo del tenedor era accidental, solo intentaba comprobar si su compañero la veía.

—Tío, reconoce que no es muy normal creerse invisible, aunque se trate de una broma. Rarita es. O cortita de mente.

—Ninguna de las dos cosas. Si vieras cómo lloraba cuando descubrió la broma… Pobrecita.

—Y tú estabas allí para consolarla, imagino.

—Por supuesto. Es una de mis subordinadas y se sentía muy avergonzada por su comportamiento conmigo.

—¿Por decirte lo de los ojos bonitos? Te ha ganado con el piropo, ¿eh?

—Me ha dicho más cosas… —insinuó, sin estar seguro de querer que Asier supiera el resto.

—¿Cómo cuáles? —Había curiosidad en las palabras de su amigo y nunca le había ocultado nada.

—Pues que estaba para comerme y que me comería —respondió con cautela. No quería dar una impresión errónea de Martina, pero Asier no pararía hasta que lo supiera todo.

—A eso lo llamo yo lanzarse al ruedo, sin estoque y sin muleta.

—Creía que no la escuchaba.

—Eso dice ella.

—Es verdad, estaba muy avergonzada cuando supo que yo la había oído. No sabía cómo pedirme perdón.

—Y tú la has perdonado, claro.

—Por supuesto.

—Hablando de mujeres. ¿qué tal con Alma?

Por una parte le molestó que sacara a la chica en la conversación, pero por otra deseaba que no fuera Martina el objeto de la misma.

—No la he llamado. He estado muy ocupado.

—Con Martina.

—Y con mi trabajo. Este hotel es más grande que el de Toledo. También Alma tiene ocupaciones y no siempre es buena hora para telefonear, salvo a ti, que tienes los mismos horarios que yo.

—Ya. Olvidemos a Alma y dime la verdad: ¿te dejarías comer por tu camarera?

—No es «mi camarera» en el sentido que tú le das, sino mi subordinada, y ni se me pasa por la cabeza tener con ella un trato más allá del laboral y, como mucho, amistoso. Solo quiero consolarla y ayudarla a vengarse de quienes la han tratado tan mal.

—¿Ayudarla cómo? ¿Dejándote comer?

—No seas pesado con eso. No tendría que haberte dicho nada. No, dándole ánimos e impidiendo que deje el trabajo para no encontrarse con los cabrones que se han reído, y se siguen riendo, de ella. Tiene la autoestima muy baja, y yo trato de subírsela un

poco.

—Las personas con la autoestima baja no van por la vida diciéndoles a sus jefes que se los comerían.

—¡Olvida eso! No la conoces.

—De acuerdo, de acuerdo, veo que me meto contracorriente. Hablemos de lo importante. ¿Cuándo descansas? Trataré de coincidir contigo en tu próxima venida para hacer algo juntos.

—De momento no va a ser posible, Asier. Debo descansar en dos o tres días, pero no puedo dejar de acudir al trabajo en este momento. Postergaré mis días libres hasta que las cosas se asienten con Martina.

—¡No me jodas!

—Se está vengando de sus compañeros y los está cabreando mucho. No quiero dejarla sola frente a ellos. Yo estoy ojo avizor para que no se vuelvan en su contra; hasta el momento, con mi presencia lo estoy consiguiendo, pero si me ausento la cosa se puede complicar y Martina se derrumbaría. Esta tarde durante la cena se ha comido las croquetas del plato de unos compañeros en el comedor de personal. Si yo no hubiera estado pendiente hubieran arremetido contra ella.

—Lógico, ¿no? Si a mí alguien me mete la mano en el plato para comerse mi comida me hubiera cabreado mucho.

—No puedo permitirlo, es muy frágil.

—Juanjo, ¿no ves que te está manipulando?

—No lo hace.

—Bueno, ya veo que no estás siendo razonable, pero eres mayorcito para saber en qué berenjenales te metes. Espero que al menos consigas un par de buenos polvos.

—Ya te he dicho que no tengo intención de acostarme con Martina.

—Entonces es peor de lo que me imaginaba, pero ya te lo he dicho: allá tú.

—Te prometo que cuando todo esto pase cogeré los días acumulados y me iré a pasarlos contigo.

—¿Y con Alma? —preguntó socarrón.

—No lo sé. No me apetece mucho repetir la experiencia de la última vez.

—Si no piensas seguir viéndola tendrás que darle alguna explicación. Ella te espera.

—Claro. Pero no he dicho que no piense seguir viéndola, solo que ahora no me apetece demasiado. ¿Tú qué tal? —-preguntó cambiando de tema—. ¿Tienes algo que contarme?

—Lo de siempre. Nuestro hotel, normalito, sigue con su rutina habitual de trabajo, tanto de huéspedes como de personal. Nada raro que reseñar.

—¿Noto cierto cachondeo por tu parte?

—Lo notas, lo notas.

—En ese caso lo mejor es que nos vayamos a dormir. Es tarde y estoy un poco cansado.

—Pero nada de escurrir el bulto. Quiero informes detallados de todo lo que se relacione con Martina y sus actuaciones.

—De acuerdo, pero solo si prometes no burlarte de ella.

—No te equivoques, macho, no me burlo de ella, sino de ti. Pareces el caballero de la brillante armadura defendiendo a su dama.

—Hoy estás imposible, mejor nos vamos a la cama. Buenas noches, Asier.

—Buenas noches, colega. Que tengas dulces sueños.

Cortó la videollamada y se preparó para acostarse, no sin antes dar buena cuenta de los rosquitos que le había dejado Patri y de su vaso de leche vespertino. Pensándolo bien, a Asier no le faltaba

razón, todo lo que le había dicho parecía indicar que Martina trataba de impulsarlo a que actuara en su defensa, a que la protegiera, pero él sabía que no era así. Asier no había visto sus ojos húmedos de lágrimas y llenos de congoja y de vergüenza. Su amigo se equivocaba con ella, no era una manipuladora, sino una chica dulce, víctima de la maldad de sus compañeros. Y él iba a defenderla a capa y espada, aunque no tuviera una brillante armadura, pero sí una posición privilegiada en el escalafón que le permitía ayudarla.

No se había acordado de que se acercaban sus días libres hasta que Asier se lo mencionó, pero rápidamente había comprendido que no podía ausentarse del hotel en aquel momento, que ella necesitaba la protección que le brindaba su presencia. Ya regresaría a Toledo más adelante, cuando la situación de los camareros se hubiera normalizado. Entonces quedaría con Alma y comprobaría si lo sucedido en su última cita se repetía, y si era así, pondría fin a sus encuentros. Debía reconocer que ni siquiera se había acordado de ella durante los últimos días, sumido en los problemas de Martina.

Se acostó y trató de dormir, pero le costó trabajo conciliar el sueño. La cara dulce de la camarera se le aparecía a cada momento.

Capítulo 14

Martina llegó al trabajo con antelación. Había tomado un tren anterior para evitar encontrarse con sus compañeras en el vestuario porque estaba segura de que, si coincidían, sacarían a relucir el episodio de las croquetas de la tarde anterior.

Se sintió segura al comprobar que estaba vacío y pudo cambiarse con tranquilidad y sin ningún tipo de enfrentamiento. Se alegró al ver a Juanjo, que también había llegado al trabajo antes de lo que solía. Cruzaron una mirada cómplice, incluso le pareció ver que le dedicaba un leve guiño, casi imperceptible para quien no estuviera pendiente de ambos. No había camareros por los alrededores, por lo que supuso que nadie se había percatado del gesto. Sin embargo, a ella se le ensanchó el corazón al descubrirlo.

Se dispuso a pasear por el comedor hasta que el resto de la plantilla se incorporara, pero cuidando de mantenerse fuera de la zona por donde entrarían los demás. Respiró hondo cuando vio que Juanjo se incorporaba a su puesto y se mantenía ojo avizor.

Aún quedaban clientes del último turno de comedor, y todos se dedicaron a retirar los platos de las mesas que tenían asignadas y dejarlas libres para la cena. Vio que Michel había arreglado ya las suyas y una nueva idea se le cruzó por la mente. Cogió los platos de

una de sus mesas y los trasladó con disimulo hasta las del chico, repartiéndolos con poco cuidado, lo que hizo que se salpicara el mantel con un resto de salsa.

De inmediato buscó la mirada de Juanjo. Este le sonrió con disimulo y se apresuró a buscar al camarero que había salido ya del comedor.

—¡Michel!

—¿Sí, Juanjo?

—¿Qué haces aquí de cháchara? Ve de inmediato a recoger tus mesas.

—Ya están vacías, jefe, y listas para la cena.

—Yo acabo de comprobar que no lo están. En dos de ellas quedan platos e incluso hay un mantel manchado.

—¡No puede ser! Te aseguro que las he dejado limpias y en orden.

—Ven conmigo a comprobarlo.

Ambos hombres se detuvieron delante de las dos mesas.

—¡No lo entiendo! Te aseguro que las he recogido.

—Te habrás despistado. Venga, haz tu trabajo.

Maya se acercó.

—Yo vi cómo las recogía, Juanjo, te lo aseguro.

—Maya, no importa lo que hayas visto, el caso es que hay platos en las mesas de Michel y que le corresponde a él quitarlos.

—Ha debido ser Martina. Una de sus mesas grandes seguía ocupada cuando salí del comedor.

—¿Por qué iba vuestra compañera a hacer algo semejante?

—Porque últimamente está más rara que nunca.

—¿La has visto hacerlo? —preguntó a Maya con seriedad fingida.

—No, pero era la última camarera que quedaba con una mesa ocupada. No ha podido ser nadie más.

—No puedo regañar a alguien por una cosa que no le he visto hacer, pero, de todas formas, Maya, ve a llamarla y le preguntamos. Michel, por favor, limpia las mesas mientras llega.

—Mejor que no, seguro que no la ha visto nadie. Estaba sola en el comedor cuando yo salí.

El camarero comenzó a quitar los platos en silencio, pero con el gesto desabrido.

—¡Hay que joderse con la niñata! —masculló—. Se le está subiendo la invisibilidad a la cabeza. ¡Deja que la pille cuando Juanjo esté de descanso!

—No hagas tonterías, Michel —le recomendó Maya—. Si le haces algo te puedes buscar un problema. A todos, en realidad, por la broma que le gastamos.

—Pero no podemos seguir así, cada vez está más desatada. ¡A saber qué será lo próximo que se le ocurra!

—Seguro que se le pasa pronto, es cuestión de seguir sin hacerle caso. Es como los niños que quieren llamar la atención: montan una pataleta, pero, cuando no consiguen lo que quieren, dejan de hacerlo.

—A ti no te ha hecho nada todavía.

—¿Cómo que no? Me dijo lo de las piernas de alambre.

—Pero ni te ha robado la comida ni te ha buscado una regañina de tu jefe por algo que no has hecho.

—En realidad no son más que chiquilladas. De ahora en adelante debemos estar ojo avizor, no elegir alimentos que pueda coger de los platos ni dejarla sola en el comedor. Avisemos a los demás y pronto todo quedará en nada.

—De acuerdo. Evitémosle la ocasión de hacer nada más.

Salieron del comedor asegurándose de que todo quedaba limpio y ordenado.

***

A la hora de la cena Martina volvió a sentarse en la mesa de sus compañeros. No pretendía hacer nada, solo incomodarlos. Viéndola acercarse, Michel expresó su disgusto.

—¡Ahí viene otra vez! —dijo cubriendo con las manos su cuenco de sopa.

Martina ignoró el gesto, se sentó en la única silla que quedaba libre, en un extremo de la mesa. y empezó a comer su plato de pasta. Todos los demás habían optado por la sopa —algo más difícil de sustraer— y de forma casi unánime colocaron las manos sobre los mismos y los apartaron en dirección opuesta a la chica.

Desde su mesa, Juanjo sonreía sin perder de vista la actitud de sus subordinados. Notaba el descontento que la presencia de la camarera generaba en los demás, pues las charlas habituales habían cesado. Todos comían en un tenso silencio acompañado de miradas de soslayo a la nueva incorporación a la mesa.

Esta se limitaba a comer su pasta fingiendo ignorar el comportamiento de sus compañeros hacia ella. En un momento determinado alzó la vista y recorrió los platos de los demás, que se apresuraron a terminar sus cuencos de sopa lo antes posible.

Tuvo que hacer un esfuerzo para contener la risa. En aquella ocasión no se sentía tan intimidada como la tarde anterior, sino un poco poderosa de que su actitud provocara recelo y un cierto temor entre los que antes se habían cebado con ella. De vez en cuando alzaba la mirada hacia Juanjo y se tranquilizaba al comprobar que él no los perdía de vista.

Se fue relajando poco a poco hasta el punto de disfrutar la cena. En esta ocasión todo se apresuraron a terminar sus platos y abandonar el comedor antes que ella, que permaneció en la mesa

hasta que terminó el postre.

Juanjo se hizo el encontradizo cuando ya ambos se dirigían hacia la salida, dispuestos a incorporarse de nuevo a su tarea.

—Veo que hoy has aguantado el tipo hasta el final de la cena —le susurró acoplándose a su paso.

—He disfrutado viendo cómo todos parecían temer lo que pudiera estar maquinando. Han cenado en un tiempo récord y sin ningún tipo de conversación entre ellos, como solían hacer. Parecían muy deseosos de salir del comedor y librarse de mi presencia.

—Este mediodía Michel estaba muy cabreado cuando volviste a llenar su mesa de platos por retirar.

—Me lo imagino. Me hubiera gustado quedarme para ver su reacción, pero creo que lo más prudente fue marcharme.

—Él es el que está menos dispuesto a aceptar tu comportamiento, y creo que Maya la que más.

—La idea de la broma debió ser de ella, es lo bastante retorcida para hacerlo. Los demás se limitan a seguirla.

Se separaron antes de incorporarse al comedor de los huéspedes.

Martina notó cierta tensión entre sus compañeros, vigilando sus movimientos como halcones cuando pasaba entre las mesas que ellos tenían asignadas. Se dirigió a las suyas dispuesta a dejarlas preparadas. Juanjo se mantenía vigilante para que todo transcurriera con normalidad.

***

Aquella noche de nuevo Martina corrió hacia los vestuarios para evitar encontrarse con sus compañeras. Sabía que en cuanto la pillaran a solas, sin la presencia cercana de Juanjo, iban a arremeter

contra ella sin piedad. No obstante, empezaba a sentir menos temor por lo que pudieran decirle o hacerle. No creía que la fueran a agredir físicamente, pero si lo hacían le bastaría con gritar para que alguien entrase en el vestuario a averiguar qué pasaba.

Casi la pillan, tuvo que salir a toda prisa y sin terminar de vestirse cuando escuchó abrirse la puerta. Se precipitó hacia afuera agarrando el bolso y el abrigo y sin llegar a ponérselos del todo. Pero estaba segura de que llegaría el día en que no temería a ninguno de ellos.

Se mantuvo, como la noche anterior, semiescondida hasta que vio a todos marcharse del hotel. Solo entonces se decidió a salir y buscar el coche de Juanjo en el aparcamiento. Lo esperó junto al vehículo, con una sonrisa satisfecha de quien ha hecho un buen trabajo y espera un reconocimiento.

Él le dedicó una de sus luminosas sonrisas, de esas que se extendían también a los ojos, a esos ojos verdes que le gustaban cada día más. En los que desearía perderse hasta llegar al fondo de su alma.

—¿Todo bien? —le preguntó él cuando estuvieron acomodados en el coche, sin encender el motor todavía.

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Te he visto salir muy deprisa del vestuario. ¿Te han dicho algo?

—No les he dado tiempo, en cuanto se abrió la puerta salí disparada. Pero sé que no siempre podré evitarlos, más tarde o más temprano me pillarán a solas y me recriminarán todo lo que les estoy haciendo.

—Supongo que será inevitable, pero no te dejes amilanar, defiéndete. En realidad, es lo que estás haciendo con tu actitud, los primeros que actuaron mal fueron ellos al gastarte la broma.

—Lo sé. Creo que empiezan a temerme.

—Lo siguiente será que te respeten. Hasta entonces yo estaré ahí como una figura protectora, pero lo que pretendo es que te hagas respetar por ti misma, sin necesidad de mi ayuda.

—¿Crees que lo conseguiré?

—No tengo ninguna duda de eso. De hecho, esta tarde en el comedor de personal tu expresión era mucho más relajada que ayer, más segura de ti misma.

—Me sentía más cómoda, desde luego, menos intimidada.

—¿Tan cómoda como para decirle un piropo a tu jefe, sabiendo que lo oye?

Martina enrojeció, pero, por suerte, se encontraban en el coche en penumbra y dudó que él pudiera apreciarlo.

—Necesitaría mucho tiempo para eso —confesó con voz tenue.

—¿Por qué no pruebas? Empiezo a sentirme un poco discriminado de que dediques toda tu atención a los demás y me ignores, cuando antes gocé de tu interés. No quiero que me hagas ninguna putada y tampoco que me digas nada que te haga sentir vergüenza. ¿Tal vez unas palabras sobre mis ojos? Mis ojos son algo poco comprometido y ahora solo te puedo escuchar yo.

Suspiró, pero la voz de él era tan cálida, tan susurrante, y la atmósfera en el coche tan íntima, que le dijo, mirando hacia el frente:

—Hace un momento, cuando me has sonreído al llegar, la sonrisa te iluminaba los ojos también. Estos cobran vida cuando sonríes.

—¿Por qué no me miras mientras me lo dices?

—Ya sabes por qué, Juanjo.

—Tal vez, pero me gustaría que me lo dijeras y me miraras. ¿Temes algo de mí?

—Eres una de las pocas personas a las que no temo.

—En ese caso…

Él alargó la mano y le agarró la barbilla, haciéndole girar la cabeza hasta encontrarse con sus ojos. Le dedicó una sonrisa luminosa, como esa que ella había calificado segundos antes.

—Así está mejor. Repítelo, por favor.

—Tus ojos cobran vida cuando sonríes.

—Y los tuyos son preciosos en todo momento: cuando sonríes, cuando trabajas, incluso cuando expresan temor o inseguridad.

—No hace falta que me digas nada ni de mis ojos ni de ninguna otra cosa.

—No sería justo qué tú puedas decir lo que piensas de mí y yo no hacer lo mismo contigo.

—¿A quién pretendes engañar? Sé que no valgo gran cosa como mujer. Soy prácticamente invisible para los hombres, y no me refiero a la broma de mis compañeros. Para todos los hombres.

—No para mí; yo siempre te he visto y me pareces una gran mujer tanto en lo físico como en el resto.

La mano de Juanjo se deslizó del mentón hacia la mejilla y el cuello, dejando un reguero de sensaciones a su paso. Los ojos verdes brillaron con intensidad en la penumbra.

—Gracias, pero no es necesario que me hagas cumplidos —musitó nerviosa.

—Quiero que te quede claro que lo que te estoy diciendo no es para compensar lo que tú puedas decirme, sino lo que realmente pienso de ti. No miento a las mujeres sobre lo que opino de ellas. Y cuando le digo algo a una, me gusta mirarla y que me mire, ¿comprendido?

Martina asintió. La mano que él mantenía sobre su rostro no cesaba de acariciarla con suavidad. Las mariposas en el estómago se le hicieron gigantes y las ganas de alargar sus dedos hacia la cara de él se volvieron difíciles de contener. Pero no debía hacerlo, una cosa

era alabar su mirada y otra muy distinta acariciarlo. Era su jefe y, si en el hotel lo había olvidado en alguna ocasión, ahora no debía hacerlo. Por muy amable que fuera con ella. Ni por muy suaves que fueran sus dedos sobre su cara.

—Será mejor que arranques el coche y nos vayamos a casa —dijo tratando de romper el momento—; se hace tarde.

—Como desees.

Solo entonces él soltó su barbilla y la dejó girar la cabeza hacia el frente. Arrancó el coche y emprendieron el camino hacia Fuenlabrada, retomando una conversación sobre el hotel, en la que Martina no se sintió más segura. Porque en el vehículo seguía habiendo una atmósfera de intimidad que no se desvanecía, restos de palabras no pronunciadas y, tal vez, de caricias no prodigadas.

—Dentro de poco me tocan mis días libres —comentó Juanjo con la mirada fija en la carretera—. Pero no temas, voy a postergarlos hasta que todo esto se normalice. No voy a dejarte sola ahora. Ya volveré a Toledo más adelante.

Martina sintió que el corazón se le aceleraba de nuevo.

—¿Y la chica que te espera?

—Puede seguir esperando un poco más.

—Gracias.

—No hay de qué.

El resto del camino lo hicieron en silencio, ambos sumidos en pensamientos que necesitaban analizar.

Al llegar ante la puerta de Martina, Juanjo alargó la mano y le sujetó el brazo antes de que abriera la portezuela.

—No hago ningún sacrificio al quedarme. En verdad me estoy divirtiendo mucho con tu venganza.

—Vale.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Salió del coche con el corazón aleteando desbocado por las intensas sensaciones que los leves contactos masculinos le habían producido.

Juanjo la vio entrar en el portal con pesar. Le gustaría que el trayecto nocturno fuera mucho más largo, porque ese rato se estaba convirtiendo para él en lo mejor del día.

Mientras conducía de vuelta maldijo a los compañeros que le habían robado la autoestima y a las circunstancias que la habían mantenido apartada del mundo y de los hombres. Según le había confesado días atrás, apenas había tenido unos escarceos amorosos con aquel tipo de su pueblo que no había sabido comprender sus circunstancias ni su compromiso con sus padres. Era posible que incluso fuera virgen, a juzgar por cómo se había estremecido cuando sus dedos le rozaron el cuello.

No había pretendido hacerlo, solo que girara la cabeza para que lo mirase, pero no pudo evitarlo. Sus dedos se deslizaron con voluntad propia, sin casi ser consciente de ello.

Debía tener cuidado, era su empleada y por nada del mundo quería que pensase que deseaba cobrarse su ayuda de alguna forma. En el futuro evitaría esas charlas en la penumbra del aparcamiento antes de emprender el camino. Eran demasiado peligrosas, porque su estancia en Madrid era temporal y en Toledo le esperaba su vida, y tal vez, una mujer.

Capítulo 15

Cada día Martina se sentía un poco más segura de sí misma. Dejó pasar varias jornadas sin encontrar la ocasión de perpetrar una nueva venganza, pero notaba que sus compañeros temían lo que pudiera hacer. La miraban con recelo tanto en el comedor de huéspedes como en el de personal, en el que se seguía sentando a la mesa común, solo para incomodarlos.

El cambio de turno supuso un parón en sus encuentros con Juanjo, pues ambos evitaban mantener ningún tipo de conversación en el hotel para no generar suspicacias. Se veían de lejos y, aunque él seguía muy pendiente de su relación con los otros camareros, apenas tenían contacto directo.

Él había cumplido su palabra de postergar sus días libres, pero Martina disfrutó del suyo como siempre. Se encontraba en casa tomando un café con Sofía después del almuerzo cuando sonó el timbre del portero electrónico.

—¿Has pedido algún paquete? —preguntó su hermana, pues no esperaban ninguna visita.

—No.

—Es la hora en que suele venir el repartidor.

Sofía se levantó y acudió a responder. Regresó un minuto

después con una sonrisa en la cara.

—Preguntan por ti.

—¿Por mí? ¿Quién?

—Creo que tu jefe.

Dio un salto del sofá y se apresuró a coger el teléfono del porterillo.

—¿Sí? —preguntó sin hacerse ilusiones.

—Martina, soy yo: Juanjo.

—¿Ocurre algo? Es mi día libre.

—Lo sé. Es solo que hace mucho que no hablamos y me gustaría saber cómo te va con los compañeros. Tal vez podíamos tomar un café y charlar un poco, si no estás ocupada, claro.

—Si me esperas unos minutos a que me cambie de ropa, bajo —se apresuró a aceptar.

—Por supuesto, no tengo prisa. Tómate el tiempo que necesites.

Al girarse encontró la mirada divertida de Sofía.

—Quiere que tomemos un café para charlar de cómo va todo.

—¿No está en el hotel para verlo?

—Sí, pero como no nos venimos juntos por la noche supongo que quiere que le dé mi impresión.

—Ya estás tomando un café —comentó señalando la taza.

La apuró de un trago.

—Tomaré otro.

—¿Qué vas a ponerte?

—Pues un vaquero y un jersey, ¿cómo quieres que me vista para un café? ¿Con lentejuelas?

—El jersey rosa te favorece mucho.

—Iba a ponerme el azul.

—Hazme caso: el rosa. Y suéltate el pelo.

—De acuerdo.

Diez minutos después se reunía con él en el portal.

Juanjo la vio aparecer con una sonrisa, que se esforzó en que llegara a sus ojos. Cuando, cediendo a un impulso, puso rumbo a Fuenlabrada, recordó que siempre la había dejado en la calle y no sabía el piso. Por suerte un vecino salía y se coló para mirar los buzones. Una vez localizada la vivienda, dudó si subir directamente o llamar al portero electrónico. Optó por esto último, porque no sabía si su presencia sería bienvenida o resultaría inoportuna. Martina estaba en su día de descanso y temía invadir su intimidad, pero echaba de menos sus charlas nocturnas.

Buscó una excusa convincente que justificara su presencia allí y creyó encontrarla, pero él sabía la verdad: se moría por pasar un rato a solas con ella.

—¡Hola! —la saludó con jovialidad.

—Hola, Juanjo.

—Espero que no te haya molestado que viniera.

—No, solo me ha sorprendido un poco.

—Hace días que no hablamos de cómo va todo con tus compañeros —explicó sintiéndose un poco repetitivo, pero no se le ocurría otra excusa para estar allí.

—No ha habido grandes cambios.

—Mejor lo hablamos tomando algo, ¿no te parece? Aquí de pie en medio de la calle no me parece oportuno.

—Bien.

—¿Dónde vamos que podamos charlar con tranquilidad? Tú conoces el barrio mejor que yo.

—No creas que lo conozco tanto, apenas salgo. Pero aquí cerca hay una cafetería que suele tener público, así que supongo que tienen buen café. También algunos dulces.

—Vamos entonces.

Echaron a andar uno junto al otro.

—¿También tú has librado hoy? —preguntó Martina sin saber muy bien qué decir, extrañada y a la vez ilusionada de vivir con Juanjo algo no relacionado de forma directa con el trabajo.

—No, yo suelo coger dos días seguidos de descanso, pero ya te dije que no lo haré hasta que todo vaya bien contigo y el resto de los camareros.

—¿Vas a renunciar a ellos?

—No, he pedido que los acumulen con la excusa de que tengo en Toledo mi residencia permanente y a mi familia. Para hacer algo especial cuando vaya. No me lo han negado, saben que me hicieron una putada al trasladarme de un día para otro, sin previo aviso de las dos semanas pertinentes.

—¿Tu familia vive allí?

—Solo Asier, mi compañero de piso.

—Y tu chica.

—También Alma.

—¿Y qué ha dicho ella de que pospongas tu visita?

—No conoce mis turnos de descanso.

Juanjo no quería hablar de Alma ni de la extraña relación que mantenían. Tampoco de que sus sentimientos hacia ella se estaban enfriando, por lo que optó por cambiar de conversación y contar un poco de sí mismo.

—Yo nací en el Escorial y los míos siguen residiendo allí.

—¿Y cómo no te alojas con ellos, viviendo tan cerca de Madrid, si tu traslado es solo temporal?

—Soy ya muy mayor para seguir viviendo con papá y mamá. Además, uno de mis hermanos menores se adueñó de mi habitación en cuanto me marché. El Escorial está más o menos a la misma distancia de Toledo, para eso me hubiera quedado en casa y haría el

trayecto cada día.

No quiso decir que no le gustaba conducir porque cada noche hacía kilómetros de más para acompañarla a casa.

—A mí me gusta vivir con Sofía y Celso. Me hubiera resultado muy difícil hacerlo sola en el pueblo cuando mis padres faltaron, pero ellos me propusieron mudarme a Madrid, a su casa.

—¿En qué pueblo vivías?

—En El rincón de la Victoria, en Málaga. Un sitio costero del que echo de menos el mar.

—¿No has vuelto?

—En vacaciones. Mantenemos la casa y procuramos coger los tres las vacaciones a la vez para pasarlas en el pueblo.

—Si necesitas librar algún puente para ir solo tienes que decírmelo.

—Son cinco horas en coche, no merece la pena para un puente de pocos días.

—Existe el tren de alta velocidad, seguro que acorta mucho el tiempo de viaje.

—Sí, supongo. Siempre hemos ido por carretera, Celso no se mueve a ningún sitio sin el coche.

Llegaron a la cafetería, un local espacioso en el que pudieron acomodarse en una mesa algo apartada.

—Sé lo que te gusta comer, pero ¿cómo tomas el café? ¿O prefieres otra cosa? ¿Una infusión, o una copa quizás?

—Un chocolate.

—¿Con churros? He visto que los toman en una mesa.

—No le diré que no a unos churros. Bueno, no le digo que no a casi nada, me encanta comer.

—Me ha quedado muy claro.

Por un momento sus miradas se encontraron y a la memoria de

los dos acudieron las palabras que Martina le había dedicado con anterioridad. Los ojos verdes brillaron con malicia.

—Me refiero a comida, a alimentos… —aclaró ella admitiendo su insinuación.

—Yo no solo a eso.

—No es más que una frase, Juanjo, una forma de hablar. —Respiró hondo—. No me martirices con ella.

—No pretendo hacerlo, de verdad. Lo siento si te he incomodado, pero echo de menos a la Martina invisible.

—Esa no es la Martina real, la verdadera es la que ves ahora: tímida, reservada e incapaz de decir ciertas cosas.

—Yo no pienso lo mismo. La que mantienes oculta desea salir a flote; deja que lo haga, te sentirás muy liberada.

Por fortuna el camarero les llevó las consumiciones, un café, un chocolate y dos raciones de churros, y la libró de responder. En cambio, se dedicó a mojar los churros en el chocolate y a comerlos con placer. La sensación de ser observada la hizo alzar los ojos y encontrar los de Juanjo fijos en ella, con un brillo y una intensidad inusitada. La respiración masculina se había acelerado.

Se fijó en el churro que goteaba chocolate y que acababa de meterse en la boca y se sintió muy abochornada. Él no podía estar pensando en «eso», ¿verdad? No pudo evitar que el sonrojo se apoderase de su cara y su cuello, las únicas partes visibles de su anatomía, pero estaba segura de que cada centímetro de piel presentaba el mismo tono rosado.

Maldijo su tendencia al sonrojo que, en aquella ocasión, indicaba claramente lo que estaba pensando, hubiera adivinado o no lo que imaginara él. Soltó el churro y dio un sorbo al chocolate.

Juanjo no hizo ningún comentario ni sobre el rubor ni sobre ninguna otra cosa, apartó la mirada y, cogiendo un churro del plato,

lo hundió en su café, comiéndolo a su vez.

—Están muy buenos —dijo para relajar la tensión que por un momento se había creado entre ambos.

—Sí.

—Come —la insto al ver que no parecía tener intención de continuar—. Esto hay que terminarlo, no me decepciones. Come o se te pondrán las piernas de alambre de pasar mucha hambre.

Martina no pudo evitar reírse y con sus carcajadas recuperó la normalidad en la mesa.

—¿Qué sueles hacer en tus días libres? —preguntó Juanjo a continuación.

—No trabajar.

—¿Nada especial?

—Cuando coinciden con los de mi hermana y mi cuñado vamos al cine, o a comer fuera. Poco más. Para mí ya es estupendo no madrugar ni acudir al hotel a enfrentarme con mis compañeros.

—¿Qué edad tienes, Martina?

—Veintisiete. Y ahora vas a decirme que soy muy mayor para no tener experiencia con los hombres o algo parecido, ¿no? Eso ya lo sé.

—No he dicho nada, han sido tus circunstancias. Pero sí eres muy mayor para salir con tu hermana y tu cuñado, deberías abrir el círculo de tus amistades. ¿No te has planteado buscar un hombre, o simplemente amigos, en una página de contactos? Hoy día Internet lo pone muy fácil.

—¿Me ves citándome con un desconocido? ¿Entrando en un sitio y acercándome a alguien para decirle: «Soy Martina, ¿eres Manolo?». Ni hablar, me moriría de vergüenza si me dice que no es quien busco. O si lo es y no me gusta, o yo no le gusto a él. No, Juanjo, citarme con desconocidos no es para mí.

—¿Y conmigo? Yo no soy un desconocido.

—Estás hablando de quedar como amigos, ¿verdad? —preguntó con el corazón acelerado. Solo imaginar otra cosa le alteraba el pulso, pero él tenía a una chica esperándolo en Toledo y no debía siquiera imaginarlo.

—Por supuesto. Como hoy, para tomar algo, para ir al cine o dar un paseo. Tú no tienes con quién salir y yo me siento muy solo en Madrid.

—Eres mi jefe.

—Fuera del hotel, no. Y, que yo sepa, no existe ninguna regla por la que el personal del hotel no pueda socializar fuera del trabajo. Sé que tus compañeros quedan a menudo, pero imagino que nunca te han invitado a unirte a ellos.

—Imaginas bien. Tampoco yo hubiera aceptado.

—Lo supongo.

Una sospecha se apoderó de su mente.

—¿Haces esto por lástima?

—En absoluto. Ya te he dicho que yo tampoco tengo amigos en Madrid y vivo con dos ancianos a los que les gustan las películas románticas y las del oeste americano. Ninguno de los dos géneros son mis favoritos. ¿Te gusta el cine? Has dicho que ibas con tu hermana y tu cuñado.

—Sí, mucho, pero vamos pocas veces. Suelo ver películas en casa en las plataformas de *streaming*.

—A mí me encanta y prefiero ir a una sala. El ambiente, la gran pantalla, las palomitas… Mis películas favoritas son las de miedo, pero no se me ocurriría llevarte a ninguna de ese tipo. Escogeríamos otra.

—¿Porque soy una mujer?

—Porque no les gustan a nadie más que a mí. En casa somos

cuatro chicos y solo las veo yo.

—A mí, sí. Pero no las sangrientas ni de extrema violencia en las que despanzurran a alguien y se ve todo. El terror psicológico, el suspense… es lo mío.

—¿En serio? ¿Me harías el inmenso favor de venir conmigo a ver alguna?

—Cuando quieras —aceptó con entusiasmo. Luego recordó a la mujer de Toledo—. ¿A tu chica no le importará?

—Mi relación con Alma no es tan profunda como para que se moleste si voy al cine con una amiga. Sobre todo, porque a ella no le gusta el cine, prefiere otro tipo de diversión. Alma y yo nos estábamos conociendo cuando me trasladaron a Madrid, no había nada muy serio entre nosotros —aclaró.

—Lo que se suele llamar *follamigos*, ¿no? —se atrevió a preguntar.

—Ni siquiera eso. Dejémoslo en amigos que se están conociendo para ver si llegan a algo más.

—En ese caso, vamos al cine cuando quieras.

—Busco una película apropiada y te digo. A ver si con suerte encontramos alguna antes de que cambiemos de turno, porque por la noche salimos muy tarde.

—Me parece bien.

Terminaron de merendar comentando películas que les habían encantado y advirtieron que tenían un gusto muy parecido. Después, regresaron caminando hasta el piso de Martina y se detuvieron en el portal.

—Hasta mañana.

—Intercambiemos los números de teléfono —sugirió Juanjo—, así podré avisarte si encuentro algo interesante que ver. Eso de presentarme de improviso como he hecho hoy no me gusta

demasiado, pero no sabía cómo avisarte.

—De acuerdo.

Con los números respectivos registrados en los teléfonos, se despidieron.

—Hasta mañana.

—Adiós, Juanjo.

Martina entró en su casa y encontró a Sofía en la cocina, preparando la cena.

—Hacéis muy buena pareja —le dijo nada más verla.

—¿Nos has espiado?

—Por supuesto. Me fui corriendo a la ventana en cuanto saliste. Os vi alejaros por la calle.

—Solo hemos ido a merendar.

—No he preguntado.

—Olvida lo de parejas. Ni buena ni mala, es mi jefe.

—Entonces es cierto que quería hablar de trabajo.

—Sí, eso dijo.

—¿Y lo habéis hecho?

—La verdad es que no mucho. Hemos hablado de nosotros, de gustos y aficiones. Me ha invitado a ir al cine.

Sofía se giró hacia su hermana enarbolando una espumadera con aire amenazante.

—Dime que has aceptado o...

—Sí —respondió riendo—. Le he dicho que sí.

—¿Cuándo? ¿Qué vais a ver?

—Una película de miedo, cuando proyecten alguna.

—¿De miedo? ¿Te gusta ese género?

Martina se encogió de hombros.

—Las veo sin morir en el intento. Mientras no sean sangrientas ni del espacio, puedo ver cualquier cosa.

—¿Las del espacio por qué no?

—Porque me aburren sobremanera y me quedo dormida. Lo mismo ronco y lo abochorno.

—Con las de miedo siempre puedes asustarte mucho y echarle los brazos al cuello para que te proteja.

—No haré tal cosa.

Sofía esbozó una sonrisa ladina.

—Seguramente lo hará él.

—¿Qué hará?

—Protegerte. Estamos en el siglo XXI, ya no es necesario ir al cine para hacer otras cosas más íntimas. Si alguna vez quieres traértelo a casa, ni por parte de Celso ni por la mía habrá problemas.

—Sofía, vamos a ir al cine. No me metas ideas raras en la cabeza.

—No, mujer. Veréis una película y nada más. Es tu jefe, ya lo sé. Ahora cámbiate de ropa y ayúdame con la cena. Celso no tardará mucho y sabes que suele venir hambriento.

—En seguida.

Entró en su habitación tratando de no pensar en las palabras de su hermana. Tampoco en la escena de los churros. Ni en que Juanjo había dicho que quería hablar de su relación con los compañeros, pero no lo habían hecho. Solo podía pensar en que irían juntos al cine y en que aquel día de descanso anodino se había convertido en uno muy especial.

Capítulo 16

Martina llegó al hotel con las pilas recargadas. Por primera vez en su vida estaba deseando llegar sin que le importara que la ningunearan ni que se burlaran de ella. En su interior sentía que guardaba un secreto que fastidiaría a los otros mucho más que lo que pudiera hacer ella para vengarse. La complicidad con Juanjo estaba dando paso a una amistad que ninguno de ellos mantenía con su jefe.

En esta ocasión, cuando se encontró con Maya y Elisa en el vestuario, no salió huyendo, sino que las saludó con naturalidad.

—Buenos días.

Nadie le respondió, ni siquiera la miraron, pero notó que se tensaban y se apresuraron a terminar de vestirse y salir del recinto. Sintió que se habían cambiado las tornas y ahora era ella quien comenzaba a tener la sartén por el mango. Debía pensar qué más hacer para consolidar su posición, porque aún no se sentía lo bastante vengada.

Juanjo la saludó al pasar con un ligero movimiento de cabeza, como al resto de camareros, pero había algo diferente en su saludo, o eso quiso creer. Se irguió y comenzó a preparar las mesas para el desayuno con la cabeza bien alta y una sonrisa en los labios.

Comprobó que los otros camareros mantenían una especie de guardia en el comedor y no la dejaban sola en él ni un segundo, pero ya se le ocurriría algo.

Disfrutó de su trabajo porque, de vez en cuando, su mirada se cruzaba con la de Juanjo por unos breves segundos y su corazón daba un salto de alegría. No obstante, seguían manteniendo las distancias con respecto a los demás.

A la hora del almuerzo volvió a sentarse en la mesa de sus compañeros. A su lado quedaba una silla vacía y solo faltaba Maya por acomodarse. Cuando vio que la chica iba a hacerlo a su lado, justo mientras se sentaba, mojó sus dedos con disimulo en la salsa de tomate de las albóndigas y manchó la silla de su compañera. Nadie se percató de ello, todos trataban de darle la espalda e ignorarla.

Comió con rapidez y terminó pronto, por lo que abandonó el comedor la primera. En la mesa se generó una molesta conversación.

—¡Estoy harto de que se siente con nosotros cada día! ¡No la soporto! —exclamó Michel, que sentía una profunda animadversión hacia su compañera.

—Creo que ella tampoco te soporta a ti —afirmó Elisa.

—Eso me la suda.

—¿No podemos hacer nada para que no se acople a nuestra mesa? —inquirió Fidel.

—¿Qué? ¿Prohibirle que lo haga? El comedor es público, no estamos en un restaurante en el que podamos elegir quién come con nosotros.

—Maya tiene razón. Y Juanjo siempre está mirando hacia aquí, parece que intuye algo.

—Prefiero que no sepa que no la soportamos, es mejor que

piense que la ignoramos por su comportamiento, como le hemos hecho creer.

—Pues me está tocando mucho los cojones la niñita.

—Un poco de paciencia, Michel. Ya se cansará. Además, desde hace días no ha hecho nada contra ninguno de nosotros, es solo cuestión de tiempo que comprenda que no la queremos en nuestra mesa y vuelva a la suya. Todo será como antes.

—Eso espero.

Juanjo había visto a Martina hacer un movimiento extraño, pero no sabía qué. En cuanto Maya se levantó, lo supo. Eso no se lo iba a perdonar fácilmente la camarera.

Dejó que saliera del comedor y, justo cuando se acercaba al de huéspedes, la llamó.

—Maya, aguarda.

—¿Sí?

—Creo que has tenido un pequeño… accidente.

—¿Yo?

—Te has manchado el pantalón.

La chica se miró las piernas y negó con la cabeza.

—No.

—Por detrás.

Elisa se apresuró a mirar a su compañera por la espalda.

—Te ha «visitado tu primo», como diría mi abuela —comentó la chica.

—¿Qué primo? No tengo ninguno.

—El periodo.

—Imposible. Soy muy regular y acabo de pasarlo.

—Pues ve al baño y compruébalo.

Juanjo decidió desentenderse del asunto.

—Cámbiate, no puedes atender el comedor así. —Se limitó a

sugerirle.

—No tengo uniforme de repuesto en la taquilla.

—Pues deberías; todos deberíais. Soluciónalo y, si no puedes, tendrás que irte a casa.

—Voy contigo, a ver qué podemos hacer.

Las dos amigas entraron en el baño y Maya se quitó el pantalón.

—¡Es salsa de tomate! —exclamó Elisa.

—De las albóndigas de Martina, seguro. El resto hemos cogido arroz, para que no sintiera la tentación de robarnos la comida.

—¡Será hija de puta! Esta no se la paso.

Las dos camareras trataron de lavar el pantalón para hacer desaparecer la mancha. Lo consiguieron, pero la prenda quedó húmeda. Por mucho que trataron de secarla con el aire del secamanos solo consiguieron eliminar parte de la humedad. Aunque esta ya no era muy visible, Maya la sintió pegada a la piel durante el resto de la mañana. Igual que el enfado hacia la causante de la broma.

Al terminar la jornada, ambas amigas esperaron a Martina en el vestuario. Esta sabía que de aquella no se libraba, pero, por primera vez en su vida, no se sentía acobardada.

Juanjo se le acercó de forma subrepticia y le susurró:

—Están dentro, y creo que muy cabreadas.

Ella asintió.

—Si necesitas ayuda grita y entraré, aunque sea la hora de cambiaros las mujeres.

Pero empujó la puerta con decisión. Maya y Elisa ya estaban con ropa de calle y, al parecer, esperándola.

—¡Eres una hija de puta!

—Y una cabrona —corroboró Elisa.

—¿Yo? —fingió inocencia.

—Sí, tú. Me has manchado la silla con salsa de tomate.

—No he hecho tal cosa.

—No mientas, eres la única que ha comido albóndigas en la mesa.

—Es un plato del menú de hoy. La silla debía estar manchada de antes, no somos los primeros empleados que hemos almorzado esta mañana. Es tu problema si no miras dónde te sientas.

—Sabemos que has sido tú.

—¿Cómo estás tan segura? No has podido verme, ni tú ni nadie: soy invisible y no he estado sentada a vuestra mesa.

Unos golpes fuertes sonaron en la puerta y la voz de Juanjo se escuchó apremiante.

—Chicas, daos prisa; el vestuario no es solo vuestro; estamos esperando. Todos tenemos ganas de llegar a casa.

Maya se apresuró a coger el abrigo y el bolso.

—Esto no quedará así, y a nadie más que a una mema como tú se le ocurre que pueda ser invisible.

Salió del vestuario acompañada de Elisa. Martina se apresuró a cambiarse y abandonó también el recinto. Juanjo dejó entrar a sus compañeros y le susurró:

—No te vayas, espérame dentro del hotel. Tengo que hablar contigo.

No respondió, pero aguardó a que saliera con la certeza de que le caería una bronca. En aquella ocasión se había pasado, pero no pudo resistirse, la tentación era demasiado grande.

Juanjo se reunió con ella minutos después y la instó a salir del edificio.

—Vamos al coche, hoy te llevo.

No protestó y lo siguió hasta el aparcamiento. Hasta que no se encontraron en el vehículo se mantuvieron en silencio.

—Ya puedes empezar a regañarme —dijo con voz temblorosa. Todo el arrojo que había mostrado en el vestuario se había desinflado después.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Por la broma a Maya.

—Forma parte de tu venganza, ¿no? Y se la merece.

—Entonces, ¿por qué me has hecho venir hasta tu coche?

—Porque estás descompuesta y no quiero que cojas el tren en ese estado.

—¿Tanto se me nota?

—Yo sí. Recuerda que no eres invisible para mí.

—Ni para nadie.

—¿Qué ha pasado en el vestuario?

Se lo contó con detalle con la voz temblorosa.

—Estoy orgulloso de ti —comentó Juanjo cogiéndole las manos, que también temblaban—. Te has enfrentado a ellas y eso es algo que hace unas semanas era impensable.

—No he tenido más remedio, pero mírame ahora.

Las manos de Juanjo sostenían las suyas y las acariciaban.

—Tranquila, ahora estás a salvo. No tienes que ser fuerte conmigo, Martina, puedes derrumbarte, llorar o lo que quieras.

—¿De verdad hubieras entrado si llego a gritar?

Él clavó en ella sus ojos verdes con fijeza.

—¿Acaso lo dudas?

—No. Pero había mujeres cambiándose dentro.

—He visto mujeres desnudas antes, y con mejores piernas que las de alambre — bromeó.

—Gracias. Gracias por todo. Sin tu apoyo nunca me hubiera atrevido a llevar a cabo mi venganza, me hubiera ido del hotel y llevado mi timidez a otra parte.

—La timidez se vence, y hoy has dado el primer paso para ello.

—¿Sabes una cosa? Cuando estaba en el vestuario no me sentía intimidada, sino cabreada. ¿Por qué me han tratado así? ¿Qué les he hecho para que se burlen de esa manera de mí?

—Son seres mediocres que necesitan menospreciar a quien es diferente para sentirse poderosos, pero no lo son. Solo son unos desgraciados, incapaces de respetar a los demás. Se sienten amparados porque forman un grupo, una manada que se protegen unos a otros, pero estoy seguro de que serían incapaces de enfrentarse a nadie en solitario. Como has hecho tú hoy.

Juanjo seguía reteniendo las manos de Martina, que no cesaban en su temblor. Se las llevó a los labios y las besó con suavidad.

—Cálmate —susurró—. Deja de temblar. Ya pasó todo.

La respiración de Martina seguía agitada, pero ya no por lo sucedido en el vestuario, sino por la actitud de Juanjo. Por los labios suaves que recorrían su piel. Sabía que debería retirar las manos, desprenderse de las de él, pero se sentía incapaz.

—Sí, ya ha acabado todo. Hasta aquí llega mi venganza, no volveré a hacer ninguna jugarreta; de ahora en adelante me limitaré a ignorarles, y espero que ellos hagan lo mismo conmigo.

—Solo te pido una cosa más: mañana vuelve a sentarte a su mesa.

—No, regresaré a la de siempre. Después de lo sucedido hoy me siento incapaz de soportar su presencia tan cerca. Me van a acribillar entre todos

—Por favor… hazlo por mí.

—No me pidas eso…

—Si quieres darme las gracias de alguna forma, es lo que quiero.

—De acuerdo, soy una mujer agradecida, pero solo mañana.

—Solo mañana, te lo prometo.

Soltó sus manos y encendió el motor.

—Ahora, vamos a casa. Espero que durante el camino te tranquilices o tu hermana se preocupará.

—Me esforzaré.

—He estado mirando los cines para ver si hay alguna película de terror psicológico, pero no he encontrado ninguna en este momento —comentó para cambiar de tema—. ¿Te apetecería ver alguna otra cosa?

—Me gusta el cine en general, lo único que no soporto son las películas del espacio, con naves, otros planetas y extraterrestres. Me aburren.

—Lo tendré en cuenta. Pero hay una amplia oferta de otros géneros. ¿Quieres que busque alguna interesante?

—Si te apetece…

—A mí, mucho. ¿Y a ti?

—Sí.

—Pues esta tarde te paso algunos títulos para que elijas. ¿Te viene bien mañana? ¿Pasado mañana? Luego cambiamos el turno y ya tendría que ser dentro de dos semanas.

—Pasado mañana estaría bien.

—También puedes buscar tú. No me importa si es romántica.

—Esas no me agradan demasiado.

—Eres la primera mujer a la que no le gustan. ¿Hay algún motivo?

—No creo en la pareja que se enamora a simple vista en dos días y luego fueron felices y comieron perdices para siempre.

—¿No crees en el amor?

—Soy consciente de que mi hermana y Celso llevan juntos muchos años y se quieren mucho. Creo en eso; en el amor de las películas, no. Creo que no llega de repente, sino que se forja día a

día, con el roce y la convivencia. Lo otro es otra cosa, llámalo flechazo, atracción, pero amor no.

—Me has salido filósofa.

—Tengo veintisiete años y hubo un chico en mi vida, pero ninguno de los dos llegó a estar enamorado del otro. Yo, al menos, no, y si lo hubiera estado él no se habría largado a la menor contrariedad.

—Eso es cierto. Yo tampoco he estado enamorado nunca, no de verdad. No con un amor capaz de sacrificarse por el otro. He tenido algunas relaciones superficiales, que no han durado mucho tiempo. Debo reconocer que también me largué en cuanto vi algo que no me gustaba del todo. Creo que el amor es aceptar al otro tal como es, con lo que te agrada y con lo que no.

—¿Es eso lo que te pasa con Alma?

—No llevamos juntos el tiempo suficiente para averiguar si acabaremos enamorados o no. De momento lo estamos intentando, aunque me parece que sin mucho empeño por parte de ninguno de los dos.

Guardó silencio recordando la velada propuesta para pasar la noche juntos de su última cita y el poco interés que le generó. No, no acabaría enamorándose de Alma, empezaba a estar seguro, y tendría que hacer algo al respecto.

El resto del camino lo hicieron en silencio, sumidos ambos en pensamientos que preferían no exteriorizar. Juanjo alargó la mano y conectó la radio para sintonizar una emisora de música que amenizara el camino y terminara de relajar a su acompañante.

Al llegar al portal de Martina detuvo el coche.

—¿Estás más tranquila?

—Sí.

—Hasta mañana, entonces. Y recuerda que tienes que volver a

sentarte «en la mesa de la tortura». No me falles.

—No lo haré. Hasta mañana.

Capítulo 17

Llegar al trabajo al día siguiente no le resultó fácil a Martina, y mucho menos porque le había prometido a Juanjo sentarse a la mesa de sus compañeros. Supondría una verdadera tortura para ella, tal como lo había calificado él la tarde anterior, pero se lo debía. Le debía muchas cosas, incluida la renuncia a disfrutar de sus días de descanso cuando le correspondían. El trabajo en el hotel era fatigoso y estresante y, al menos ella, esperaba los descansos con verdadera necesidad.

Además, ¿a quién pretendía engañar? Haría cualquier cosa que él le pidiera, y no solo por agradecimiento. Juanjo le estaba haciendo sentir cosas que jamás había ni siquiera sospechado, con sus miradas intensas y con el simple contacto de sus manos. Nunca en su relación anterior había sentido su piel estremecerse con un simple roce, ni que su corazón se saltara un latido con una mirada.

Los ojos verdes se posaban a menudo en ella con una intensidad que le producía a la vez inquietud y seguridad. Sabía que podía confiar en él, que nunca le haría daño.

No se hacía ilusiones con respecto a lo que había entre ellos, lo más probable era que, cuando fuera a Toledo y se encontrara con Alma, terminara recuperando la relación que se había visto

interrumpida por su traslado. No tenía la menor esperanza de que Juanjo sintiera por ella nada más que deseo de protección y, como mucho, una amistad cimentada porque se sentía solo en Madrid. No le importaba, le bastaba con verlo, con saber que su relación era diferente a la que mantenía con sus compañeros. Y compartir el trayecto en coche hasta Fuenlabrada, alguna tarde de cine o un café era suficiente.

Era algo temporal, sabia bien que la estancia de Juanjo en Madrid no duraría mucho, pero disfrutaría del tiempo que tuvieran para asentar su amistad. No llegarían a ser otra cosa, pero tampoco tenía amigos, los que recordaba se remontaban a su época escolar, y agradecía mucho tenerlo a él. Por un tiempo podría salir con alguien más que con Celso y su hermana, y eso la llenaba de felicidad.

Al entrar en el hotel no hizo nada por evitar a sus compañeros, pero parecía que ellos sí la rehuían. La mañana transcurrió sin incidentes y, a la hora del almuerzo, se mentalizó para sentarse a la mesa común, tal como le había prometido a Juanjo. Cogió su ensalada de legumbres y la carne en salsa y, con ambos platos en las manos, se acercó a la mesa que llevaba ocupando unos días.

Se percató de que había una silla menos, que no tenía dónde sentarse; no obstante, depositó su carga en la superficie y buscó una que pudiera acercar para acomodarse.

Todos la miraban incrédulos y enfadados y tuvo deseos de salir corriendo, pero se lo había prometido a Juanjo y no lo decepcionaría. Él nunca le pedía nada. Alzó la cabeza, dispuesta a afrontar lo que hiciera falta.

—¿De verdad tienes la caradura de intentar sentarte con nosotros? —preguntó Michel con irritación.

Todos la miraban con gesto adusto, como si quisieran abalanzarse sobre ella para impedir que se sentara.

—¿No entiendes las indirectas? No hay silla ni sitio para ti en esta mesa —aseguró Elisa.

—Ya te dije que lo de ayer no quedaría así. —Amenazó Maya, uniéndose a sus compañeros—. No eres bienvenida.

Le estaban haciendo un favor, Juanjo no podría reprocharle nada. Cogió sus platos, dispuesta a sentarse en su mesa habitual, cuando vio que él se levantaba de la suya y se acercaba a grandes zancadas.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—Nada, que no hay silla libre hoy y me voy a comer a otro sitio —informó tratando de calmar los ánimos.

—¿Por qué no hay un sitio para Martina? —increpó él observando a sus subordinaos con severidad—. Esta mesa siempre tiene una silla más.

—Déjalo, Juanjo. Estaré mejor comiendo sola.

—Espera, no te vayas. —El tono firme de su voz la retuvo.

—No importa.

«Por favor, no me obligues a comer con ellos». Lo miró suplicante, con la esperanza de que comprendiera que no podría tragar bocado en aquella mesa tan hostil.

—Sí que importa. ¿Por qué no queréis que coma con vosotros? —continuó amonestándolos—. Es una compañera.

—No es nada personal, Juanjo —explicó Maya con una sonrisa forzada—, pero ya sabes que es un poco rara, hace cosas extrañas y no nos sentimos cómodos en su compañía.

—Ella prefiere comer sola, ¿verdad, Martina? —afirmó Fidel, apoyando a sus compañeros.

—A nadie le gusta comer solo. —La frase de Juanjo resultó tajante—. Si ella se ha sentado con vosotros estos días es porque desea compañía.

—Tú también te sientas sin compañía.

La afirmación de Maya sonó como una acusación.

—Porque soy vuestro jefe y en el trabajo no me gusta tomarme confianzas si quiero mantener la disciplina, pero visto lo visto… —Se volvió hacia la chica que permanecía de pie, aguardando el permiso para alejarse con los platos en la mano—. Martina, siéntate a mi mesa, por favor. A partir de ahora comerás conmigo.

—No es necesario, Juanjo. De verdad que estaré bien donde siempre.

—No me gusta comer solo. —Miró a los componentes de la mesa, que evitaban su mirada—. Ni considero a Martina tan «rara» como para no compartir mi almuerzo con ella.

—Espera a que te robe la comida del plato —masculló Michel entre dientes.

—No creo que lo haga. Si os lo ha hecho a vosotros, os lo tenéis más que merecido. ¿Creéis que no me he dado cuenta del *mobbing* que le hacéis entre todos? He hecho la vista gorda hasta ahora, pero lo de hoy pasa de castaño a oscuro. Quitar una silla para echarla de vuestra mesa es muy rastrero. No sé si ella es, como me hicisteis creer en su momento, una enchufada del director, pero yo sí tengo potestad en el organigrama para denunciar el trato peyorativo que le dispensáis y buscaros una buena sanción. Soy el jefe de sala y mi obligación es que todo funcione bien en mi turno tanto con los clientes como entre el personal. No tengo queja de vuestro servicio a las mesas y a los huéspedes, pero sí del comportamiento con los compañeros.

Un leve murmullo se extendió por la mesa.

—¿He sido lo bastante claro? No seguiré permitiendo más burlas en el comedor, y espero que en ningún otro sitio. Martina, por favor, siéntate a mi mesa y entra a cambiarte cuando las demás hayan

abandonado el vestuario. Los hombres esperaremos a que termines.

—No hace falta, yo…

—Vamos. —Su voz era tan categórica que no pudo más que obedecer.

Se sentó a su lado, un poco avergonzada.

—Si como contigo todos los días se darán cuenta de que tienes favoritismo hacia mí.

—Me importa un comino, y digo eso para evitar una palabra más gruesa.

—¿Tenías pensado echarles la bronca? ¿Por eso insististe en que me sentara con ellos?

—No exactamente. —Esbozó una sonrisa cómplice—. Estaba buscando una excusa para invitarte a mi mesa sin que fuera muy evidente que eres mi camarera preferida. Ahora todos pensarán que lo he hecho para paliar su comportamiento hacia ti. Pero debo confesarte que llevo deseando que te sentaras conmigo casi desde el primer día que entré en el comedor. Ha quedado convincente, ¿verdad?

—Parecías muy enfadado.

—Estoy muy enfadado. Pero a la vez encantado con tu compañía. Y te doy permiso para que me robes las croquetas siempre que quieras.

—No lo haré, puedes estar seguro.

—Lo sé. Pero la autorización la tienes.

—Gracias, Juanjo. Una vez más.

—Vas a gastar la palabra. Come, y espero que hoy lo hagas más a gusto que los días anteriores.

—Desde luego.

Él había escogido pasta de primero y, señalando el plato, insinuó:

—Está muy buena. ¿Quieres probarla?

Martina desvió la vista hacia la mesa de sus compañeros. Nadie miraba, pero rehusó la invitación.

—No, gracias. ¿De verdad vas a tomar represalias contra ellos?

—Si no se comportan, sí. A mí también me han engañado diciéndome una serie de cosas contra ti que no son verdad. Mentir al jefe puede considerarse un tipo de insubordinación.

—¿Qué cosas?

—Da igual, no tiene sentido repetirlas.

—Que soy muy rara, que estoy loca… Seguro que es eso.

—No eres ni una cosa ni la otra, lo comprendí en cuanto empecé a observarte. Tampoco eres invisible, pero sí una experta en fundirte con el entorno para desaparecer. Ya no tendrás que hacerlo, se comportarán por la cuenta que les trae. Ignóralos, igual que ellos han hecho contigo.

—No tengo ninguna intención de buscarlos ni a ellos ni su amistad para nada.

—Tienes la mía. Espero que te baste.

—No deseo ninguna más.

La comida se prolongó lo justo para terminar los platos.

—Me voy a levantar ya —anunció Martina—. Quédate tú un poco más para disimular y que no piensen...

—Ya te he dicho que me da igual lo que piensen y lo que digan. Van a hacerlo de todas formas, pero si te sientes más cómoda, me demoraré con el postre. ¿Te llevo a casa después?

—No, prefiero irme en el tren.

—Como quieras. Busca tú algunas películas para mañana, yo hoy tengo algo que hacer.

—De acuerdo.

Martina se levantó y abandonó el comedor con paso regio y la

cabeza bien alta. Juanjo se sintió muy orgulloso de ella, de la firmeza que estaba consiguiendo para enfrentarse a sus compañeros. Todavía le quedaba para que nada le importase, pero él estaba dispuesto a ayudarla hasta que lo lograra.

Mientras terminaba el postre con parsimonia dirigió la mirada hacia la mesa de los camareros. Estos se encontraban evidentemente incómodos por la reprimenda; le hubiera gustado ser más contundente, pero Martina estaba presente y eso la hubiera incomodado aún más. Lo sería si no cesaba el *mobbing* y las burlas hacia ella, y no le importaría qué cabeza cayera de aquellos impresentables.

Su principal objetivo ahora era que ella se sintiera cómoda en la mesa con él, sin que le importara lo que pensaran o dijeran de ellos. Quería disfrutar de su compañía en los almuerzos y en las cenas que realizaran en el hotel y conseguiría que accediera a que la llevara a casa también en el turno de mañana.

Capítulo 18

Juanjo salió del hotel aquella tarde con una decisión tomada. Después de avisar a Luis de que no pasaría por la casa después del trabajo ni iría a cenar, subió al coche y puso dirección a Toledo.

No era fácil ni agradable lo que iba a hacer, pero no podía seguir postergándolo. Cada día tenía más claro que Alma y él nunca llegarían a nada, y la certeza le pesaba como una losa cada noche cuando se planteaba llamarla y no le apetecía. Debía sincerarse con ella y romper el débil lazo que los unía. Esperaba no causarle daño, que la chica no se hubiera hecho ilusiones con respecto a los dos, pero no podía fingir lo que no sentía, lo que no había surgido entre ellos y estaba ya seguro de que no surgiría.

Ahora, después de conocer a Martina, se daba cuenta de lo que no tenía con la chica toledana: las ganas de verla a todas horas, lo deprisa que pasaba el tiempo en su compañía, el hormigueo que sentía en las manos por tocarla..., eso no lo había sentido con Alma. Tampoco el impulso de enfrentarse al mundo por ella. En sus relaciones anteriores —ninguna muy larga ni muy profunda— había salido corriendo al menor indicio de algo que no le gustara, pero ahora era diferente.

Sabía que Martina no era una chica fácil para mantener una

relación, que era tímida, que su autoestima estaba bastante mermada y que no tenía apenas experiencia con los hombres, pero no le importaba. Él conseguiría que creyera en sí misma, en su valía; que venciera su timidez e hiciera real su promesa de comérselo. De comérselo entero. Era cuestión de paciencia y de ir ofreciéndole seguridades. Y besos. Y caricias.

Llegó a Toledo a las cinco de la tarde, Alma no salía del trabajo hasta las siete, por lo que se dirigió a su casa con la esperanza de ver a Asier. No sabía qué turno tenía aquella semana, últimamente no hablaban con tanta frecuencia como antes. Sin haberle notificado su llegada no se atrevió a utilizar su llave y llamó al timbre.

—¿Sí? —preguntó la voz somnolienta de su amigo a través el portero electrónico.

—Abre; soy yo.

De inmediato la cancela cedió y subió a su casa. Le alegraba que Asier se encontrara en ella, aunque tal vez tuviera compañía.

—¿Por qué no me has avisado que venías? Hubiera pedido cambiar el turno, como te dije la última vez que hablamos —le recriminó su amigo a modo de saludo.

—Yo también me alegro de verte. ¿Soy inoportuno? ¿Estás acompañado?

—¿Desde cuándo ha sido eso un problema para nosotros? Pero no te preocupes, estoy solo. Dormía una siesta en el sofá y me has sorprendido.

—No vengo para quedarme, regresaré a Madrid esta misma noche.

—Intuyo que, por tu presencia inesperada, tienes algo que contarme; soy todo oídos. ¿Un café o una copa?

—Mejor una copa, regresaré a última hora y me da tiempo a eliminar el alcohol del cuerpo.

Asier sirvió dos vasos del ron preferido por su amigo, ese que disfrutaban cuando estaban enfrascados en una partida de consola.

—¿Cola? —preguntó.

—Solo hielo.

—A palo seco. Entonces debe ser grave.

—No es grave, solo algo que debo hacer y no es agradable. He venido para hablar con Alma.

—Y romper con ella.

—No hay mucho que romper —afirmó tomando un sorbo de su vaso. No le sabía tan bien como cuando jugaban—, pero sí. Voy a decirle que lo nuestro se ha enfriado, al menos para mí, y que lo dejemos. No quiero que siga esperando algo que no va a llegar. Espero no hacerle daño.

—Supongo que al no tener muchas noticias tuyas se lo habrá imaginado. Porque no la llamas, ¿verdad?

—Solo una vez al principio de mudarme.

—Es por Martina.

—Sí. Me estoy enamorando de ella.

—No esperes que me sorprenda; ya sabía que iba a suceder.

—¿Eres adivino? Porque ni siquiera yo lo sabía la última vez que nos vimos.

—No, pero te conozco y nunca demostraste por Alma ni la mitad del entusiasmo con que hablas de ella. Ya el colmo fue que postergaras tus días libres. Cuando me lo comentaste, me dije: hasta las trancas y sin remisión. Supongo que eres correspondido.

—No lo sé.

—¿Que no lo sabes? Macho, te dijo que te comería… ¿Qué más pruebas quieres?

—No es tan sencillo. Aquello fue algo que hizo para coger confianza en sí misma, para demostrarse que era capaz.

—¿Capaz de comerse a un tío? Juanjo, si te lo dijo es por algo.

—Le he pedido que me lo repita de nuevo y se ha negado.

—A lo mejor espera que te la comas tú, directamente. Hazlo y ya verás como no me equivoco.

—La he invitado a ir al cine mañana. Y me las he arreglado para que almuerce en mi mesa todos los días.

—¿Y ha aceptado?

—Sí, ha aceptado.

—Blanco y en botella. No hay más ciego que el que no quiere ver, pero, a lo mejor, eres tú el que no quiere dar ningún paso. ¿Es por su carácter extraño? ¿O te asustan las relaciones?

—Es por Alma; siento que le debo algo. Además, Martina sabe que hay una mujer en Toledo.

—Pero a partir de esta tarde ya no la habrá.

—No, a partir de hoy seré un hombre libre por completo, sin nada que me ate a nadie.

—Pues actúa en consecuencia. Las mujeres no tienen mucha paciencia a la hora de esperar en temas amorosos.

—Martina, sí. No voy a precipitarme con ella.

Asier lanzó una carcajada y tomó un trago de su vaso.

—Claro, Martina es perfecta.

—No te burles, no lo es, pero me gustan hasta sus imperfecciones. Son esas las que me hicieron fijarme en ella.

—Supongo que ni siquiera la has besado.

—No. Solo le he cogido las manos.

—¡Las manitas, como los adolescentes! Juanjo, tienes treinta y dos años… cógele algo más, es un consejo de adulto. Aprovecha el cine.

—Ya veré lo que hago mañana. Hoy toca cortar con Alma.

—¿Otra copa para animarte?

—No, tampoco quiero ir borracho. Mejor una partida para matar el tiempo hasta que vaya a buscarla a las siete, a la salida del trabajo.

—Eso está hecho. Pero intuyo que hoy no estás muy en forma y te voy a dar una paliza.

—Da igual. Estar aquí contigo es lo que necesito en este momento. Ya seré competitivo otro día.

Se sumergieron en una partida, en la que Juanjo, como había vaticinado su amigo, no estuvo a la altura. No le importó, solo era un compás de espera para lo que tenía que hacer por la tarde.

***

A las siete, cuando Alma salió de la tienda, Juanjo la esperaba ya desde hacía un cuarto de hora. La chica se mostró muy sorprendida al verlo.

—¡Qué sorpresa! —dijo acercándose, pero sin siquiera besarlo a modo de saludo como otras veces—. No me has avisado de que venías.

—No. No estoy aquí para pasar el fin de semana.

—¿Entonces?

—He venido a hablar contigo.

—Entiendo.

—¿Qué entiendes? —preguntó a la defensiva.

—Vamos a sentarnos a tomar algo. Si tenemos que hablar y el asunto es tan importante como para que vengas desde Madrid, mejor hacerlo con calma, ¿no te parece? Aquí de pie es un poco raro.

—Por supuesto. ¿Dónde vamos?

—En la zona de servicios del centro comercial encontraremos

algún sitio donde sentarnos.

Echaron a andar uno junto al otro. La incomodidad era patente entre ambos, una incomodidad que no habían sentido antes.

Entraron en un Burger King medio vacío a aquellas horas y escogieron una mesa.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó Juanjo

—Cualquier cosa, un refresco mismo.

Juanjo pidió dos refrescos de cola y los depositó sobre la mesa. Se sentó frente a

Alma y la miró a los ojos tratando de dilucidar si adivinaba el motivo de su visita. Ella aceptó la mirada sin pestañear.

—Suéltalo ya —dijo con una media sonrisa.

—Sabes a qué he venido, ¿verdad?

—Por supuesto, y si tenía alguna duda tu actitud me lo confirma. A decirme que no volveremos a vernos.

Él asintió.

—Lo siento. No he conseguido que lo nuestro avanzara como deseaba, al menos para mí. Lo que empezamos antes de que me fuera se ha enfriado y no consigo reavivarlo. Tal vez si no me hubiera ido de Toledo, todo hubiera sido diferente, pero…

—Lo sé. A mí me ha pasado algo parecido.

Juanjo respiró aliviado. Si el desencanto era mutuo no le haría daño al cortar la relación.

—Sé que debería haberte llamado para mantener un contacto fluido, pero llego a casa muy cansado. El hotel de Madrid es mucho más grande, y el trabajo, más agotador que el de aquí.

No era más que una excusa y los dos lo sabían.

—Tampoco lo he hecho yo. Al principio porque no sabía tus turnos y luego… debo confesarte que no sentía la necesidad de hacerlo.

—Creo que estamos en la misma situación y no tenemos nada que reprocharnos uno al otro.

—Por supuesto que no. Comprendí que lo nuestro no tenía ningún futuro cuando viniste la última vez. La química o el interés que pudo haber al principio había desaparecido. No quise ser la mala de la película y preferí esperar hasta un nuevo encuentro, y hoy, al verte aparecer de improviso, he sabido que sería el último. Y no puedo sentirme más aliviada.

—He pensado todo el tiempo que el malo de la película era yo.

—No hay malos ni buenos. En los sentimientos no se manda, y los nuestros no han seguido el camino que esperábamos. Tal vez lo hubieran hecho de no haberte ido, o tal vez no.

—Entonces… ¿amigos?

—Eso siempre.

La sonrisa franca de la chica le demostró que no estaba dolida ni enfadada, sino tan aliviada como él.

—Cuando vuelva a Toledo podemos quedar para tomar algo, como simples amigos.

—Sabes que eso no sucederá, Juanjo.

—¿Por qué no?

—Porque no estoy segura de que vuelvas. Creo que tu sitio está en Madrid.

Era una posibilidad que no se había planteado. No quería quedarse en Madrid.

—Mi puesto allí es una sustitución, más tarde o más temprano el jefe de sala del Imperial se incorporará y yo regresaré.

—Pues, si lo haces, me tomaré algo contigo encantada. Ahora, si no te importa, debo marcharme. No había previsto entretenerme a la salida y tengo cosas que hacer.

—Yo también. Cenaré con Asier y luego regresaré a Madrid;

mañana madrugo.

Se despidieron con un abrazo fraternal y se separaron. Juanjo se sentía ligero y alegre. No se había percatado de lo mucho que le había hecho sentir culpable su relación con Alma y la posibilidad de hacerle daño.

Llamó a Asier para citarlo en un restaurante y cenar juntos antes de emprender el regreso a Madrid. No lo tenía previsto, pero necesitaba hablar con su amigo, porque Alma había mencionado una posibilidad que no había contemplado, y se sentía abrumado otra vez. En esta ocasión por Martina.

Se encontraron en uno de sus locales favoritos y al instante Asier preguntó por lo sucedido.

—¿Cómo ha ido todo?

—Bien. Ya se imaginaba lo que iba a decirle. Tampoco ella veía futuro en lo nuestro.

—En ese caso, todo estupendo, ¿no?

—Sí.

—¿Pero? Porque, a juzgar por tu cara y por esta cena, hay un pero.

Juanjo tomó un largo trago del agua que había pedido como si con ello quisiera aclararse las ideas.

—El pero es Martina.

—Yo creía que librarte de Alma te daba vía libre para intentarlo con tu camarera. O eso me dijiste antes.

—Eso creía yo también hasta hace un rato. Pero Alma me ha dicho algo que me obliga a replanteármelo todo.

—¿Qué te ha dicho?

—Que no cree que vuelva a Toledo, pero yo no quiero quedarme en Madrid, no me gusta vivir en la ciudad ni el personal del Imperial que tengo a mi cargo. Tal vez podría pedir que mi traslado sea

definitivo, pero mi vida está aquí. Cuando Sixto regrese yo también lo haré.

—¿Y?

—No puedo hacerle a Martina lo mismo que a Alma. Ella no es tan fuerte y sería un cabrón si intentara seducirla, enamorarla, para luego irme y dejarla tirada.

—Toledo está a una hora en coche de Madrid.

—Aun así, las relaciones a distancia no funcionan. Ya ves lo que ha sucedido con Alma.

—¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé. Por eso necesitaba hablar contigo otra vez en lugar de haber emprendido ya la vuelta.

—¿Quieres mi consejo?

—No exactamente. Pero comentar un problema contigo siempre me hace verlo con más claridad.

—¿Y qué ves ahora?

—Que no puedo empezar una relación con Martina, en el supuesto caso de que ella sienta por mí algo más que agradecimiento.

—Pues pon distancia. Busca una excusa para no ir al cine mañana y trátala como hasta ahora, como a una empleada más. Seguro que se te pasa el enamoramiento, ya sabes que es una cuestión química y, si no se potencia, acaba por desaparecer.

—Tampoco quiero hacer eso. No puedo dejarla ahora que ha empezado a confiar en ella misma, a perder la timidez. Le prometí que cuando regresara a Toledo sería capaz de enfrentarse al mundo y a sus compañeros sin ayuda.

—Pues lo tienes complicado, macho.

—Solo hay una forma: seguir siendo su amigo, solo eso, hasta que tenga que regresar. Seguir alentando su autoestima, su

confianza. Martina no solo necesita una pareja, sino también amigos. Vive y sale con su hermana y su cuñado, necesita ampliar su círculo.

—O sea, que mantienes el cine mañana.

—Por supuesto.

Llevaba deseando esa salida muchos días y no renunciaría a ella. Tampoco decepcionaría a Martina anulándola, ella parecía tan ilusionada como él.

—Pues te espera un buen dolor de huevos. Más de uno, si solo quieres ser su amigo.

—Lo soportaré.

—¿Y cómo piensas hacer que no se enamore de ti y no espere algo más? Yo no tengo dudas de que le interesas. Ya sabes, ñam ñam…

—Ella es consciente de que mi estancia en Madrid es temporal y de que existe Alma. No le diré que he cortado con ella, así no se hará ilusiones. Y, si hay algún sentimiento de su parte hacia mí, acabará por morir si yo no lo aliento.

—Bueno, si lo tienes tan claro…

Él no lo tenía en absoluto, pero se abstuvo de decirlo.

—Clarísimo.

—Pues te auguro una buena temporada de pajas y duchas frías.

—Lo asumiré. Todo sea por ayudarla.

«Voy a tener que buscar otro compañero de piso; tú no vuelves a Toledo».

—¿Qué harás si un día ella se te lanza encima para comerte? ¿La rechazarás, aun a riesgo de mermar su autoestima?

—Eso no sucederá; es muy tímida. Yo me mentalizaré para ser solo su amigo, un hombro en el que apoyarse.

—Don Quijote de Toledo. Pero recuerda que no eran gigantes, sino molinos. Las cosas no son lo que uno desea, sino lo que son.

—Tú no la conoces.

—Tal vez haga un viajecito a Madrid para que me la presentes.

—Eso estaría genial. Ahora terminemos de cenar, que debo regresar. Mañana madrugo.

—Y yo también.

Media hora más tarde Juanjo emprendió la vuelta a Madrid. No le gustaba conducir de noche, y menos solo. Por suerte, la semana siguiente iría acompañado de Martina.

La decisión tomada era muy diferente a la que tenía en la cabeza cuando bajó a Toledo aquella mañana. Pensaba decirle a Martina que ya no lo esperaba nadie en Toledo, pero era mejor así para los dos. Se había lanzado a fantasear sin pensar en que no se quedaría en Madrid, sino que regresaría a su vida anterior cuando su periodo de traslado terminara, y la distancia enfriaría lo que sentía por ella, como había sucedido con Alma. Para entonces Martina ya sería una mujer fuerte y capaz de gestionar su vida y su trato con los demás. Para ello su relación debía seguir siendo amistosa, sin besos y sin caricias.

Le iba a costar, porque ya se había sentido tentado de besarla en el coche un par de veces, pero tendría que contenerse. Ella no se merecía que la alentara y después la dejara, como aquel capullo de su pueblo.

Trataría de convencerla de que buscara amistades en alguna página de contactos, seguro que el hecho de no tener a su interlocutor enfrente la ayudaría a vencer su timidez. Lo que ya no quería era pensar en cómo se sentiría él viéndola interactuar con otros hombres.

Lo apartó de su mente, centrándose en la carretera y en la cita que tendrían al día siguiente.

Capítulo 19

Juanjo apenas durmió unas horas aquella noche, y no solo porque se acostó tarde y se levantó temprano, sino porque no cesaba de dar vueltas a su relación con Martina. Sentía que había tomado la decisión correcta, aunque sus sentimientos y su cuerpo le dijeran lo contrario. Le gustaría tanto ser el hombre que despertara sus sentidos, el que le enseñara lo que era el deseo y la forma de satisfacerlo, que le dolía la idea de no ser quien lo hiciera.

Con otra mujer no se lo pensaría, mantendría una aventura tan duradera como su estancia en el hotel, pero Martina era muy vulnerable y no sería el segundo hombre de su vida que la dejara tirada. No iba a hacerle daño. Tendría que dejar que fuera otro quien la despertara al amor y al sexo. Más adelante, cuando ya se hubiera ido. Cuando ella hubiera recuperado la autoestima.

Llegó al hotel cansado, pero se animó en cuanto vio a Martina, que ya se había cambiado y esperaba junto a la puerta del comedor para empezar su trabajo. No le dijo nada, esperaría a compartir con ella la mesa del almuerzo para concretar la cita de aquella tarde.

La sola presencia de la camarera le hizo olvidar sus diatribas y centrarse en el trabajo. Estuvo pendiente de que nadie la molestara, pero todos parecían haber comprendido que su regañina del día

anterior iba en serio y la mañana transcurrió con normalidad.

A la hora del almuerzo Martina iba dispuesta a ocupar la mesa que utilizaba siempre, pero Juanjo se lo impidió. En voz alta para que todos lo oyeran le sugirió:

—Martina, creo que habíamos decidido que en adelante comerías en mi mesa. Aunque, si prefieres esa otra, yo me traslado sin problema.

Sin decir nada, ella cambió de dirección y se sentó junto a él.

—¿Voy a tener que repetírtelo cada día? —preguntó—. Espero que no.

—No, ya he comprendido que hablabas en serio.

—Muy en serio.

Apenas comenzaron a comer, Juanjo pregunto:

—¿Le has echado un vistazo a la cartelera? ¿Hay alguna película qué te atraiga?

—Creí que ibas a hacerlo tú. A mí me da igual mientras no sea del espacio, ya te lo dije.

—Ayer no dispuse de mucho tiempo, tuve una tarde bastante ocupada.

Martina sintió deseos de preguntar qué lo había tenido tan atareado como para no poder ver la cartelera, cuando era el que había insistido en que fueran al cine.

—Puedo echar un vistazo mientras voy en el tren.

—No te preocupes, lo hago yo esta tarde. ¿A qué hora te viene bien que te recoja?

—Suelo llegar a casa sobre las cuatro y algo; el tiempo de ducharme y arreglarme un poco. Pero no me gustaría entrar en una sesión muy tardía porque ya sabes que mañana debemos madrugar.

—¿Te parece si te recojo a las seis? ¿O tal vez necesitas más tiempo para arreglarte?

—Será más que suficiente, no hay mucho que pueda hacer para mejorar mi aspecto.

Juanjo se puso muy serio y dijo con voz grave:

—Estoy de acuerdo contigo solo en parte, no necesitas mucho tiempo para acicalarte, porque estás perfecta tal como eres.

—No me digas esas cosas porque puedo acabar por creérmelas —comentó mirando a su alrededor por si los demás habían escuchado las palabras masculinas.

—Créetelas, nunca miento cuando hablo del aspecto de una mujer, y menos si es a ella misma.

—¿Ni siquiera para halagarla?

—No necesitas que te halaguen, solo que te hagan comprender lo mucho que vales, tanto como persona como en lo físico.

—Estás tratando de que te diga de nuevo algún piropo, ¿no? —preguntó en voz muy baja para que nadie más pudiera oírlos.

—A nadie le amarga un dulce, pero no estás obligada.

—De acuerdo. Hoy tus ojos brillan de forma especial, como si estuvieras muy contento o tuvieras algo qué celebrar.

Era lo primero que había pensado al verlo aquella mañana, que tenía una mirada más intensa de lo habitual.

—Las dos cosas. Hace mucho que no voy al cine acompañado de alguien. Mi amigo Asier, con el que comparto piso en Toledo, odia el cine. Lo de esta tarde es para mí algo muy especial.

—Espero que la compañía no defraude tus expectativas.

—Te aseguro que no lo hará. Entonces ¿de acuerdo? ¿Te recojo en la puerta de tu casa sobre las seis?

—Perfecto. Dame un toque al móvil si llegas antes.

—En cuanto los tenga te sugeriré algunos títulos para que decidas qué veremos.

—Bien.

El resto de la comida transcurrió comentando películas que habían visto en el pasado y a ambos les había gustado. Descubrieron que no les resultaría difícil encontrar algo que les agradara a los dos aquella tarde porque tenían gustos muy parecidos.

***

Se encontraron en el portal de Martina unos minutos antes de la hora fijada. Ella se había dejado aconsejar por Sofía y había elegido una falda corta a pesar del frío. Tenía unas piernas bonitas, lo que más le gustaba de su cuerpo, pero siempre las llevaba cubiertas por pantalones a causa de las bajas temperaturas.

Él vestía un pantalón negro y un jersey de un tono verde oscuro que realzaba el tono de sus ojos. Se quedaron mirando uno al otro en medio de la calle, como si no se hubieran visto nunca.

—Estás muy guapa.

—Tú también.

Le salió sin pensar, tal como las frases que le había dicho en el hotel cuando se creía invisible.

—Ese es el tipo de piropo que quiero que me digas, espontaneo y no poque yo te lo pida.

—Trataré de no callarme mis pensamientos, pero no te prometo nada.

Subieron al coche, aunque no se moverían de Fuenlabrada. Habían encontrado una buena oferta de películas sin salir de la localidad. Al día siguiente los dos entraban de turno de mañana y no querían acostarse muy tarde.

En cuanto Martina se acomodó en el asiento del pasajero, el bajo de la fala subió unos centímetros y Juanjo no pudo evitar que sus

ojos se deslizaran hacia las piernas. Y lamentó, por primera vez aquel día, la decisión de mantenerse como un simple amigo.

Ella se percató de su mirada y la primera impresión fue la de tirar de la falda, pero se contuvo. No quería parecer una mojigata, no aquella tarde.

Cuando llegaron al cine escogieron de mutuo acuerdo una película de detectives. Compraron un enorme paquete de palomitas para compartir y se acomodaron en sus butacas.

La falda de Martina volvió a subir y la mirada de Juanjo a posarse sobre las piernas cubiertas por las medias. Y en el jersey que se ajustaba a sus pechos pequeños y firmes, y a su mente acudieron las palabras de Asier de que le cogiera algo más que las manos. Para evitar la tentación de tocarla metió la suya en las palomitas y cogió un buen puñado. El aroma del aperitivo no ocultaba el ligero perfume a flores que emanaba de su acompañante.

Alzó la mirada de los pechos al rostro femenino y respiró hondo. Martina estaba resplandeciente, alegre y con la ilusión pintada en su cara. Estaba preciosa. Esperaba que la emisión de la película lo distrajera de los otros pensamientos que lo asediaban. Que la trama fuera tan interesante que le hiciera olvidar la cercanía de la mujer y de lo que tal vez ella esperaba de aquella cita.

Por fin las luces se apagaron y la película comenzó.

En la oscuridad las manos de ambos se dirigían al cartón de palomitas y los dedos se rozaban sin pretenderlo. Ninguno de los dos hacía nada por separarlos con rapidez, sino que se recreaban durante unos largos segundos en el contacto antes de llevar el aperitivo a la boca, para volver a introducirlos de nuevo a buscar más.

La película secuenciaba imágenes y diálogos, desvelaba pistas y

la trama avanzaba paso a paso sin que ninguno de los dos fuera muy consciente de ello. La presencia el otro muy cerca acaparaba toda la atención.

Los muslos de Martina, cada vez más expuestos a medida que la chica se movía en el asiento, mantenían los ojos de Juanjo apartados de la pantalla, y la duda de si ella esperaba algo de él ocupaba su mente mucho más que las pistas que el detective iba descubriendo.

Cada vez que la miraba a la cara veía su rostro y sus ojos girados hacia la pantalla, pero la respiración acelerada y la boca ligeramente abierta le hacían dudar de que ella estuviera tan inmersa en el film como parecía.

En uno de los roces de dedos dentro de la caja de palomitas, cuando ya no quedaba nada por coger, atrapó una de sus manos y no la soltó cuando la caja cayó, vacía, sobre su regazo. Se sentía incapaz de hacerlo. La mantuvo retenida entre los cuerpos de ambos.

«Solo es una mano», se dijo. No era la primera vez que sus manos se unían, no tenía por qué implicar nada más. No le había cogido «ninguna otra cosa», como le había aconsejado Asier, por mucho que lo deseara.

La respiración de Martina se hizo más acelerada todavía. Y la de él más caótica. Si la película duraba mucho no estaba seguro de poder aguantar, sobre todo si ella no le ponía algún límite, lo que no parecía que fuera a suceder. También aferraba su mano con firmeza.

Por fortuna, la trama empezó a avanzar muy deprisa y, cuando estaba a punto de claudicar y girar la cabeza para besarla, los créditos finales inundaron la pantalla y la sala se llenó de luz.

Respiró a la vez aliviado y decepcionado. Martina retiró la mano y Juanjo se inclinó a recoger la caja vacía de palomitas, que había

caído al suelo.

—Muy interesante la película, ¿verdad? —comentó ella.

—Sí, mucho.

No tenía ni idea de la trama, solo que había habido una serie de robos que un detective debía investigar. No había podido concentrarse más que en ella, en su cuerpo tan cercano, en sus muslos perfectos y en la mano que retenía.

—¿Tú has adivinado quién era el culpable? —preguntó Martina.

Ninguna alusión a las manos unidas durante un buen rato.

—¡Qué va! Soy muy torpe para esas cosas. Me dejo sorprender por el final, sea el que sea. ¿Y tú? —preguntó mientras se levantaban para abandonar la sala.

—Lo sospechaba desde que la hermana hizo alusión a lo aficionados que eran sus padres a las antigüedades.

¿Eran hermanos? Ni siquiera se había percatado de ese detalle, solo que al ladrón lo ayudaba una chica.

—No, no le di importancia a ese comentario.

Debía cambiar de conversación si no quería delatarse. Antes de dirigirse al coche, preguntó:

—¿Qué hacemos ahora? —No tenía ninguna gana de separarse de Mattina. Una vez superado el peligro de la penumbra del cine, le apetecía seguir juntos un rato más—. ¿Quieres que te lleve a casa o vamos a tomar algo?

—Hemos comido muchas palomitas, pero tengo sed y cenaría algo ligero. Si quieres.

—Por mí encantado.

Sin salir del centro comercial se dirigieron a la zona de restauración. Apenas veinticuatro horas antes había hecho algo parecido, pero no había punto de comparación. Ahora no iba a cumplir con un deber desagradable, sino a prolongar una velada que

estaba disfrutando mucho, a pesar de todo.

Se sentaron en un bar en el que pidieron unas raciones para compartir, como la primera vez que se vieron fuera del hotel. Había pasado poco tiempo, pero muchos acontecimientos desde aquel día.

—Espero que no te haya molestado que te cogiera la mano —trató de explicar Juanjo, al ver que ella no mencionaba el asunto. Como mínimo debía haberle extrañado—. Es la costumbre. No me he dado cuenta de que lo hacía.

—Sueles cogérsela a Alma, claro —murmuró Martina, decepcionada—. Creía que a ella no le gustaba el cine y solías ir solo.

—Alguna vez he conseguido que me acompañe.

—Supongo que la echarás mucho de menos. Lamento que por mi culpa no puedas verla cuando tienes días libres.

—Ayer estuve en Toledo —confesó. No mentía, solo no estaba diciendo toda la verdad, pero necesitaba que Martina siguiera creyendo que todavía estaban juntos, para que no se hiciera ilusiones respecto a él y a una posible permanencia en Madrid.

—Y os visteis, claro.

—Sí; solo un rato, pues salí después el trabajo y regresé por la noche.

Martina bebió un largo trago de su cerveza. De modo que era eso lo que lo había tenido ocupado la tarde anterior, impidiéndole mirar la cartelera: había ido a ver a su novia. Se había hecho ilusiones como una tonta, sobre todo después de que le tomara la mano. Imaginó que tal vez la besaría, pero no había sido así. Le había cogido la mano como a la chica que lo esperaba en Toledo, a la que con toda seguridad habría besado, y quién sabía qué más, el día anterior.

Que él apenas hablara de ella no significaba que hubiera dejado

de existir y, aunque le había dicho en alguna ocasión que solo se estaban conociendo y no tenían ninguna relación seria, no había impedido que condujera muchos kilómetros para verla unas horas.

Sonrió para ocultar la decepción que sentía y comió con rapidez. Deseaba cuanto antes estar en su casa para no seguir fingiendo, para esconderse de aquella sonrisa y aquella mirada que parecía querer llegar al fondo de su mente. No se lo permitiría, se cubriría con su armadura de invisibilidad para que nunca llegara a descubrir lo que sentía por él, porque ya no tenía duda de que se había enamorado de su jefe, de su sonrisa luminosa y de sus ojos verdes, que no se posarían en ella con deseo ni con amor, solo con amistad.

—¿Pedimos algo más? —preguntó él al terminar las raciones.

—Por mí, no.

—¿Ni siquiera postre?

—No. Ya es hora de irnos a casa. Mañana todavía estamos en turno de mañana y toca madrugar.

—Puedo pasar a recogerte para que duermas un poco más.

—No te preocupes, tú también estarás cansado si fuiste a Toledo ayer. Iré en tren.

—Como quieras.

Poco después la dejaba en la puerta de su casa. A Juanjo no le pasó desapercibido que Martina se había replegado en sí misma después de saber que había visto a Alma el día anterior. Le pesó su actitud, pero era lo mejor, cortar cualquier tipo de ilusión o esperanza antes de que fuera a más.

Capítulo 20

Martina se había mentalizado de que las amabilidades y atenciones de Juanjo se debían a que se sentía solo en Madrid, y tal vez a un sentido de la justicia por lo que pasaba dentro del hotel. En el cine no había pasado nada de lo que Sofía había sugerido y su corazón deseado en secreto.

Se había enamorado de su jefe y eso no podía evitarlo, pero lo que sí podía evitar era hacerse ilusiones respecto a algún tipo de relación entre ambos. No obstante, disfrutaba de su compañía en los almuerzos y del trayecto hasta Fuenlabrada la semana de turno de noche. Él se comportaba como un simple amigo, más que como un jefe. El resto de sus compañeros la miraban con más desagrado que antes, porque intuían que Juanjo la trataba de forma diferente a los demás, a pesar de sus intentos de disimulo, pero no le importaba. Le bastaba con su mirada atenta y vigilante para que cualquier desprecio resbalara sobre su piel como si fuera la lluvia del verano, sin dejar huella.

Solo rogaba porque su estancia como jefe de sala se prolongara mucho, porque entre los camareros corrían rumores contradictorios sobre el regreso de Sixto: algunos afirmaban que su ausencia sería definitiva y otros que estaba pronto a reincorporarse al trabajo.

Cualquiera de los dos casos significaría la marcha de Juanjo, porque si Sixto no regresaba deberían contratar a otro en su puesto. Esperaba que no se tratara de Michel, porque este era el más osado en sus desprecios y le haría la vida imposible. Sin Juanjo y con Michel como jefe sí tendría que buscar otro trabajo.

El camarero no perdía ocasión en demostrarle su animadversión, en soltarle alguna palabra desagradable cuando Juanjo no estaba vigilante. Ella fingía no haberlo oído y no le decía nada a su jefe. Él debía creer que sus problemas con sus compañeros habían terminado cuando regresara a su puesto en Toledo, y a aquella chica que no había vuelto a mencionar, pero que intuía que iba a ver algunas tardes. A fin de cuentas, Toledo estaba a poco más de una hora en coche, una minucia para un corazón enamorado.

Aquel día entraban de turno de tarde y una noche más Juanjo la acompañaría a casa. Se sentía un poco aturdida, un intenso dolor de cabeza la aquejaba desde que se levantó, y el fuerte analgésico que había tomado antes de llegar al trabajo no solo no le había calmado el malestar, sino que la mantenía en un estado de somnolencia contra el que luchaba para llevar a cabo su trabajo. Había padecido migrañas años atrás y solo conseguía aliviarlas con aquel calmante que parecía hecho para caballos, pues solía dejarla aturdida durante horas. Pero se lo tomó porque la intensidad del dolor le hizo comprender que no mejoraría con otra cosa.

Sabía que si se lo decía a Juanjo este la obligaría a marcharse a casa, pero no quería suscitar más comentarios sobre tratos de favor, ya circulaban bastantes del hecho de que se sentaran a comer a la misma mesa y la evidente defensa de su jefe ante sus actos.

—¿Que te pasa hoy? —le preguntó Michel en un momento en que se cruzaron. Estás más atontada que nunca.

Ignoró el comentario y siguió adelante. Era cierto que caminaba

con más parsimonia, midiendo los pasos y poniendo un cuidado extremo al transportar y colocar los servicios sobre las mesas. No quería generar ningún contratiempo ni ninguna queja por parte de los clientes.

A Juanjo no le pasó desapercibido el estado de Martina. La veía llevar a cabo sus tareas de forma lenta y su rostro mostraba una intensa palidez. También se percató de que Michel le dijo algo que parecía desagradable, a juzgar por cómo la chica se había apartado de él. Estaba deseando que llegara la hora de compartir mesa para preguntarle, aunque cuando trataba de averiguar cómo iba su relación con los compañeros últimamente ella respondía que todo estaba mejor, que ya no la molestaban.

Observaba cómo los camareros preparaban las mesas para la cena de los huéspedes, que tendría lugar después de la del personal. Dio un vistazo general al comedor y se giró justo para ver que Michel derramaba a propósito una jarra de agua delante de Martina, que iba detrás cargada con una bandeja de vasos. La chica resbaló y cayó al suelo entre un gran estrépito de cristal, mientras el causante se alejaba a toda prisa.

Juanjo se acercó corriendo, muy preocupado, y la asió por debajo de los brazos para ayudarla a levantarse.

—¿Estás bien?

—Un poco mareada.

Su mano derecha goteaba sangre. La cogió para ver el alcance del daño recibido. Un largo trozo de cristal aún permanecía clavado en la palma. Lo sacó y apretó una servilleta que había en una mesa cercana sobre la herida, que comenzó a sangrar con más profusión, para contener la hemorragia.

Varios camareros se habían acercado y Juanjo se dirigió a Fidel.

—Ocupa mi puesto, yo voy a llevarla a que la atiendan. Es muy

posible que la herida necesite puntos.

La agarró del brazo y la condujo a la salida y hacia su coche.

—Mantén apretada la servilleta, en seguida llegamos al hospital.

—No tenía que haber venido a trabajar, no me encuentro muy bien hoy. Tengo una terrible migraña. He resbalado de la forma más tonta.

Juanjo apretó los labios para no decirle que su caída no había sido accidental, sino que un cabrón la había provocado adrede.

—Cuando te sientas mal, me llamas, que yo te doy el día libre. Es un derecho de cualquier trabajador el de ponerse enfermo. Y desde que estoy aquí no has faltado ni un solo día.

—Gracias.

En el hospital les atendieron en seguida. Juanjo insistió en entrar con ella a la sala de curas y pudo comprobar que la herida era considerable, larga y profunda, y tuvieron que ponerle bastantes puntos de sutura.

Martina lo aguantó con los labios apretados y sin proferir una sola queja. Salieron del hospital con unas recetas para un antibiótico y varios medicamentos más. Tendría que acudir al centro de salud de forma periódica para que le realizaran las curas pertinentes, y estaría de baja laboral mientras la herida no cicatrizara de forma total.

—¿Te duele mucho?

—¿Tú qué crees? Aunque me han puesto anestesia local, tengo un buen tajo. Y la cabeza me está matando. No sé cuál de las dos cosas es peor.

—También te han inyectado algo para la migraña: un analgésico y un relajante —comentó Juanjo mientras enfilaba el camino hacia Fuenlabrada—. Se te aliviará pronto, seguro. Métete en la cama en cuanto llegues.

—Sofía se preocupará si lo hago. No suelo acostarme a media tarde, aunque no me encuentre bien.

Juanjo soltó el volante por un momento y le cogió la mano sana. No la tocaba desde el día del cine y Martina sintió la calidez y el cariño del gesto. ¡Ojalá no se debiera solo a que hubiese sufrido un accidente!

—Por una vez en la vida piensa en Martina, no en los demás. Tu hermana se va a preocupar de todas formas y acostarte te ayudará a aliviar el dolor.

Ella no respondió. El trayecto hacia su casa lo hizo con la cabeza recostada en el asiento y los ojos cerrados. El calmante inyectado poco a poco iba haciendo efecto, lo que la relajó y aumentó el estado de somnolencia.

Encontraron aparcamiento a pocos metros del portal. Juanjo bajó para abrirle la portezuela y la ayudó a descender. Después, rodeándole la cintura con un brazo, la condujo hasta la puerta.

—Puedo andar —afirmó Martina, pero no protestó cuando él no la soltó.

Localizaron las llaves en el bolso y subieron en el ascensor.

—¿Vas a llevarme hasta el piso?

—Hasta la cama, si no hay nadie que te ayude.

—Sofía estará en casa, si no ha salido a comprar. Pero llamemos al timbre por si está ligera de ropa. Cuando está sola se suele poner cómoda.

Cuando la puerta se abrió, la cara asustada de la mujer pasó de la mano vendada de Martina hasta el brazo que la seguía sosteniendo.

—¡Martina! ¿Qué te ha pasado? —preguntó franqueándoles la entrada.

—Un pequeño accidente.

—¿Pequeño? ¡Si no te sostienes de pie!

—Se ha caído en el trabajo cuando llevaba una bandeja de vasos —explicó Juanjo—. Se ha cortado y han tenido que darle puntos. La inestabilidad se debe a que le han suministrado un fuerte calmante para una migraña que lleva arrastrando toda la jornada.

—Usted es Juanjo, ¿verdad? Su jefe.

—En el trabajo, su jefe. Fuera, su amigo, y por favor, no me hable de usted. Ni siquiera mis empleados lo hacen.

—Él me ha llevado al hospital —aclaró Martina, dejándose caer en el sofá con pesadez.

—Gracias.

—No hay de qué. Martina es mi responsabilidad como empleada y además una buena amiga, como acabo de decir.

—Tengo el informe en el bolso —comentó la chica—, hay que comprar algunas medicinas. Un antibiótico que debo empezar a tomar esta noche.

—Puedo ir yo a buscarlas. ¿Hay alguna farmacia cerca? —se ofreció Juanjo.

—Bajaré yo —decidió Sofía—. ¿No te importa quedarte con ella unos minutos más? No quisiera dejarla sola.

—En absoluto.

Sofía se marchó y Juanjo se sentó en el sofá junto a Martina y volvió a cogerle la mano sana. Verla tan vulnerable le estaba afectando. Deseaba abrazarla, estrecharla contra su pecho y decirle… decirle muchas cosas que se había prohibido a sí mismo. Pero la principal era que vengaría ese accidente provocado.

—Lamento lo que te ha ocurrido. He sido descuidado, creía que todo se estaba arreglando con tus compañeros.

Ella no respondió. Los párpados se le cerraban por momentos, el analgésico y el relajante administrados le estaban dando un sueño

imposible de controlar.

La contempló como hacía días que no la miraba, con los sentimientos a flor de piel. Verla sangrando lo había alterado como pocas cosas en su vida.

Luchar contra sus sentimientos le estaba costando mucho, porque cada día tenía más claro que estaba enamorado y que no se conformaría con ser su amigo.

Después de lo sucedido aquella tarde tenía muy claro que no podía irse y dejarla a merced de sus compañeros, que se cebarían con ella en cuanto él no estuviera presente. A Michel solo le había bastado con que se hubiera distraído durante unos segundos para lastimarla.

Pero tampoco deseaba seguir en el Imperial, cada vez que miraba a la panda de hijos de puta y arpías que tenía bajo sus órdenes le daban nauseas.

Sin poder evitarlo, se llevó a los labios la mano que tenía asida y depositó en ella un beso suave. Los ojos de Martina se abrieron y le dedicó una sonrisa. Las ganas de besarla, besarla de verdad, eran abrumadoras, pero no quiso hacerlo estando ella en un estado tan vulnerable. Sin embargo, supo que lo haría, que no podría ser solo un amigo para ella. Que su cuerpo y sus sentimientos le reclamaban mucho más.

La soltó de inmediato cuando escuchó las llaves en la cerradura indicando que Sofía había regresado.

—Parece que se ha quedado dormida —comentó—. Es por efecto de lo que le han suministrado.

—La dejaré dormir un poco y, cuando llegue mi marido, que será en breve, la llevaremos a la cama. ¿Cómo se ha caído?

—Había agua en el suelo y no se ha dado cuenta. Los vasos que llevaba en la bandeja se han roto y ha posado la mano sobre uno de

ellos. Tiene un buen corte, pero no ha dañado tendones ni nada importante. Curará bien.

—No me dijo que tenía migraña esta mañana. Hace mucho que no las padecía, al menos que yo sepa.

—¿Hay algún motivo que las provoque?

—Estrés, tensión nerviosa, insomnio… Sé que tiene algunos problemas en el trabajo y que tú le estás echando una mano. Te lo agradezco mucho, Martina es una gran persona, pero no todos lo aprecian.

—Sé cómo es, no hace falta que me lo digas. Estos días de baja le vendrán bien para relajarse. Nos han dicho en el hospital que tiene que ir a curarse cada dos días al centro de salud.

—Espero que pueda ser por la tarde, porque no sé si me darán horas libres en el trabajo para acompañarla. No quisiera que fuese sola.

—Yo trabajo toda la semana de tarde, iré con ella encantado.

—Gracias, Juanjo.

—No me supone ningún esfuerzo, no tengo otra cosa que hacer. Y me gustará saber su evolución, puesto que ha sido un accidente laboral. Cuando despierte dile que pasaré a buscarla pasado mañana y que la llamaré antes para saber cómo está.

—¿No quieres tomar algo? ¿Un café? ¿Una cerveza? Perdona que no te haya ofrecido nada, pero me he puesto muy nerviosa al verla así.

—No, gracias. Tengo que regresar al hotel antes del cierre, dejé a alguien encargado de hacer mi trabajo y debo cerciorarme de que todo está en orden.

—No te entretengo, entonces.

Salió de la casa y subió al coche. Lo primero que hizo al llegar al hotel fue dar parte del accidente y notificar la baja de Martina. Y

presentar una amonestación sobre Michel como responsable del suceso de forma imprudente. No podía probar que lo hubiera hecho adrede, el comedor no tenía cámaras y sus compañeros lo protegerían, pero estaba seguro de lo que había visto, de cómo volcaba el contenido de la jarra de agua justo en el momento en que la chica pasaba. Y de la cara de satisfacción con que observaba cómo ella resbalaba y caía.

Sin duda le pondrían alguna amonestación, tal vez una suspensión de empleo y sueldo durante un par de días. Pero no se iba a librar con tan poco. No por su parte.

No se incorporó al trabajo, sino que esperó en el coche hasta que llegó la hora de salida. Durante ese periodo de tiempo su furia no hizo más que aumentar en vez de calmarse, recordando la mano lastimada de la chica.

Vio salir a las camareras y a continuación a los hombres.

—¡Michel! —lo llamó cuando se quedó solo, dirigiéndose hacia su coche. Y al volverse le estampó el puño en plena cara.

El camarero trastabilló y se enderezó, tocándose el labio que comenzaba a sangrar.

—¿Què haces? ¿Te has vuelto loco?

—Darte tu merecido, ya que el hotel solo va a amonestarte.

—¿Por qué? Si lo dices por lo de Martina, ha sido un accidente. Se me derramó la jarra de agua, no he podido evitarlo.

—Eso cuéntaselo a otro, yo vi cómo la volcabas a propósito. Y hasta aquí ha llegado mi paciencia. No pienso seguir tolerando ciertos comportamientos bajo mis órdenes.

Otro puñetazo le alcanzó la barbilla.

—¡No puedes pegarme! Eres mi jefe.

—Dentro del hotel, lo soy; pero ahora estamos en la calle y solo soy un hombre defendiendo a una mujer que ha sido agredida.

—Puesto que solo eres un hombre, te voy a denunciar por esto —amenazó tocándose la zona golpeada.

—Hazlo. Yo os denunciaré a ti y a todos tus compañeros por *mobbing* hacia Martina de forma reiterada. ¿Sabías que es un delito tipificado en el código penal y castigado hasta con seis meses de cárcel? Como mínimo supondría el despido para ti y tus compañeros.

—Es ella quien nos ha robado comida de los platos y le echó salsa a Maya en la silla.

—¿En serio? Yo no he visto nada y me encontraba en el comedor. Y sí soy testigo de que os habéis burlado de ella, que la habéis menospreciado e incluso habéis difundido rumores de que estaba loca, por un comportamiento que vosotros mismos habéis provocado. Eso no lo puedes negar, porque me lo has dicho a mí. De modo que da este asunto por zanjado con este par de puñetazos y advierte a tus compañeros que os estaré vigilando de cerca. Si a Martina le sucede cualquier cosa, por pequeña que sea y aunque no tengáis nada que ver, os haré responsables y acabaréis en la calle, si no en la cárcel.

Michel dio un paso atrás, con la mano sobre la boca.

—No te preocupes, tu «bonito rostro» no sufrirá daños permanentes con este percance. Porque te has resbalado en un «charco de agua» y te has dado con un bordillo en la boca, ¿verdad?

—Eso ha sido —admitió el camarero, reticente y a la vez temeroso de una nueva agresión.

—Bien; nos vemos mañana en el trabajo. Y ya sabes, ¡no me cabreéis!

Se marchó sintiéndose infinitamente mejor. No era un hombre violento, pero aquellos desalmados tal vez entendieran mejor este lenguaje que las amonestaciones. No pensaba permitir que siguieran atacando a Martina de ninguna forma.

Respecto a la chica, debía encontrar una solución para cuando él tuviera que marcharse. Tal vez un cambio de sección dentro del hotel o quizás un nuevo trabajo. No pensaba dejarla allí sola y sin la protección que su presencia pudiera ofrecerle.

Capítulo 21

Martina se despertó después de una intensa noche de sueño. En medio de una bruma provocada por los medicamentos le había parecido que Juanjo había cogido su mano y se la había besado, pero no estaba segura de que no se tratara solo de un deseo. Un deseo y una esperanza que llevaba días acunando en su corazón, pero que no terminaba de materializarse.

Físicamente se encontraba mejor, el dolor de cabeza había remitido y, aunque la mano seguía muy dolorida, no era insoportable.

Se levantó de la cama y, sin siquiera vestirse —pues le había prometido a su hermana no realizar ninguna tarea que pudiera afectar a la herida o provocar que los puntos se saltaran— se dirigió a la cocina donde le había dejado preparado todo para el desayuno. Calentó el café y comió una magdalena, sin prepararse las habituales tostadas con que solía comenzar la jornada. Pudo comprobar lo necesarias que eran las dos manos para cualquier tarea por sencilla que fuera.

Después se sentó en el sofá a ver la televisión tras meter en el lavavajillas la taza y la cucharilla con cuidado de no mojar el vendaje, algo que le habían recomendado en el hospital que evitara,

por lo que le esperaba una mañana bastante aburrida.

A las once, cuando ya había visto una película y se disponía a buscar otra entre la oferta de la plataforma de *streaming*, sonó el timbre de la puerta. No esperaba a nadie… ¿o tal vez sí? Porque a aquellas horas, salvo el cartero o algún repartidor, solo una persona podía acudir a su puerta. De forma maquinal se alisó el pelo y, consciente de que no estaba vestida para recibir visitas, aplicó el ojo a la mirilla. Una sonrisa le iluminó la cara y no le importó ni su indumentaria ni su aspecto general. Abrió. Juanjo estaba al otro lado del umbral con una bolsa de papel en la mano.

—Traigo el desayuno… —informó mostrándola—; por si todavía no has tomado nada.

—Pasa. Ya he desayunado, pero vuelvo a tener hambre. Una magdalena no calma mi apetito durante mucho tiempo.

—Chocolate con churros —dijo él entrando—. Sé que te gustan.

—Me encantan.

Depositó la bolsa en la mesa y se volvió a mirarla con ojos cálidos y preocupados.

—¿Cómo te encuentras? Tienes mejor cara que ayer.

—La mano duele un poco y es un fastidio no poder usarla. No me había dado cuenta de lo necesarias que son las dos para algunas tareas, pero ya la migraña ha desaparecido.

—Me alegro. ¿Tenéis una bandeja para poner todo esto?

—En la cocina. Estás en tu casa.

—¿Sofia no se molestará si entro en sus dominios?

—Se enfadará si voy yo. Me ha advertido que no haga nada, pero no es ninguna obsesa de su cocina. Está encantada de cederla a cualquiera que la reclame por un rato.

Juanjo volcó los dos recipientes de chocolate en sendas tazas y los churros en un plato que encontró en un armario.

—Odio comer y beber en envases de plástico. Luego lo dejo todo fregado, te lo prometo.

—No hace falta, hay lavavajillas.

Se sentaron a la mesa y Martina sumergió un churro en la taza. Levantó la mirada hacia Juanjo, que la observaba con una sonrisa. Los dos recordaron la primera vez que ella lo hizo en la cafetería, pero ninguno dijo nada de las ideas que el gesto suscitó aquella tarde.

Desayunaron con evidente placer. Como dos personas que están habituadas a comer juntas.

—Espero que no te haya molestado mi atrevimiento de presentarme aquí sin avisar. No sabía si ya estabas levantada.

—¿Molestarme trayendo chocolate y churros? ¿Tú qué crees?

Estaba disfrutando del segundo desayuno, pero mucho más de la compañía.

—Que no. Deseaba llamarte para preguntar cómo estabas, pero como sabía que me ibas a decir que bien, aunque no fuera cierto, he preferido comprobarlo en persona.

—Estaba un poco aburrida, la verdad. Pensaba pasar la mañana viendo películas, pero no me gusta verlas sola, sino comentarlas con alguien. En el cine eso no es posible, pero en casa Sofía y yo solemos hablar sin cesar de lo que ocurre en la pantalla.

—Si quieres podemos ver alguna antes de que me vaya. Y me encantará saber qué tipo de comentarios haces. Salvo que prefieras que me marche ya…

—A mí me encantará que te quedes. Buscamos alguna de miedo, de esas que nos gustan a los dos.

—Me parece perfecto. Pero primero dejaré la prueba de nuestro delito en el lavavajillas, para que Sofía no me reproche nada y me prohíba volver.

—¿Piensas volver?

—Mañana tienes que ir a curarte y le prometí a tu hermana que te acompañaría.

—Espero que no te haya puesto en un compromiso. Es muy protectora conmigo.

—Me ofrecí yo. De ninguna forma te hubiera dejado ir sola.

Se dirigió con la bandeja a la cocina y ella lo siguió. Juanjo colocó en el lavavajillas lo utilizado para el desayuno y se volvió a mirarla. Tenía un resto de chocolate en la comisura de los labios y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no limpiárselo con los suyos.

—Tienes chocolate en el labio —informó.

Martina alargó la mano sana y trató de limpiarlo, pero se dirigió al lado contrario.

—Ahí no…

Se acercó y deslizó el índice por la mancha rozando el labio con suavidad hasta dejarlo limpio. Después lo metió en su boca y lo chupó. Sabía diferente al chocolate que había tomado en la taza, conservaba el sabor de los labios de Martina y supo que era lo más delicioso que había comido nunca. Estaban muy cerca, casi se rozaban. Las miradas se encontraron; ella lo observaba expectante, mirando cómo paladeaba el dedo que segundos antes había rozado su boca, como si esperase algo más. No pudo seguir resistiéndose, inclinó la cabeza y la besó.

Ella no se apartó. Permaneció quieta mientras él lamía sus labios despacio, saboreándolos. Aún sabían a chocolate, pero sobre todo sabían a ella, a dulzura y a deseo. Al fin, presionó para que los abriera dándole acceso. La lengua se deslizó en el interior de la boca femenina acariciando cara rincón y buscando la de ella, que le salió al encuentro con torpeza. Se rozaron primero con cautela, con una caricia lenta, para volverse más apasionada a medida que seguían

besándose.

Martina emitía pequeños jadeos que él atrapaba en su boca. La respiración de ambos se volvió más rápida y los cuerpos buscaban el contacto, acercándose uno al otro, como si tuvieran voluntad propia. Los brazos de Juanjo la rodearon por la cintura y ella alzó sus manos hasta el cuello. Apoyó la palma herida en la nuca masculina y la retiró al instante con un latigazo de dolor. Él detuvo el beso, desprendió el abrazo y separó su boca.

La miró a los ojos con intensidad, buscando en la mirada femenina algún signo de reproche. No lo halló. Solo incredulidad y extrañeza. De nada servían sus buenas intenciones, deseaba a aquella mujer con todas sus fuerzas, y ese deseo iba mucho más allá de lo físico.

Martina carraspeó, apartando la mirada, los labios enrojecidos por la intensidad del beso y los ojos brillantes. Estaba preciosa.

—Te has hecho daño…

—No he calculado bien dónde ponía la mano. Pasará en seguida.

—Lo siento.

—No ha sido culpa tuya. —Sus ojos seguían evitándolo—. Creo que será mejor que veamos la película —sugirió.

Él la siguió, obediente, pero había tomado una decisión. Aquel beso, la respuesta de Martina le había hecho comprender que ya era tarde para los dos.

Se sentaron en el sofá manteniendo una cierta distancia y Martina empezó a buscar con el mando de la televisión alguna película para ver. Algo que la hiciera olvidar lo que acababan de vivir, pero Juanjo tomó su mano y se lo quitó, para depositarlo sobre la mesa.

—Creo que, más que ver nada, tenemos que hablar.

—¿Hablar de qué? Nos hemos besado. Eso no es gran cosa, ¿no?

—Depende de para quién. Hay personas que se besan como preludio de un acto sexual, sin darle importancia. Para muchos, un beso no significa nada, pero yo no soy de esos. Yo no beso a una mujer si no siento algo por ella.

El pulso de Martina se desbocó, corrió alocado por sus venas.

Juanjo alargó la mano y le agarró la barbilla, para que lo mirase.

—Yo llevo mucho tiempo deseando besarte, Martina. Y hoy no he podido resistirme.

—Pero tienes a Alma esperándote en Toledo. Yo tampoco soy de las que besan a los hombres de otra.

Juanjo sonrió, comprendiendo su reticencia. Negó con la cabeza.

—Ya no me espera nadie.

Los ojos de Martina se abrieron con estupor, incrédulos.

—¿No? ¿Desde cuándo?

—Desde el día antes a que fuéramos al cine. Me desplacé a Toledo para poner fin a lo poco que teníamos Alma y yo. Después de conocerte comprendí que nunca llegaríamos a nada, porque ella no me inspira ni la mitad de lo que siento estando cerca de ti.

—¿Y cómo se lo tomó?

—Eres increíble; siempre pensando en los demás antes que en ti misma. Se lo tomó bien. Ella estaba tan desencantada como yo. Ambos nos sentimos liberados. Pero lo que me importa es lo que sientes tú al respecto. Soy un hombre libre.

—No sé, Juanjo. Si el día del cine ya no estabas con Alma, ¿por qué ni siquiera intentaste besarme? ¿No dices que llevas mucho tiempo deseando hacerlo?

—El día del cine pasé un auténtico calvario; casi no recuerdo la trama de la película. Estaba pendiente de ti, de tus movimientos, de tu olor, y de esas piernas que llamaban a mis manos como cantos de sirena.

—¿Por qué no hiciste nada?

—Porque había decidido ser solo tu amigo, para no hacerte daño.

—¿Daño? Eres la única persona en el hotel que no me lo ha hecho.

—Me refiero a otro tipo de daño, al emocional.

—El que apenas haya tenido contacto con los hombres no me convierte en una mujer desvalida, incapaz de asumir un beso o el roce de una mano. ¿También tú me consideras un bicho raro?

—No tienes nada de bicho, y me encantan tus rarezas. Son las que te convierten en diferente al resto, lo que me atrae de ti.

—¿Qué ha cambiado? ¿Por qué me has besado hoy?

—Porque ayer, cuando te vi caer y sangrando comprendí que lo que siento por ti es demasiado fuerte para ser solo tu amigo. Que necesito más, mucho más, si tú sientes lo mismo.

—¿Acaso lo dudas? Te he mirado como una boba desde el primer momento en que llegaste al hotel y te he dicho… cosas. ¿Crees que se las suelto a cualquiera?

—Espero que no. Pero hay un problema que debemos aclarar ahora para que nunca digas que no te lo advertí. Yo no voy a quedarme en Madrid, regresaré a Toledo cuando Sixto se incorpore o contraten a alguien para que lo sustituya de forma definitiva.

—Lo sé.

—No quiero que pienses que te dejo tirada después de haber empezado algo juntos.

—¿Tratas de decirme que cuando te marches todo acabará entre nosotros? ¿Que quieres que empecemos algo, pero solo será una aventura temporal?

—No he dicho eso. Solo que me iré, y que no sé qué hará la distancia con lo nuestro. Con Alma todo se enfrió cuando me vine a

Madrid, y no quiero hacerte daño.

—Asumiré el riesgo si de verdad deseas empezar algo conmigo. Dure lo que dure.

—Lo deseo desde el día que me dijiste que me comerías. ¿Sigues queriendo hacerlo? Porque yo me dejaré encantado.

—Creo que acabamos de hacerlo, ¿no? Nos hemos comido la boca con sabor a chocolate.

—No del todo, pero como aperitivo no está mal. Dime, ¿quieres comerme, todo entero?

Ella asintió.

—Sí, quiero comerte todo entero.

La recostó en el sofá y volvió a besarla. Muchas veces. De todas las formas posibles.

Martina se encontraba en una nube, radiante de felicidad, cuando una llamada del teléfono les interrumpió. Sabía que sería su hermana. Que estaba preocupada. Se separó, reticente, y agarró el teléfono.

—Hola, Sofía —respondió con voz ronca.

—¿Cómo estás, cariño? ¿Te las apañas bien con una sola mano?

—Tengo ayuda —informó divertida.

—¿En serio? ¡No me digas que Juanjo ha ido a echarte una mano! Porque se trata de él, ¿no?

Tuvo que contenerse para no decirle, risueña, que le había echado las dos, porque entre beso y beso las manos juguetonas se habían deslizado por su cuerpo con total libertad.

—Sí, me trajo el desayuno y sigue aquí. Vigilante para que no haga nada que pueda lastimar mi herida.

—Así me gusta. Invítalo a almorzar, hay albóndigas de sobra para todos.

—Se lo iba a proponer.

—Pues no te entretengo más, disfruta de la compañía. Cuídate, cariño, nos vemos luego.

—Adiós, Sofia.

Cortó la llamada y encontró los ojos chispeantes de Juanjo fijos en ella.

—¿Qué me ibas a proponer?

—Que te quedaras a almorzar albóndigas.

—Preferiría algo más… íntimo, pero —miró la hora en el reloj— me conformaré con las albóndigas o no llegaré a trabajar. Y ya falté ayer buena parte de la tarde, no puedo convertirlo en una costumbre.

—Ya sabes dónde está todo, pero te ayudo a poner la mesa.

—Muy bien, pero nada de usar la mano herida.

—Descuida.

Se sentaron a comer juntos.

—Esta tarde te voy a echar de menos en el comedor. Me voy a sentir un poco solo.

—Siempre puedes pensar en mí.

—¿Crees que no lo hago a todas horas?

—Me siento abrumada por todo lo que me dices.

—Pues vete acostumbrando porque esto solo es el principio. Eres una mujer maravillosa, y nunca he sentido por ninguna lo que siento por ti.

—Vale.

—¿Vale? Esperaba algo así como un halago a mi persona… ¿nunca más voy a escucharlos de tu boca?

—Seguro que sí, pero dame tiempo.

—Todo el que quieras, cariño. Conmigo no tienes que desaparecer, sino mostrarte como eres. Sé que eres divertida, nada tímida y apasionada, y yo te sacaré a la luz capa a capa, y beso a

beso.

Martina suspiró. Sabía que lo haría, que con él sería ella misma, la mujer que siempre había escondido y que ansiaba salir. Y que un día, no muy lejano, se lo comería entero, de la cabeza a los pies.

—Ahora tengo que dejarte porque ya llego muy justo al trabajo, pero volveré mañana para acompañarte a las curas, y pasado, y el otro y el otro. Porque yo siempre te he visto, y no pienso dejar de hacerlo.

Capítulo 22

Martina despertó al escuchar la voz de su hermana junto a la cama.

—Levántate, Martina.

Era temprano. La ventana aún ofrecía una claridad gris y mortecina.

—¿Qué pasa?

—Tengo que cambiar las sábanas antes de irme. Con tu mano herida no debes hacerlo.

Se incorporó sacudiéndose el sueño.

—¿Las sábanas? ¿Por qué? No es sábado.

—No; es miércoles, pero hay que cambiarlas hoy.

—¿Se han manchado? —Se miró la mano temiendo que la herida hubiera sangrado y ensuciado la tela.

—No, pero Juanjo va a venir esta mañana para llevarte a la cura.

—¿Y va a inspeccionar las sábanas?

—Ay, nena, que pareces tonta. Estáis juntos, ¿no? Pues hay que estar preparados para cualquier «incidencia».

—Estamos juntos desde ayer. ¿No creerás que querrá que hoy…?

—Querer seguro que quiere. Y os vais a ver a solas. Blanco y en botella.

Sofía parecía muy decidida y muy segura de lo que decía. Reticente, se levantó y contempló cómo su hermana deshacía la cama y la cubría de nuevo con las mejores sábanas que tenían.

—No sé si estoy preparada para esto.

—Has tenido veintisiete años para prepararte. Ya es hora.

—Pero supongo que tendremos que acostumbrarnos un poco uno al otro antes de dar ese paso, ¿no? Sé que no tengo mucha experiencia en relaciones, pero con aquel chico del pueblo pasamos bastante tiempo solo con besos.

—Y seguro que te arrepientes.

—No es que me arrepienta, aquello fue muy diferente a lo que tenemos Juanjo y yo. A lo que empezamos a tener —rectificó.

—Tienes que estar preparada para que suceda en cualquier momento. Porque no irás a decirle que no si te lo propone, ¿verdad? ¿O es que acaso tú no quieres?

—Claro que quiero, pero, así, en frío…

—En frío estás ahora, ya me dirás luego cuando empecéis a besaros y demás. Surgirá solo.

—Yo esperaba que me dieras una especie de clase, o consejos, o algo así, antes.

—Él sabe que eres virgen, ¿no?

—Sí, lo sabe.

—Entonces no necesitas ningún consejo. Él te irá guiando. La situación te irá guiando.

—Vale.

—Ea, esto ya está, puedes volver a acostarte. Yo tengo que marcharme al trabajo y esta mañana no te llamaré para preguntar cómo estás. Y no olvides ponerte ropa interior bonita.

—Entendido.

Sofía se marchó, pero Martina no se metió en la cama de nuevo.

No quería arriesgarse a arrugar las sábanas antes de lo que se suponía que pasaría aquella mañana. Se tendió en el sofá y esperó a que fuera la hora de levantarse, nerviosa y tratando de adivinar si sucedería y cómo. ¡Ojalá Sofía no le hubiera dicho nada!

Juanjo llegó a las nueve como habían acordado. Martina ya estaba vestida — con ropa interior bonita como le había aconsejado su hermana— y nerviosa, muy nerviosa. Estaba enamorada de Juanjo, pero apenas había tenido tiempo de acostumbrarse a sus besos y a sentir sus manos en su cuerpo como la mañana anterior. La idea de quitarse la ropa delante de él, de mostrarle su cuerpo en toda su desnudez y su escasez de curvas le producía mucho pudor y también temor de no gustarle tanto como afirmaba.

—¿Lista? —le preguntó él saludándola con un ligero beso en los labios.

—Sí. ¿Hoy no has traído el desayuno? Aún no he tomado nada.

—He pensado que podríamos desayunar fuera, cuando te hagan la cura. Es mejor ir en ayunas a ese tipo de cosas.

—De acuerdo.

Suspiró aliviada pensando en que él no tenía intención de meterse en la cama de inmediato después de la cura, sino de desayunar.

Acudieron caminando al centro de salud, que se encontraba a poca distancia. Allí aguardaron el turno hasta el momento de entrar en la sala de curas. Martina no conseguía librarse del nerviosismo que le había producido la conversación con Sofía y el cambio de sábanas. Rehuía la mirada de Juanjo, clavando los ojos en la mano vendada mientras esperaban.

—Tranquila, no será peor que el momento en que te heriste y te tuvieron que coser. No estés nerviosa.

—No lo estoy.

—¿Que no? —Preguntó cogiéndole la mano—. Tu pie no deja de golpear el suelo. Yo entraré contigo.

—No hace falta. No me desmayaré con la cura, te lo aseguro. Quiero entrar sola.

—Como prefieras.

Pocos minutos después la llamaron y entró decidida. Estuvo quince minutos tras la puerta cerrada y salió, un poco pálida, pero con una sonrisa.

—Ya está. Todo bien, no hay signos de infección y cicatriza de forma adecuada. Debo volver en tres días.

—Estupendo. ¿Ha sido muy doloroso?

—No, solo un poco.

—Pues ahora vamos a por un buen desayuno.

—De acuerdo.

Se dirigieron a la cafetería donde ya habían estado una tarde y se sentaron. Pidieron café y tostadas. Los ojos de Juanjo no dejaban de escrutarla.

—Martina, ¿estás bien?

—Sí… sí.

—¿Seguro?

Asintió, dándole un pequeño mordisco al pan con mantequilla.

—No es verdad. ¿Qué ocurre? ¿Te arrepientes de lo de ayer? ¿De que estemos juntos?

—No —dijo categórica.

—Pero algo te inquieta y me lo vas a decir.

—Es que no sé qué esperas de mí hoy.

—¿Hoy? Pues pensaba que diéramos un paseo, si te apetece, y que tal vez comiéramos juntos en algún sitio. Hace un día muy bonito. Lo típico que hacen las parejas. ¿Por?

—¿Y nada más?

—No sé; si hay algo que desees me lo dices y lo hacemos, claro.

—No, eso está bien.

Se relajó de forma visible.

—Martina, no comprendo tu actitud. Estás tensa y nerviosa. ¿Es por mí? ¿He hecho algo que te inquiete? ¿Es porque regresaré a Toledo? Por favor, sé sincera conmigo.

—Está bien. Pero no te rías de mí. Esta mañana Sofía ha cambiado las sábanas porque piensa que hoy tú y yo…

—¿Nos íbamos a acostar juntos?

Volvió a asentir.

—Creo que es un poco pronto para eso. Pero si tú quieres, desde luego.

—¿También tú piensas que es pronto? Tengo veintisiete años.

—¿Y? Esto no es un maratón, no tenemos que llegar a ninguna meta cuanto antes.

Alargó la mano y acarició la de Martina, que sonrió aliviada.

—No siento que esté preparada todavía —admitió—. Acabamos de empezar y aún me cuesta creer que estemos juntos.

—Sucederá cuando tenga que suceder. Los dos sabremos cuando haya llegado el momento y da igual si las sábanas están recién cambiadas o no. No te inquietes ni te sientas nerviosa, no voy a saltarte encima exigiendo nada ni voy a dejarte porque no nos acostemos hoy, ni mañana, ni pasado. Cada pareja tiene su ritmo y no tengo intención de precipitar el nuestro.

—Gracias.

—Pero tendrás que aprender una cosa.

—¿Qué?

—A dejar de darme las gracias por todo.

—Lo intentaré.

—Ahora termina de desayunar tranquila y vamos a disfrutar de

esta preciosa mañana. ¿Hay algún sitio cerca donde podamos pasear y sentarnos hasta la hora de almorzar?

—Sí. Hay un parque con bancos y zonas donde la gente se sienta en la hierba.

—Vamos pues.

***

Pasaron la mañana juntos, charlando y conociéndose mejor y más íntimamente. Tenían muchas cosas que contarse, que saber uno del otro, sentados en la hierba. Juanjo recostó la espalda contra el tronco de un árbol y apoyó la de Martina contra su pecho. La rodeaba con los brazos haciéndola sentir cómoda y habladora. Tenía acceso al cuello y de vez en cuando depositaba un beso debajo de la oreja, mientras ella hablaba de su infancia y su juventud en el pueblo.

Quería saberlo todo de su vida anterior, de sus amigas del colegio y el instituto, de sus padres y del tiempo que había pasado cuidándolos. También le habló de su sueño truncado de aprender informática.

—¿Nunca te planteaste apuntarte a algún curso, si la carrera universitaria te estaba vedada?

—Me sentía culpable por dejar solos a mis padres. Me decía que ya tendría tiempo, pero cuando fallecieron Sofía me trajo a su casa hasta que superara la pérdida y ya no me dejó volver.

—¿Querías volver?

—En realidad, no. Me sentía muy sola en el pueblo, ya no me quedaba nada. Mis amistades habían hecho sus vidas, se habían casado y formado una familia, de aquel chico no volví a saber nada en años. Y me encontraba a gusto en casa de mi hermana y Celso.

—¿Por qué no te apuntaste a algún curso en Madrid? Seguro que hay mucha oferta.

—Porque sentía que debía contribuir a la economía familiar y busqué trabajo.

—¿Sofía sabe que deseas aprender informática?

—No, nunca se lo dije.

Él la estrechó más fuerte y le susurró al oído:

—Prométeme que nunca vas a ocultarme nada, que siempre me vas a decir lo que te gusta, lo que deseas, y también lo que no. Esta mañana has llegado a asustarme, pensaba que te arrepentías de haberme dicho ayer que sí.

—No me arrepiento.

—Estudiarás informática, te lo prometo.

—Es complicado con nuestros turnos.

— Ya buscaremos la forma.

Las horas se les pasaban muy rápido estando juntos y el momento de levantarse para ir a comer llegó antes de lo que deseaban. Pero Juanjo debía entrar al hotel a las tres de la tarde y se movieron con pesar para buscar un sitio donde almorzar.

—He pensado que ahora que estarás de baja podría cogerme alguno de mis días libres para pasarlo contigo. Las mañanas se me quedan muy cortas y la idea de dejarte para ver las caras de Maya y compañía me resulta muy dura. ¿Qué te parece? Podríamos hacer alguna excursión, recorrer los alrededores de Madrid o incluso visitar el museo del Prado. ¿Lo conoces?

—No soy mucho de museos, prefiero las excursiones. Pero sí, quiero pasar más tiempo contigo.

—Haremos lo que tú quieras.

Almorzaron y acompañó a Martina hasta su casa. No tenían mucho tiempo, pero antes de irse Juanjo hundió las manos en el

pelo de su novia y la besó con toda su alma.

—Ha sido una mañana maravillosa —dijo.

—También para mí.

—¿Vengo mañana o te resultaré muy pesado?

—Ven, por favor.

—Traeré churros.

—Algún día —dijo ella mostrando la mano vendada—, cuando me libre de esto, te haré un bizcocho.

—Será un día memorable. Hasta mañana, bonita.

—Hasta mañana, Juanjo.

Él se marchó, dejándole una sensación agridulce. No sabía qué pasaría con ellos cuando regresara a Toledo, solo que ella haría cuanto fuera posible para que su relación fuera adelante, porque nunca se había sentido tan feliz en toda su vida.

Capítulo 23

La herida de Martina cicatrizaba sin problemas. Juanjo se pidió un día libre para disfrutarlo con ella antes de que se reincorporase al trabajo y decidieron hacer una excursión a algún pueblo de los alrededores de Madrid. Almorzarían en ruta y por la noche Sofía había insistido en que subiera a cenar. Se moría de ganas de conocer al hombre que le había devuelto la sonrisa a su hermana, aunque las sábanas siguieran intactas.

Salieron a media mañana, después de desayunar en la cafetería que se había vuelto habitual para ellos, y emprendieron el camino hacia Aranjuez. Juanjo había pensado en San Lorenzo del Escorial como destino, pues lo conocía bien, pero allí vivía su familia y, si alguno de ellos los veía, no se libraría de una visita a su casa y muchas preguntas. No tenía problema en presentar a Martina, pero tal vez ella lo considerase algo prematuro, aunque aquella noche cenaran con Sofía y Celso. Sus padres, y sobre todo sus hermanos, eran muy intensos y su relación con Martina, de la que hasta el momento no había hablado, debía estar más consolidada para que ella se sintiera cómoda.

Llegaron a Aranjuez antes de las doce. Juanjo había comprado online las entradas para visitar el Palacio Real y los jardines. Quería

ofrecerle un día inolvidable, que siempre recordara su primera excursión juntos, que esperaba no fuera la última. Confiaba en que en el futuro hicieran viajes más largos, que ella lo invitara a conocer ese pueblo malagueño en el que se había criado. Quería tantas cosas de ella, con ella, que les faltaría vida para realizarlas todas.

Cuanto más la conocía y pasaban tiempo juntos, más enamorado se sentía , más feliz, y comprendía menos cómo nadie había descubierto antes ese tesoro de mujer con la que anhelaba compartir su futuro.

Recorrieron el Palacio Real y los jardines de la mano, como solían caminar siempre que no iban en coche. Cuando circulaban en el mismo, a menudo dejaba caer la mano sobre la rodilla femenina, gesto que ella aceptaba con agrado, y la posaba allí, acariciándola por encima del pantalón. No había vuelto a ponerse falda y medias, pero confiaba en que no tardara mucho en hacerlo.

No habían tenido mucha más intimidad física que besos y abrazos, algunos de estos últimos bastante apasionados, pero con poco tiempo para pasar a algo más. La deseaba, eso era indiscutible, pero le daría el tiempo que necesitara para proponerle pasar una noche juntos. Porque con ella no le valdría un polvo apresurado en su casa en ausencia de su hermana y su cuñado, con prisas por volver al trabajo. Quería toda una noche para amarla, agasajarla, para cubrir todo su cuerpo de besos y de caricias y dormir con ella en sus brazos hasta el amanecer.

Después de salir del Palacio recorrieron los jardines. Martina disfrutaba como una niña contemplando aquella belleza, y con la satisfacción de tener a Juanjo a su lado.

Almorzaron en uno de los restaurantes degustando la gastronomía típica de la zona y, a los postres, Martina preguntó:

—¿Estamos muy lejos de Toledo?

—A poco más de media hora. ¿Por?

—Porque me gustaría conocer tu ciudad, el hotel donde trabajas y al que volverás. También tu casa y tu entorno antes de que nos conociéramos. Si no supone mucho inconveniente para ti.

—En absoluto. Me encanta que me hayas pedido algo, siempre soy yo el que propone y tú la que aceptas. Iremos a Toledo, aunque es muy posible que Asier se encuentre en casa.

—También me gustaría conocerlo a él.

—Pues espera que lo llamo y lo prevengo de la visita.

—Si va a suponer algún inconveniente lo dejamos para otro momento

Pero ya Juanjo tenía el teléfono en la mano e iniciaba la llamada.

—¡Vaya, si es el señor perdido! —respondió su amigo al instante —. ¿Todavía te acuerdas de que tienes un colega en Toledo, o sigues tan ocupado con tu chica que me has olvidado? Hablar contigo resulta casi imposible.

—Mi chica y yo estamos en Aranjuez y hemos pensado acercarnos a Toledo para hacerte una visita, si estás disponible. Dijiste que querías conocerla, ¿no?

—Estaré encantado de recibiros. Dame veinte minutos para poner la casa presentable.

Juanjo sabía que bromeaba. Asier era muy ordenado y no tenía dudas de que todo estaba impecable.

—Tardaremos unos treinta minutos en llegar, así que dispones del tiempo suficiente para esconder los calcetines y calzoncillos sucios.

—Os espero. Y trae algo para la merienda porque ya sabes que en casa no dispongo de nada para agasajar a una damita como la tuya. Porque intuyo que no es de las que le dan al ron añejo para merendar, ¿verdad?

—Compraré unos dulces por el camino.

Una vez en el coche, Martina preguntó:

—¿Crees que le gustaré?

—Me gustas a mí, es más que suficiente.

—¿Eso significa que no? Asier es tu mejor amigo y quiero agradarle.

—Sé que le gustarás, y mucho. Pero si piensas que su opinión va a cambiar algo lo que hay entre nosotros, estás muy equivocada. Y ya puestos a preguntar: ¿les gustaré yo a Sofía y a tu cuñado, o me sacarán el cuchillo de jamón para cortarme algo si no te hago feliz?

—Los dos saben que me haces muy feliz, así que no tienes que preocuparte por eso. A Sofía le caes muy bien, y a Celso, todo lo que ella piense le parece perfecto.

—De modo que hoy va a ser un día de presentaciones. ¡Y yo que no quería llevarte a El Escorial por si tropezábamos con alguno de mis hermanos y no querías una reunión familiar!

—De momento tengo suficiente con Asier. Al Escorial ya iremos en otro momento.

—Cuando tú quieras.

—Echas de menos Toledo, ¿verdad? —preguntó Martina cuando ya se acercaban a la ciudad.

—Digamos que Madrid no me gusta, es demasiado grande, bulliciosa y cosmopolita. Toledo es más pequeña y, al menos para mí, tiene un encanto especial.

—Y otro añadido que se llama Asier

—Ese encanto está superado por una chica preciosa que se llama Martina.

Llegaron a la casa. Asier les abrió la puerta, ataviado con un pantalón vaquero y un jersey, sustituyendo los viejos pantalones de chándal y las gastadas sudaderas que solía usar para estar en casa.

Juanjo supo que también él quería causar buena impresión a Martina y se lo agradeció.

—¡De modo que tú eres la chica que me has robado a mi amigo!

Por un momento Martina se sintió cohibida.

—¡En absoluto! Yo no pretendo para nada robarlo ni acapararlo, de verdad.

—Está bromeando, Martina —intervino Juanjo—. Tendrás que acostumbrarte a su forma de hablar.

—No te ofendas, chica, no era mi intención. Como dice Juanjo, solo bromeaba. ¿Puedo darle un abrazo o me quedaré sin dientes para disfrutar de un buen plato de comida? —preguntó dirigiéndose a su amigo.

—El permiso te lo tiene que dar ella, no yo.

Martina asintió y Asier la estrechó con fuerza.

—Bienvenida a nuestra casa. Ya era hora de que este viejo zorro sentara la cabeza y encontrara una buena chica que me liberara a mí de tener que estar cuidándolo todo el tiempo. ¿Sabes que me mata a partidas de consola? Por su culpa sigo soltero y sin compromiso. Tendrás que aprender a jugar tú para liberarme. Yo también quiero encontrar mi media naranja.

—¿Sigue bromeando? —preguntó mirando a Juanjo.

—Sigo bromeando. Pero lo de la bienvenida es en serio. Considera esta tu casa. Y cuando queráis venir a pasar unos días aquí y estar solos, yo desapareceré.

Martina se removió incómoda ante la insinuación y desvió la vista.

—Ya te avisaremos cuando llegue ese momento —informó Juanjo, clavando en su amigo una intensa mirada para que no continuara con aquel tema .

—Tomemos la merienda entonces —sugirió Asier comprendiendo

—. Siéntate, Martina, y tú ven a ayudarme a preparar el café. Habéis traído dulces. ¿Serás capaz de colocarlos en el plato?

Juanjo siguió a su amigo hasta la cocina.

—Veo que tu chica es tímida de verdad. Espero no haberla incomodado con mis bromas.

—Se acostumbrará a ti, pero sí es tímida; ya te lo he dicho.

—Pensaba que estabas tan obnubilado con ella que no veías la realidad. Me comportaré de ahora en adelante. Intuyo por tus palabras que todavía no…

—Todo llegará.

—Pero te hace feliz, eso está claro. Tienes una expresión radiante y la forma en que la miras me hace saber que lo que sientes por ella no tiene nada que ver con lo que sentías por Alma.

—Ni por asomo. Estoy enamorado de Martina, y de Alma nunca lo estuve.

—Pues vamos a disfrutar de la merienda y de la presentación oficial.

Salieron de la cocina portando una bandeja con el servicio de café y los dulces colocados en un plato. Se sentaron a degustarlos mientras Asier no dejaba de observar a la pareja, la forma en que se miraban, las palabras que se dedicaban ,y tuvo serias dudas de que Juanjo regresara a Toledo en algún momento.

Se despidieron pasadas las siete, después de enseñarle a Martina el resto de la vivienda, para regresar a Fuenlabrada y acudir a la cena que Sofía le tenía preparada a su reciente cuñado.

***

—Ya estamos aquí —saludó Martina abriendo la puerta.

Había convencido a Juanjo de no ir a su casa a cambiarse de

ropa, asegurándole que no se trataba de una cena formal, sino de una prolongación de la jornada. También ella se sentaría a la mesa tal como estaba.

Sofía los recibió con una sonrisa y saludó a Juanjo con un beso afectuoso.

—Encantada de verte de nuevo —dijo—, y en mejores circunstancias.

—El encantado soy yo por esta invitación.

—Pasad. Celso está en el salón.

El mencionado ponía la mesa cuando entraron. Le tendió la mano al recién llegado con un apretón firme.

—Bienvenido, Juanjo. Es un placer tenerte en la familia.

—Gracias.

—Hemos traído vino —anunció Martina poniendo la botella sobre el mantel—. Juanjo ha insistido, aunque le he dicho que no hacía falta, que seguramente vosotros habíais comprado.

—Es solo un detalle.

Abrieron la botella y lo escanciaron en las copas.

—Yo tomaré solo un poco, porque tengo que conducir hasta Getafe.

Sofía salió de la cocina con una sopera para servir el primer plato y se sentaron a la mesa.

—¿Cómo lo habéis pasado? —preguntó a su hermana.

—Muy bien. Hemos estado en Aranjuez y por la tarde hemos ido a Toledo. Hemos merendado en su casa y he conocido a Asier, su compañero de piso.

—Un día intenso de presentaciones —afirmó Juanjo.

—¿Y cuál es el balance? —preguntó Celso.

—Muy positivo. Yo estaba deseando conoceros.

—¿Y qué tal los lugares visitados?

—Aranjuez es precioso y lo que he podido ver de Toledo también me ha gustado mucho —informó Martina—; pero disponíamos de poco tiempo. Apenas he vislumbrado algo desde el coche.

—Es una ciudad muy especial que merece una visita más larga —aseguró Juanjo—. Que podemos hacer cuando quieras.

—¿Tal vez antes de que vuelva al trabajo? Todavía me quedan unos días de baja. Aunque me quitarán los puntos en breve me ha dicho la enfermera que debo esperar un poco más para volver al hotel, a que la herida cicatrice del todo, puesto que soy manipuladora de alimentos.

—Me parece estupendo. Tengo días libres todavía que puedo cogerme y será un enorme placer enseñarte mi ciudad con calma.

—Me lo he pasado tan bien hoy que estoy deseando repetir.

Sofía y Celso, tal como había hecho un rato antes Asier, no dejaban de observar a la pareja, sintiendo la complicidad que transmitían.

La cena se prolongó durante mucho rato. Juanjo se sintió cómodo con la familia de Martina, charlando del trabajo de ambos y de la forma tan peculiar en que se había interesado por ella. Tanto Celso como Sofía sabían el tema de la invisibilidad de la chica, y todos rieron recordando el episodio del robo de croquetas. No hizo ninguna mención a los comentarios que ella le había dedicado a él, eso se quedaba para la intimidad de los dos.

Tras la cena se despidió y se marchó, sintiéndose muy satisfecho del día de excursión y planeando la siguiente visita a Toledo. Que intentaría que fuera más larga.

Capítulo 24

Juanjo esperó unos días para abordar el tema de la visita a Toledo. Seguían viéndose a diario, pero el turno había cambiado y se reunían después del almuerzo. La primavera había hecho su aparición y el intenso frío del invierno daba paso a días más cálidos, lo que les permitía dar un paseo. Otras veces tomaban un café y a menudo Sofía les mandaba un mensaje para que subiera a cenar.

Aquella tarde, más cálida de lo habitual, se encontraban sentados en un banco del parque que solían frecuentar. Juanjo le había echado el brazo sobre los hombros y no tardaron en besarse. Antes de que fuera la hora de cierre y debieran abandonar el parque, él abordó el tema que deseaba comentar. Cogió la mano de Martina, ya libre de vendaje y de puntos, y besó la cicatriz

—Se está curando muy bien. Ya pronto te darán el alta para trabajar.

—Eso me temo, que lo bueno dura poco.

—Por lo menos nos veremos más que ahora.

—Eso sí. Pero la mayor parte del tiempo, de lejos.

—Siempre podrás cruzarte conmigo y decirme algo que me alegre el día.

—No lo descarto.

La confianza entre ambos había aumentado desde que comenzaron a salir y la timidez de Martina disminuía en la misma proporción.

—Creo que deberíamos aprovechar para hacer esa visita a Toledo antes de que te den el alta.

—Pensaba que lo habías olvidado o que no te apetecía.

—Ni una cosa ni la otra. Me muero de ganas de pasar todo un día contigo… o dos.

Ella alzó la cabeza de su hombro y lo miró a los ojos.

—Se me ha ocurrido que podría cogerme un par de días. La ciudad es muy extensa y hay mucho que ver. Mi propuesta no implica nada más que pasar tiempo juntos, como ahora. Te reservaría una habitación en el hotel donde trabajo (así lo conoces) y yo me iría a dormir a casa. No te estoy proponiendo compartir cama.

Los ojos de Martina brillaron juguetones.

—A jugar a la consola con Asier, ¿eh? Te mueres de ganas.

«Me muero de ganas de otra cosa, pero jugaré a la consola, si es lo que tú deseas».

—Dependerá del turno que tenga. ¿Qué dices? ¿Aceptas?

—Sí, acepto —dijo inclinándose y besándolo.

—Lo organizaré todo para dentro de un par de días.

—Me parece perfecto. Estoy deseando hacer otro viaje contigo.

Juanjo se propuso que salir de Madrid juntos se convirtiera en habitual cuando tuvieran días libres. Conducir no era su ocupación favorita, pero con Mattina a su lado era diferente. Charlar con ella le relajaba y le hacía disfrutar de la conducción. Y no dudaba de que el viaje a Toledo sería especial para los dos.

***

Emprendieron el camino a Toledo un miércoles después de desayunar. El lunes siguiente Martina debía reincorporarse al trabajo y deseaban aprovechar al máximo los dos días que Juanjo se había tomado libres.

Él, como le había prometido, había reservado una habitación en el hotel donde trabajaba y, salvo que ella propusiera lo contrario, dormiría en su casa.

Lo que más deseaba en el mundo era pasar la noche juntos, sucediera algo o no, pero respetaría sus tiempos. No le importaba solo abrazarla y besarla, verla dormir; no le había propuesto que pernoctaran en Toledo con ningún plan de seducción, sino con el de que se fueran acercando uno al otro, creando intimidad y momentos inolvidables.

Llegaron a la ciudad y llevaron las bolsas de viaje al hotel, donde ya les tenían preparada la habitación. Juanjo recogería la suya por la noche. Después le enseñó el resto de las dependencias visitables: los salones y los comedores, tanto el de huéspedes como el de personal.

—Es más pequeño que el nuestro —constató Martina.

—Sí, mucho más tranquilo. Y, sobre todo, sin ningún mal bicho entre los camareros.

Estos acudieron a saludarlo al verlo llegar.

—¡Hola, Juanjo! ¿Ya de vuelta?

—Todavía no. He venido de visita. Os presento a Martina, mi novia; venimos a que conozca la ciudad y el hotel, donde se trabaja a otro ritmo que en el de Madrid. Ella también forma parte del personal del comedor allí.

—¿Tienes intención de traértela cuando vuelvas? —preguntó un chico con un guiño malicioso.

—No tenemos ningún plan al respecto, por el momento sigo

trasladado en la capital por tiempo indefinido.

—Se te echa de menos.

—Y yo a vosotros, no os imagináis cuánto.

—¿Os alojáis en el hotel o en tu casa?

—Tengo reservada una habitación, mi casa es muy pequeña y Asier vive en ella, como ya sabéis.

—Él entra hoy de turno de tarde —respondió una chica muy segura de lo que decía.

—Sí, lo sé.

—Pues bienvenida al Imperial de Toledo, Martina —dijo otro de los camareros cuando se despidieron—. A ver si te vemos a menudo por aquí.

—Espero venir con frecuencia en el futuro.

Salieron del comedor.

—Es muy diferente al madrileño —reiteró Martina, apreciando el distinto ambiente que reinaba en la sala.

—Ya te lo he dicho. Ahora vamos, cariño. Toledo nos espera.

—Sí. Estoy deseando conocerla.

Salieron del edificio y se perdieron por las calles estrechas y tortuosas del centro. A petición de Martina dejaron para otra visita las iglesias y museos, de los que la ciudad estaba repleta, y recorrieron todo lo que se podría visitar a pie, impregnando la vista de lo que las tres culturas habían hecho para que la ciudad fuera especial.

Hacía un día precioso, con una temperatura ideal, que invitaba al paseo. El aire era limpio y Martina se sentía llena de vitalidad y de alegría. Se sentía muy feliz, como quizás no lo había estado nunca, ni siquiera el día que Juanjo le había confesado sus sentimientos. En aquel momento la había sorprendido, estaba tan convencida de que otra mujer ocupaba su interés, que no había calibrado en su

totalidad lo que acababa de confesarle.

Ahora, un `par de semanas después, él se los había demostrado con creces, lo hacía cada día y a cada momento y el colofón era aquel fin de semana que esperaba fuera especial.

Almorzaron en un pequeño restaurante del centro y continuaron su andadura por la tarde. A la hora de la cena estaban agotados.

—¿Te parece si cenamos en el hotel? —propuso Juanjo—. Nos servirá Asier, con toda seguridad, y luego yo me iré con él a casa y te dejaré que descanses.

—Echas de menos a tu amigo en Madrid, ¿verdad?

—Un poco, lo confieso.

—Yo nunca seré un impedimento para que quedes con él. Cuando tengas un día libre debes venir a verlo. No quiero que sienta que nuestra relación os aleja.

—Hasta ahora no lo he hecho porque no quería dejarte sola en el hotel con el resto de tus compañeros, pero en cuanto te sientas más segura entre ellos aprovecharé mis días libres para pasar alguno con Asier. Pero lo que dijo el otro día no es verdad, en ningún momento te echó en cara que nos viéramos poco. La culpa la tiene mi traslado, por mucho que queramos no es lo mismo que vivir en la misma casa y compartir los turnos de trabajo. Yo siempre procuraba que tuviéramos el mismo.

—Para jugar a la videoconsola hasta las tantas, ¿no?

—No solo hacíamos eso, también salíamos juntos, íbamos a la compra y cocinábamos más o menos. Ninguno de los dos somos muy expertos ni amantes de los fogones, pero de vez en cuando intentábamos preparar algo más complicado que una tortilla francesa o un plato de pasta. Con salsa de bote, desde luego. Por suerte, parte de las comidas las tenemos incluidas en el hotel, como en Madrid, porque si no nuestra alimentación sería un desastre.

—Todo lo que hace una pareja bien avenida, ¿no?

—Sí.

—Me parece bien cenar en el hotel, estoy bastante cansada para salir a buscar un restaurante. Lo que no me gusta es que nos sirva Asier, preferiría que se sentara a la mesa con nosotros.

—En otra ocasión. Yo no tenía intención de que camináramos tanto, pero lo cierto es que una vez que empiezas a recorrer la ciudad cuesta parar.

—¡Y que lo digas!

Entraron en el comedor y Juanjo escogió para sentarse una de las mesas de las que se encargaba su amigo. Este acudió rápido a atenderlos.

—¡Bienvenidos al Imperial de Toledo! ¿Qué vais a tomar? ¿Alguna preferencia u os dejáis aconsejar?

—Nos dejamos aconsejar —aceptó Martina—. A mí me gusta todo.

—Entonces, en seguida os sirvo. Preparaos para disfrutar de una cena inolvidable.

Juanjo miró a su amigo. Mientras se alejaba le dedicó un leve e imperceptible guiño y no tuvo dudas de que incluiría en el menú todos los platos afrodisíacos que hubiera en la carta.

—Es muy amable Asier —comentó Martina.

—Sí, trata de agasajarnos.

—Ha sido un día maravilloso, Juanjo.

—También para mí. Nuestro primer fin de semana juntos.

La respiración de Martina se detuvo por un momento y Juanjo ahondó en su mirada. Los ojos marrón claro de la chica tenían un brillo extraño, diferente al de otros días, más intenso.

—Espero que no sea el último —añadió, aguardando la respuesta femenina.

—Yo también lo espero.

Respiró aliviado. Deseaba tanto repetir aquella experiencia, compensarla por los años que había pasado sin disfrutar, que quería aprovechar cualquier ocasión para que lo hiciera en su compañía.

—Una vez recorrida la mayor parte de Toledo, ¿qué es lo que más te gusta de ella?

—¿La verdad?

—Por supuesto, siempre la verdad.

—Tú.

Juanjo alzó los ojos y vio en los de Martina la chispa que solían tener antes de que le dijera las frases atrevidas cuando se creía invisible.

—Es uno de tus piropos, ¿verdad?

—Lo es.

—Ahora te estoy viendo —advirtió—. Y oyendo.

—Lo sé. Hoy me siento… un poco atrevida.

—Y yo me alegro muchísimo. Echo de menos a mi chica atrevida.

—La tímida se ha quedado hoy en Madrid.

Juanjo alargó la mano por encima de la mesa y cogió la de Martina. Le acarició el dorso mientras la miraba con intensidad, esperando transmitirle el deseo que sentía y tratando de averiguar si ella lo deseaba también, si aquellas palabras le estaban animando a proponerle compartir la habitación en vez de irse a su casa.

Un ligero carraspeo a su lado les hizo dejar de mirarse.

—Siento interrumpir, chicos —dijo Asier con ligera sorna y alzando una botella—. El vino. ¿Alguien quiere probarlo?

—Sírvelo directamente —sugirió Juanjo liberando la mano de Martina—. Seguro que es excelente.

Una vez escanciado, se alejó para traer los aperitivos consistentes en marisco en su mayor parte. También chacina ibérica.

Y los dejó solos de nuevo.

—Por nosotros —sugirió Juanjo, alzando su copa—. Por muchas cenas como esta.

—Por muchos viajes juntos —aceptó Martina.

Bebieron. El vino era suave y entraba con facilidad.

Comenzaron a comer, sin dejar de mirarse y de decirse muchas cosas con los ojos: sentimientos, deseos y, sobre todo, amor.

A los aperitivos siguió un plato de carne, un delicioso solomillo que se deshacía en la boca. Y más vino.

La botella iba vaciándose poco a poco sin que se dieran cuenta y la tensión aumentaba a medida que transcurría la cena.

Martina sentía la presencia de Juanjo muy cercana aquella noche. Mucho más que nunca. Y él le parecía mucho más guapo. El deseo de que no se marchara a su casa aumentaba con cada sorbo de vino y con cada bocado que el estómago ya se negaba a admitir por culpa de los nervios. ¿Le pediría que le dejara quedarse? ¿Esperaba que lo invitara ella?

—¿Qué quieres de postre? —le preguntó él interrumpiendo sus pensamientos.

—Nada —rehusó sintiendo el estómago cerrado por los nervios —. Ya no puedo comer nada más.

—¿En serio? —Los ojos verdes indagaban en los suyos—. Te he visto comer más cualquier otro día.

«Hoy no es cualquier otro día».

—¿Un café? ¿Otra cosa?

Negó con la cabeza.

—Pido la cuenta entonces.

Se levantó y fue a buscar a Asier.

—Carga la cena a la habitación.

—Es lo que pensaba hacer.

Juanjo miró el reloj. Aún faltaba una hora para que su amigo terminara su turno.

—Acompáñala arriba —sugirió este—. Si cuando termine no estás por aquí, me iré a casa.

—No quiero hacerme ilusiones.

—Tienes una hora para convencerla.

—No se trata de convencer a nadie. No lo entiendes.

—El que no lo entiende eres tú. Anda, sube. Y espero que no bajes.

Se acercó a la mesa donde lo esperaba Martina.

—¿Vamos? Aún falta para que Asier termine de trabajar. ¿Te importa si lo espero en la habitación?

—Por supuesto que no.

Subieron en el ascensor en silencio. Muy cerca uno del otro, pero sin rozarse. Sin cogerse siquiera de la mano. Enfilaron el corredor hasta la habitación, que Martina trató de abrir con mano ligeramente temblorosa, sin conseguirlo. Juanjo le sujetó la muñeca y la ayudó a impulsar la tarjeta en la ranura con firmeza. La puerta se abrió y encendieron la luz.

Las bolsas de ambos estaban sobre la banqueta, tal como las habían dejado, pero algo había cambiado en la estancia desde que la abandonaron por la mañana. Sobre la mesa auxiliar había una cubitera y una botella de cava enfriándose en hielo. A su lado, un cuenco con fresas y otro con bombones.

Martina se giró hacia Juanjo, con el corazón desbocado e interrogándolo con la mirada.

—No he sido yo —aseguró este, tan asombrado como ella—. Debe ser cosa de Asier.

—Creo que tu amigo no tiene muchas ganas de jugar a la consola esta noche —dijo Martina con una sonrisa.

—Eso parece. Pero tú mandas… No dejes que esto te obligue a nada.

—¿Y tú? ¿Quieres jugar a la consola?

—¿Tú qué crees? —preguntó entrecerrando los ojos y mirándole la boca.

—Que dejaremos que juegue solo…

Juanjo alargó las manos y le sujetó la cara para buscar su boca, tratando de contener el deseo que lo acuciaba. Las ganas de besarla hasta dejarla sin aliento eran abrumadoras, pero tenía que ir despacio, dejar que ella marcara el ritmo. Era su primera vez y haría que fuera inolvidable.

El beso se prolongó durante mucho rato, suave e intenso a la vez. Después se miraron a los ojos.

—¿Estás segura?

Ella asintió.

—Pero me gustaría darme una ducha. Hemos estado todo el día por ahí…

—Por supuesto. ¿Admites compañía? Yo también he estado todo el día por ahí.

—Estaré encantada de tener compañía.

De la mano entraron en el cuarto de baño y se quitaron la ropa uno al otro, despacio, prenda a prenda, acariciando cada porción de piel que iban descubriendo.

Se metieron bajo los chorros muy juntos, piel con piel, y volvieron a besarse. Y a tocarse. Y a enjabonarse utilizando las manos. Y de nuevo a besarse.

Después salieron y se envolvieron en los albornoces.

—¿Una copa de cava antes de meternos en la cama? —propuso Juanjo—. ¿Unas fresas? ¿Un bombón?

—Después. Ahora me apetece comerme este bombón. —Y

alargando la mano lo atrajo hacia ella para besarlo otra vez.

Juanjo la levantó en vilo y la llevó hasta la cama, murmurando contra su boca.

—Creí que no ibas a hincarme el diente nunca, que todo se te iba a quedar en palabras.

Martina rio dejándose caer y arrastrándolo con ella.

—Hoy nada de palabras. Te voy a comer entero, señor jefe de sala.

Y cumplió su promesa.

Se besaron, se acariciaron cada centímetro de piel, sin prisas. Disponían de toda la noche, de todo el tiempo del mundo. Cuando al fin hicieron el amor, ya ninguno podía contener el deseo. Juanjo se hundió en ella con cautela, tan lentamente como la había acariciado, y se mecieron uno contra el otro, con languidez al principio para incrementar el ritmo hasta llegar a un orgasmo casi simultáneo. Juanjo solo se dejó ir al sentir que ella estallaba, y terminaron a la vez, las respiraciones entrecortadas y los cuerpos temblorosos.

—¿Què tal? —le preguntó antes de separarse. No creía haberle hecho mucho daño, ni tampoco haberla decepcionado, pero deseaba que se lo confirmara.

—Lamento no haberte comido antes.

—No te preocupes, preciosa. Tienes mucho tiempo por delante para comerme entero.

Y se recostó en la cama a su lado, dispuesto a hacer lo mismo con ella durante toda la noche. Comérsela a besos, a caricias, para demostrarle lo mucho que le gustaba y la intensidad de los sentimientos que le inspiraba. Para demostrarle que él sí la veía.

Capítulo 25

Después de la noche que pasaron en el hotel de Toledo, no se habían levantado temprano. Dejaron la habitación a las doce de la mañana, como estaba estipulado en el establecimiento y, tras colocar las bolsas en el coche, dieron un paseo. Ninguno de los dos sentía ganas de regresar a Madrid todavía. Tenían muy presente lo vivido durante la noche, las sensaciones, los besos y caricias y también las palabras. Querían seguir compartiendo todas las horas posibles, pues Juanjo no debía incorporarse al trabajo hasta el turno de tarde y podían regresar al atardecer.

—Asier trabaja hoy también a partir de las tres. ¿Te apetece que nos vayamos un rato a casa? Estaríamos solos —sugirió Juanjo mientras almorzaban en uno de sus restaurantes preferidos.

—¿Es una proposición indecente?

—Muy indecente… si quieres.

—¿Vamos a probar tu cama?

—Me gustaría mucho, pero si solo quieres un achuchón en el sofá, también es una opción.

—Prefiero la cama. Creo que has desatado en mí unas ansias locas de recuperar el tiempo perdido todos estos años.

—Yo estoy dispuesto a ayudarte a conseguirlo. Llamaré a Asier

para comentarle que pasaremos la tarde allí. Y si quieres, también la noche. Mañana entro de tarde, con que salgamos después de desayunar es suficiente.

—Llamaré a Sofía para que no nos espere hasta mañana.

Terminaron de comer y se dirigieron al piso, después de realizar las llamadas pertinentes para avisar de su cambio de planes. Asier ya se había marchado y, tras una simple mirada, se fueron derechos al dormitorio.

—Me muero de ganas de hacerte el amor en mi cama. No es tan grande como la del hotel, pero así estamos más juntitos.

—Me gusta la cercanía.

Pasaron la tarde en la habitación y después pidieron unas pizzas para cenar y esperaron a Asier. Este propuso una partida de videoconsola y Martina se dejó introducir en el fascinante mundo de los videojuegos. En el que intuía pasaría mucho rato en el futuro.

Ya tarde se fueron de nuevo a la cama y se durmieron abrazados, haciendo planes para cuando hicieran una nueva visita a la ciudad.

Habían sido unos días maravilloso para los dos, y al día siguiente volverían a Toledo con ánimo para enfrentarse a cualquier cosa.

***

Juanjo recogió a Martina por la mañana para ir juntos al trabajo el día de su incorporación. Aunque ella insistió —sin mucho entusiasmo — en que podía ir en tren, como siempre, él no quiso oír hablar de ello. A partir de ese momento irían y volverían juntos, como la pareja que eran, había afirmado.

—¿Preparada? —le preguntó durante el trayecto.

—Sí. No estoy ni siquiera nerviosa. Creo que durante estas

semanas de baja he cambiado. Nuestra relación me ha hecho ganar confianza en mí misma.

Era cierto, se sentía una mujer diferente, sobre todo después de su escapada a Toledo.

—Lo sé. Aprecio tu cambio y me encanta ver que eres más fuerte y decidida. Que te enfrentas a los retos sin temor.

—Es porque estás a mi lado.

—No, cariño. Yo solo he sacado a la Martina que tú te empeñabas en esconder. Y hablando de esconder, no pienso ocultar nuestra relación a nadie.

—¿Vas a decirlo en el trabajo?

—No llevaré un cartel con la noticia ni te comeré los morros en público (aunque me gustaría), pero nada de entrar uno primero y otro después. Se acabaron los disimulos. No hay ninguna norma en el hotel que prohíba una relación entre miembros de la plantilla, así que no tenemos que escondernos.

—Pensarán que tu actitud hacia ellos durante las últimas semanas se ha debido a que estamos juntos.

—Que lo piensen. Me importa un bledo.

—De acuerdo.

Una vez en el hotel, bajaron del coche y Juanjo se apresuró a cogerle la mano antes de cruzar la puerta.

—¿Piensas entrar provocando?

—Por supuesto. Quiero que todos sepan que tengo la novia más maravillosa del mundo, y que estoy muy feliz. Y si a alguien le molesta, que se fastidie.

Se dirigieron a los vestuarios, ocasionando miradas de extrañeza, y se separaron en la puerta de los mismos, donde ya aguardaban algunos de los hombres para cambiarse. Pero nadie dijo nada.

Martina entró y se limitó a ignorar a Maya y Elisa, que estaban

dentro. Ni siquiera saludó, como habían hecho ellas en el pasado.

Solo Reyes, una de las ayudantes de cocina, se le acercó cuando salió del vestuario.

—Hola, Martina. ¿Ya de vuelta?

—Sí.

—¿Cómo está tu mano?

Se la mostró. La larga cicatriz cruzaba la palma, pero ya solo una línea fina daba indicios de lo sucedido.

—Completamente cicatrizada. No me han dejado incorporarme al trabajo hasta que lo estuviera. Han sido casi tres semanas de baja.

—Me alegro. Fue un desafortunado accidente.

Ella sabía que no lo había sido, Juanjo le había contado que vio a Michel volcar el agua, pero no dijo nada. Mejor que pensaran que no había sido un atentado en toda regla. No obstante, andaría con cuidado en el futuro, no se fiaba de nadie, y menos de Michel, aunque se supiera que ella y Juanjo estaban juntos. Intuía que él quería mostrar su relación como una forma más de protegerla, pero ya no lo necesitaba. Era capaz de enfrentarse a sus compañeros y sus desprecios habían dejado de importarle. Era demasiado feliz.

La relación la había cambiado, él tenía razón. Y el viaje a Toledo también. Se había descubierto una mujer apasionada, en absoluto tímida en la cama, después de la primera vez. Y ansiaba que cambiaran el turno al de tarde para verse en su casa a solas por las mañanas, mientras su hermana y su cuñado trabajaban.

Aunque Sofía, contenta de que al fin hubiera dado el paso definitivo, le había comentado que podía invitarlo a dormir siempre que lo deseara, esperaría un poco para hacerlo.

Durante toda la mañana notó la mirada de Juanjo pendiente de ella de una forma distinta a como la observaba antes. Con el brillo intenso que ya conocía de sus momentos de pasión, sin mostrar

ningún tipo de pudor a que los demás supieran sus sentimientos. Se sentía halagada mientras preparaba las mesas.

Cuando se sentaron para almorzar, Juanjo le preguntó:

—¿Qué tal la mañana? ¿Te ha molestado alguien?

—Para nada. Me siguen ignorando, igual que yo a ellos. Solo Reyes se ha interesado por la herida.

—¿Nadie te ha preguntado por nosotros?

—No. ¿Y a ti?

—Tampoco, pero no han podido dejar de darse cuenta de que esta mañana entramos de la mano.

—Y de que me miras con cara de bobo.

—Como me miraba a mí cierta chica invisible hace unos meses. Pero yo me contengo y no le voy diciendo las ganas que tengo de comérmela entera.

—No es el sitio más adecuado. Esta chica no se dejará comer aquí.

—¿Dónde entonces?

—Tendrás que buscar un sitio apropiado, porque esta tarde Sofía estará en casa.

—Algún sitio encontraremos para darnos al menos un mordisquito, en espera de la semana que viene, en la que te devoraré entera de nuevo.

—Seguro que sí. No me gustaría esperar tanto.

Martina miró hacia la mesa de sus compañeros, que comían sin el alboroto que solían tener. Parecían sufrir cierta incomodidad con su presencia en el comedor, conscientes de que su relación con Juanjo había cambiado.

—En el fondo debería darles las gracias por su comportamiento conmigo — comentó divertida.

—¡De ningún modo! Fue del todo inaceptable.

—Pero hizo que te fijaras en mí.

—Soy un tipo listo. Jamás me hubieras pasado desapercibida.

—Lo importante es que me viste.

—Por supuesto que te vi. Lo habría hecho, aunque no me hubieras soltado aquellas cosas tan divertidas.

—Halagué tu ego, no lo niegues.

—No lo niego. Después de que me dijeras lo de mis ojos, fui al baño y los contemplé en el espejo con detenimiento. No les vi nada especial y me dije que la especial debía ser la chica que los encontraba bonitos. Ahí empezó todo.

—Y ha terminado aquí, formando una pareja.

Él alargó la mano y tomó la de ella por encima de la mesa.

—Ni por asomo ha terminado. Solo está empezando, cariño. Aún nos queda mucho camino por recorrer.

Se miraron con intensidad por encima de la mesa, sin que les importara que nadie los viera. Tampoco los comentarios maliciosos o bienintencionados de los demás. En aquel momento estaban solos en el comedor, como si en verdad fueran invisibles.

Capítulo 26

Tres meses después

Los rumores por el hotel sobre el regreso de Sixto llevaban circulando un par de semanas. Martina se sentía inquieta por la posible marcha de Juanjo, se había acostumbrado tanto a estar con él, a verlo cada día, que había enterrado en su cerebro la idea de que todo era temporal.

No le había comentado sus temores, ella había aceptado la situación cuando empezaron a estar juntos y no tenía derecho a quejarse, él no le había prometido en ningún momento que se quedaría en Madrid. Pero le costaría mucho que se vieran solo cuando uno de los dos tuviera un día libre.

Cuando estaban en el hotel, a menudo las miradas de ambos se encontraban —se buscaban en realidad— y ese simple gesto hacía que el día fuera mejor, el trabajo menos pesado y las ganas de encontrarse a solas aumentaran.

El sexo, descubierto tarde, se había convertido en algo vital y necesario para Martina. Hacía un par de meses que Juanjo pasaba alguna noche en su casa, y cuando tenían un día libre, salían de Madrid y dormían en algún pueblo o localidad, de la que a menudo

veían poco, pues apenas salían de la habitación. Tenían mucho tiempo que recuperar.

En una ocasión en que Luis y Patri visitaron a sus hijos convivieron durante toda una semana en la casa de Getafe, y fue una de las mejores experiencias que había vivido nunca.

Tenían previsto coger las vacaciones a la vez en el mes de julio y bajar hasta El rincón de la Victoria para pasar unos días junto al mar. Solos, pues Sofía y Celso no podían ir hasta agosto por sus respectivos trabajos.

Aquella noche, cuando salieron del hotel, Juanjo estaba más serio que de costumbre. Condujo hasta Fuenlabrada sin apenas hablar, algo muy extraño en él, siempre locuaz, como si estuviera sumido en sus pensamientos.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Martina, ya a punto de llegar a su destino, ante su actitud tan poco habitual.

—Has visto que me he ausentado del comedor durante un rato, ¿no? —respondió, deseoso de compartir con ella su inquietud.

—Casi no me he dado cuenta. Había tanta gente hoy que no he parado ni un instante.

Era cierto. El hotel estaba lleno debido a un congreso y apenas habían dado abasto para atender a los comensales.

—Pues me han llamado de dirección.

El corazón se le paralizó, sospechando que sus temores estuvieran a punto de cumplirse.

—¿Para qué? —preguntó con aprensión.

—¿No te lo imaginas? El rumor sobre la reincorporación de Sixto es cierto, vuelve a su puesto dentro de diez días.

—Y tú…

—Yo tengo que marcharme, regreso al de Toledo. He preguntado si podría quedarme aquí, pero me han denegado la petición. No hay

plaza para mí, ni siquiera como simple camarero

—¿Has pedido quedarte? —preguntó extrañada y con el corazón latiéndole en el pecho—. ¿Incluso bajando de categoría profesional?

—Sí.

—¿Por qué?

Juanjo apartó la vista de la desierta carretera y la miró.

—¿Por qué va a ser? Por ti. Por nosotros.

—Pero tú nunca has querido estar aquí. No te gusta el hotel y tampoco vivir en Madrid.

—Pero me gustas tú, y tú estás en Madrid. Eso lo compensa todo.

—¿Ibas a renunciar a regresar a tu ciudad, a tu vida con Asier?

—A lo que no quiero renunciar es a verte a ti cada día, a nuestros trayectos en coche, a esas miradas cargadas de intención que me lanzas entre un viaje a las mesas y otro.

—Yo no hago eso.

—Claro que lo haces —afirmó con una sonrisa pícara—. Y a mí se me altera el pulso con cada una de ellas. Pero me han dicho que debo reincorporarme al Imperial de Toledo en cuanto Sixto regrese, porque andan justos de personal allí. Por lo menos esta vez me dan diez días para hacerme a la idea, en vez de dos.

Habían llegado ante la puerta de Martina. Juanjo detuvo el coche y se giró a mirarla.

—Lo siento —murmuró con pesar.

—Yo también, Juanjo. Mucho.

—Tampoco me hace gracia dejarte aquí a merced de estos cabrones. Aunque han dejado de hostigarte, eso puede cambiar si me marcho.

—No me preocupa, yo no soy la misma Martina de antes y no me dejaré avasallar. Lo que me va a costar es verte solo cuando

tengamos días libres. Y volver a coger el tren para ir al trabajo y no encontrarte por el comedor. Sixto no me inspira nada para decirle piropos.

—¡Ni que yo me entere! —dijo riendo.

—No hay peligro, tiene unos aburridos ojos marrones y veinte años más que tú. ¡No me pone nada!

—Anda, dame un beso, para compensar el mal trago. Debemos aprovechar los diez días que aún tenemos.

—Tal vez quieras subir esta noche… y todas las que quedan.

—¿Lo dudas?

—Vamos entonces.

Bajaron del coche y subieron al piso, dispuestos a aprovechar el tiempo que les restaba de estar juntos a diario. Aunque sabían que ese momento llegaría, se les antojaba muy dura la separación.

***

Cinco días después aún no se hacían a la idea de que Juanjo tuviera que marcharse. Pasaban juntos todas las horas posibles, pero cuanto más tiempo estaban sin alejarse uno del otro, más dura se les antojaba la idea.

Juanjo casi no pisaba su casa, y dormía con Martina cada noche. Se debatía buscando una forma de evitar la separación y, tras mucho indagar y preguntar, encontró una posible solución, si ella quería.

Aquella tarde, mientras se dirigían al parque que se había convertido en habitual para sus paseos vespertinos, se decidió a sugerírselo, aunque no tenía muchas esperanzas de que aceptara.

—Suéltalo —dijo Martina cuando se sentaron en el banco donde solían descansar antes de volver al piso. Por las tardes Sofía estaba en casa y ellos necesitaban todo el tiempo posible a solas, aunque

solo fuera para pasear y hablar.

—¿Que suelte qué?

—Lo que tienes que decirme. Ya nos conocemos y no estás callado más que cuando rumias algo. ¿Qué es?

—Desde que supe lo de Sixto no he dejado de dar vueltas a la cabeza pensando en una solución para nosotros.

—¿Has encontrado alguna? Porque yo no dejo de hacer lo mismo, pero no veo ninguna alternativa, como no sea la locura de dejar el trabajo, con lo difícil que es encontrar uno en estos tiempos.

—Bueno, algo hay de eso, pero no sin encontrar otro.

Martina lo miró expectante.

—Dime qué se te ha ocurrido. Porque haría cualquier cosa para no separarme de ti.

—¿Te vendrías conmigo a Toledo? ¿A trabajar en mi hotel? Sé que te gusta vivir con tu hermana y con Celso, pero es la única opción que he encontrado.

—¿Hay trabajo allí para mí?

—He preguntado y te contratarían a media jornada. De momento no hay más.

—No puedo vivir con medio sueldo.

—Sí, si te vinieras a casa con Asier y conmigo. Compartiríamos los gastos entre los tres.

—¿Él está de acuerdo?

—Dice que cualquier cosa antes que oírme suspirar por ti en la distancia a todas horas.

—Esa no es una respuesta afirmativa. No creo que quiera tenerme allí.

—¿Todavía no le conoces? ¿Nunca te acostumbrarás a su forma de hablar? La idea de que te vengas a vivir con nosotros ha sido suya. Eso sí, piensa explotar tus habilidades de cocinera, eso te lo

aseguro. La decisión es tuya, Martina.

—¿De verdad quieres que me vaya a vivir contigo?

Se volvió hacia ella y le cogió las manos.

—¿Te lo estaría proponiendo si no fuera así? Cariño, le he dado muchas vueltas a la cabeza para no separarme de ti. La idea se me antoja muy dolorosa, pero lo entenderé si me dices que no.

—¿Y si te digo que sí?

—Me harías el hombre más feliz el mundo.

—Dicen que no es buena idea compartir casa y trabajo con la pareja, que la relación se resiente.

—Paparruchas. La nuestra resistirá la convivencia y cualquier cosa que surja. Además, intuyo que no vas a trabajar en el hotel durante mucho tiempo.

—¿Piensas despedirme al primer error?

—No, pero con solo media jornada podrías cumplir tu sueño de estudiar informática y buscar trabajo en ese campo.

—¿Tú crees? Hace tiempo que enterré ese sueño.

—Los sueños nunca se deben enterrar, como mucho posponer, y ahora ha llegado tu momento.

—Será complicado con los turnos.

—¿En serio? Seguro que tu jefe es comprensivo y te facilita los horarios para acudir a las clases.

Se miraron a los ojos con intensidad.

—No hace falta que me respondas ahora, piénsatelo, ¿vale?

—No tengo nada que pensar… si voy a estudiar informática, eso lo decide todo. Mi respuesta es sí.

Él la miró con las cejas alzadas, interrogantes.

—¿Por la informática?

—Por supuesto. No tiene nada que ver un jefe cañón, con unos ojos verdes increíbles y que me vuelve loca en la cama.

Se inclinó hacia él y lo besó como hacía cada tarde cuando se sentaban en aquel banco, oculto a la mirada de los paseantes. Como seguiría haciéndolo en el futuro, ya fuera en Madrid o en Toledo. En cualquier lugar en que estuvieran mientras fuera juntos. Siempre juntos.

Epílogo

Dos años después

Juanjo y Martina subieron de la mano hasta otro más de los pisos que llevaban viendo desde hacía días. Había llegado el momento de dejar el que llevaban dos años compartiendo con Asier y buscar su propio nido. Aquel también tenía ahora pareja y cuatro personas eran demasiadas para convivir en el pequeño piso.

Habían esperado hasta que ella terminara los estudios y dispusiera de un sueldo mejor. Al fin había conseguido un trabajo como informática después del esfuerzo de trabajar duro en el hotel y estudiar a la vez, pero los chicos la habían ayudado mucho liberándola de las tareas domésticas, salvo de la cocina, que compartían: ella cocinaba y los dos se ocupaban de fregar platos y recoger, para que pudiera estudiar.

Ahora comprendía que Juanjo hubiera extrañado la convivencia con su amigo, también a ella le había resultado muy fácil integrarse en la vida de los dos amigos y echaría de menos a Asier. Por eso buscaban un piso en la misma zona, para no distanciarse demasiado. Para seguir jugando interminables partidas de videojuegos.

Mientras estudiaba en su habitación los escuchaba competir con la videoconsola y tenía que reprimir las ganas de cerrar los libros y unirse a ellos, pero se contenía. Sacar adelante el módulo de informática para adultos era su prioridad, lo que les permitiría a Juanjo y a ella dar un paso más en su relación y en su vida. Y eso estaban haciendo aquella tarde, viendo uno más de los pisos que la inmobiliaria les había propuesto para alquilar con opción a compra en el futuro.

Nada más el agente inmobiliario abrió la puerta una oleada de luz les recibió, iluminando un amplio salón que daba acceso a una gran cristalera por la que se filtraba el sol de la tarde. Se miraron y sonrieron, asintiendo con la cabeza. Algunos de los pisos desestimados tenían poca luz, y era uno de los requisitos que ambos deseaban para su nueva casa.

Se dejaron conducir a tres habitaciones más, todas igual de luminosas. Martina necesitaría un despacho donde instalar un ordenador potente en el que trabajar, pues la empresa que la había contratado se hallaba en Madrid y le permitía teletrabajar desde Toledo. Solo de vez en cuando debería ir a la capital de forma presencial.

Una cocina amplia y un baño con una bañera enorme terminaron de convencerlos.

—Me veo viviendo aquí —comentó Martina con seguridad—. ¿A ti también te gusta?

—Mucho.

—¿Decidido entonces? ¿Nos lo quedamos?

—Sí, nos lo quedamos.

Se cogieron de la mano para celebrar que habían encontrado, al fin, dónde empezar su nueva vida. Delante del agente no les apetecía dar más muestras de su alegría.

Habían visto más pisos, todos dentro del rango de precio y localización que habían solicitado a la inmobiliaria, pero ninguno había terminado de convencerles. Siempre uno de los dos le encontraba alguna pega, hasta que vieron ese. Solo habían tenido que mirarse para saberlo. Aquel sería su hogar en el futuro.

***

Por fin el piso era suyo, el papeleo, que se les antojó demasiado largo, había terminado y tenían las llaves en la mano.

Como dos furtivos, provistos de una botella de cava y dos copas, abrieron la puerta y entraron con la libertad que les daba saber que era suyo, y la intimidad de estar a solas. Estaban impacientes por celebrar el acontecimiento y se habían escapado para disfrutar el momento, antes de quedar con Asier, que se había ofrecido a ayudarles al día siguiente a hacer una limpieza a fondo.

El piso no estaba sucio, la inmobiliaria lo había enseñado con un grado aceptable de limpieza, pero tenían la intención de hacer la suya propia.

No había sitio donde poner la botella y las copas salvo en el mueble del lavabo. Todas las habitaciones estaban vacías, y se dirigieron al baño. Juanjo abrió el cava con pericia y escanció el líquido dorado en las copas que Martina llevaba en el bolso, envueltas en papel de cocina para evitar que se rompieran.

—Por nosotros. Porque en este piso seamos tan felices o más de lo que somos ahora —propuso Juanjo.

—No creo que se pueda ser más feliz de lo que lo soy en este momento —respondió Martina chocando su copa con la de Juanjo y bebiendo un largo trago.

—¿Seguro?

—Seguro.

Y entonces él metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña cajita, que le tendió. El corazón de Martina comenzó a latir con violencia y, mirando a los ojos verdes que la contemplaban con una chispa divertida, supo que sí, que se podía ser más feliz aún.

Abrió la caja y encontró un anillo, sencillo y discreto, en el que había engarzada una piedra verde.

—¿Esto es un anillo de pedida? —preguntó incrédula.

—Por supuesto que lo es: señorita Martina, ¿quieres casarte conmigo?

—Claro que quiero, pero esto… me has pillado por sorpresa —afirmó con la voz algo temblorosa por la emoción.

—¿En serio?

—Habíamos hablado de irnos a vivir solos ahora que también Asier tiene pareja, pero no me imaginaba que quisieras casarte conmigo. Al menos no todavía.

Juanjo cogió la sortija y se la colocó en el dedo. Después le cogió la mano y se la besó, sin dejar de mirarla.

—Tengo miedo de que ahora que vas a trabajar lejos de mí llegue otro jefe que tenga los ojos más bonitos que yo y te dé por soltarle insinuaciones. Pocos hombres pueden resistirse a eso.

—Voy a teletrabajar la mayor parte del tiempo y mi jefe es una jefa. No hay peligro. Porque nadie puede igualar tus ojos, ni tu cuerpo, ni tu boca. Me enamoraste desde el primer momento en que te vi y no te librarás tan fácilmente de mí.

—Esa es mi intención, la de retenerte a mi lado para siempre. Quiero casarme contigo y formar una familia en el futuro. Te quiero toda para mí, para verte, y verte bien, cada día de mi vida.

—Yo también lo deseo, Juanjo, con todas mis fuerzas.

Le agarró la cara entre las manos y la besó, sellando así el futuro

que iban a compartir. Después volvieron a beber y a brindar hasta terminar la botella, sin dejar de hacer planes para el futuro.

Cuando ya casi ebrios se disponían a salir del piso, Juanjo hizo un último comentario sobre esa boda que habían decidido que no se demorara mucho.

—¿Y sabes dónde vamos a celebrar el convite de boda?

—No, ¿dónde?

—En el Imperial de Madrid, para que una serie de cabrones tengan que servirte y agasajarte.

—Y morirse de envidia, porque yo sé que alguna le había echado el ojo al nuevo y atractivo jefe de sala. Lo escuché en una ocasión, cuando era invisible.

—Pues que se jodan. Porque se lo llevó la mejor de las camareras, la más atrevida y la mejor de las mujeres.

—¡Que se jodan!

Exclamó eufórica y lo besó de nuevo. Se casarían y formarían su propia familia, y nunca más sería invisible para nadie.

Nota de autora

Los que me leéis de forma habitual sabéis que a veces me gusta meter en mis novelas la denuncia de determinadas situaciones que se dan en la vida. Ese es el caso de esta. El *mobbing* en el trabajo es una práctica que, por desgracia, es bastante frecuente, y quienes lo realizan lo hacen por diversión o por maldad, y no se dan cuenta —o no se la quieren dar— del daño que causan a la persona afectada.

En esta novela he tratado de darle un aire relativamente cómico, pero con ello quiero aligerar la novela, en ningún modo disculparlo. Es deleznable y constituye un delito tipificado por la ley y denunciable.

Espero que si alguien que lee mi novela lo sufre, pueda denunciar y buscar ayuda para solucionarlo.

Ser invisible en el trabajo es horrible… hasta que descubres sus ventajas.

Si nadie te escucha, igual es el momento perfecto para decirlo todo.



Martina es camarera en un hotel y se siente ignorada por sus compañeros.

Una noche sueña que al ponerse el uniforme se vuelve invisible. Invisible de verdad. Sin miradas, sin juicios… y sin consecuencias.

Y en su sueño, Martina hace todo lo que nunca se ha atrevido a hacer.

El problema llega cuando sus compañeros se enteran de lo que ha soñado y deciden convertirlo en la broma del siglo: fingir que Martina es invisible cada vez que lleva el uniforme.

Martina empieza a creérselo un poquito… y a comportarse como si realmente nadie pudiera verla ni oírla.

Juanjo, el nuevo jefe de sala, intrigado por su comportamiento y las historias que le cuentan, decide observarla más de cerca, sobre todo cuando él mismo es víctima de sus desvaríos.

Lo que descubre no es una camarera extraña, sino una mujer que ha aprendido a desaparecer.

Y cuando el la ve de verdad… ya no puede dejar de hacerlo.

Ana Álvarez nació en Sevilla, el 2 de Abril de 1959. Cursó estudios de bachillerato y auxiliar administrativo, tarea que realizó un tiempo.
Después ejerció de ama de casa y ha escrito desde los veinte años, siempre novelas románticas contemporáneas.
Durante años estas novelas permanecieron en un cajón hasta que animada por familia y amigas, envió un par de ellas a La Selección RNR, donde empezó a publicar.
En la actualidad tiene publicadas un buen número de novelas, entre ellas:

Novelas independientes:

- Miscelánea
- La Serpiente peluda
- Luces y sombras
- Arcoíris
- La chica que se subía a los árboles
- Ella, él … y el danés
- Sin derecho a roce
- Cuando sube la marea

Serie amigos:

- ¿Solo amigos?
- Más que amigos
- Amigos y algo más
- Amigos, sin más
- Amigos y nada más
- ¿Solo enemigos?

Bilogías

Dos más dos:
• Dos copas y una noche
• Dos cafés y una aventura

Besos en Richmond:

• Algún día te besaré. Digital
• Si un día me besaras. Digital y papel

Ladrón de guante blanco

• Te robaré el corazón
• Robaré todos tus besos

Ha publicado también dos novelas en la serie conjunta con otras autoras "Ebrias de amor":

• Un vodka para Vero y que la ayude el del tercero (Digital y papel)
• Limoncello para Lena y… adiós a su pena

Y otra más en la serie "Adonis tour":

• Un escritor veronés para la profe de francés

Relatos cortos

- El violinista en el balcón
- Nueve manzanas y media.



Edición en formato digital: julio de 2026

© 2026, Ana Álvarez
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87818-07-4

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

¿Me ves o no me ves?
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo
Nota de autora
Sobre este libro
Sobre Ana Álvarez
Créditos